

66

VIVAR

ROMANCES

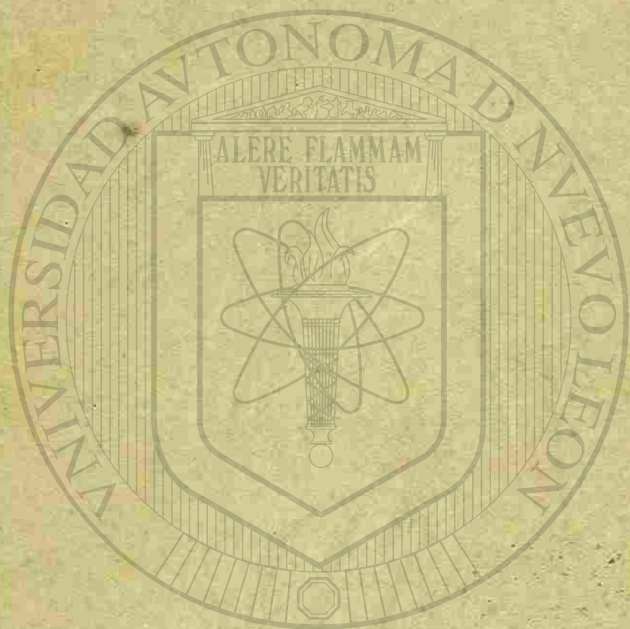
DEL CID

PQ5366  
-A5

R.C.



1020027175



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U A N L



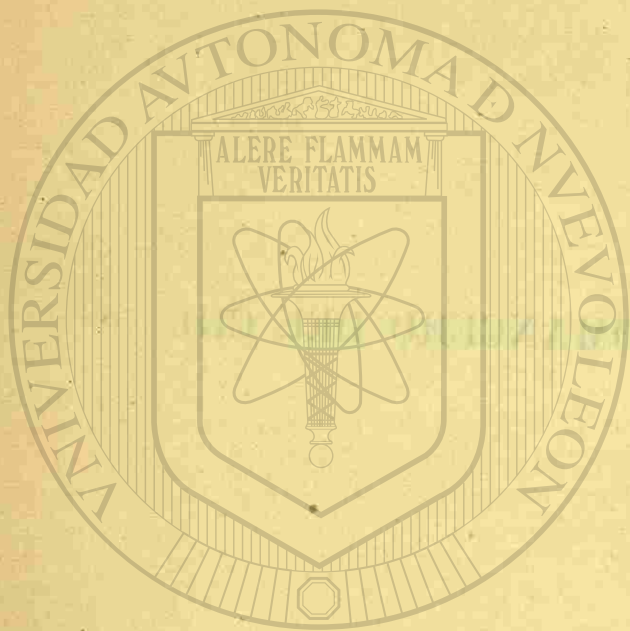
ROMANCERO DEL CID.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32477



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
PARÍS

35453

# ROMANCERO DEL CID

ó

COLECCION DE

## ROMANCES CASTELLANOS

QUE TRATAN DE LA VIDA Y HAZANAS

FONDO  
DE  
RICARDO COVARRUBIAS

RODRIGO DIAZ DE VIVAR

EL CID CAMPEADOR.



CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

098543

861



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PQ6366  
.AS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REY"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PRÓLOGO.

« El Aquiles de nuestra patria, el héroe de nuestra iliada y de nuestra epopeya », para valernos de las mismas palabras que el ilustre Pidal (1), « el Castellano mas conocido en el mundo por sus proezas y por su fama (2), en una palabra Rodrigo Diaz de Vivar, el *Cid Campeador*, tiene el raro privilegio de que lleven su nombre los dos monumentos más antiguos de la poesía heroica castellana que han llegado á nuestros días (3), la *Crónica rimada*, ó como la designa generalmente el señor de los Rios, *Leyenda de las Mocedades de Rodrigo*, y el *Poema de los Rios*; y no fueron estos sin embargo los primeros libros en que se resumieron las grandes hazañas del tan temido castellano: algunos años antes compúsose en lengua latina y por autores desconocidos de nosotros, un *Cantar* (4) y una *Historia de Rodrigo Diaz el Campeador* (5), designada generalmente entre los eruditos con el nombre de historia leonesa (6). Tenemos en prosa castellana una *Crónica del Cid*, cuyo

(1) *Revista de Madrid*, série 2ª, t. III, pág. 308.

(2) *Rodrigo el Campeador*, estudio histórico por D. Manuel Malo de Molina, Madrid, 1857, pág. xiv.

(3) *Historia crítica de la literatura española*, por D. José Amador de los Rios, tomo III, pág. 68.

(4) Escrito, según Du Meril, á principios del siglo XIV.

(5) *Gesta Roderici Campidocti*. Fue descubierto este precioso libro por el erudito Fray Manuel Risco, continuador de la *España sagrada*, en la biblioteca de San Isidro de Leon, y después de mil vicisitudes ha venido á parar á la biblioteca de la Real Academia de la Historia, donde actualmente se conserva.

(6) Por haberse descubierto, como venimos de decir, en la biblioteca de la ciudad de Leon.

manuscrito fué hallado en el monasterio de san Pedro de Cardeña, otra *Crónica* que forma parte de la *Estoria de Espanna*, escrita toda ó en parte (1) por don Alfonso el Sabio. El profundo historiador de nuestra literatura (2) menciona además otras dos Crónicas del Cid, impresa la una en 1512 por Velorado, y la otra en 1498 con el título de *tractado de los fechos de Ruy Diaz*. En cuanto al *Romancero del Cid*, que publicamos á continuacion, ni podemos señalarle autor, — ni época en que se compuso, pues consta de una infinidad de romances de diferentes épocas.

Los escritos que acabamos de mencionar, y las crónicas, leyendas y tradiciones árabes, son las fuentes á que han recurrido todos los historiadores, nacionales y extranjeros, que se han propuesto estudiar esta época de nuestra historia é ilustrar este primer periodo de la literatura patria (3).

La vida del insigne caudillo, cuyo nombre es «invocado por los guerreros como nuncio de victoria, por los patricios como simbolo de libertad, por los caballeros como espejo de hidalguia, y pronunciado por todos con solemne admiracion y respeto (4)», debe ser conocida de nuestros lectores, por lo que no nos detendremos en narrarla con

(1) No han faltado escritores que nieguen que la *Estoria de Espanna*, conocida generalmente con el nombre de *Crónica general*, por haberla denominado así el ilustre don Juan Manuel, fuese obra del rey Sabio. Du Meril, entre otros, supone que fué escrita de orden del rey don Alfonso por don Martin de Córdoba.

(2) Amador de los Rios, *Historia de la literatura española*, tomo III, pág. 71.

(3) A mas de los autores citados, consultense las obras siguientes: Mariana, *Historia de España*; Risco, *la Castilla y el más famoso castellano*; Sandoval, *Historia de los cinco reyes*; Conde, *Historia de la dominacion de los Arabes en España*; Escolano, *Historia de Valencia*; Dozy, *Recherches sur l'histoire politique et littéraire de l'Espagne, pendant le moyen age*; Masdeu, *Refutación crítica de la historia leonesa del Cid*; Quintana, *Vida del Cid*; Lafuente, *Historia de España*; Tieknor, traducción de Gayangos y Vedia, *Historia de la literatura española*; Duran, *Romancero general*; Wolf, *Primavera y flor de romances y Jahrbücher der Litteratur*; Huber, *Geschichte des Cid*; Muller, *Vida del Cid*, introducción á la obra de Herder; Southey, *Crónica del Cid*; Damas Hivard, introducción al *Poema del Cid*, traducido por el mismo; Viardot, *Historia de los Arabes y de los Moros de España*; Boix, *Historia de Valencia*; Gayangos, en varios de sus escritos, *Recuerdos y bellezas de España*, etc., etc.

(4) Amador de los Rios, *Historia crítica de la literatura española*, tomo III, pág. 51.

la debida extension. Solamente con el objeto de tener presente los hechos que se desprenden de la historia y poder luego compararlos con las invenciones mas ó menos fabulosas de los poetas de la antigüedad, trazaremos á grandes rasgos las acciones culminantes de su vida.

Nació Rodrigo Diaz en la aldea de Vivar, cerca de Burgos, por los años de 1040 á 1050, reinando en Castilla don Fernando I. Fueron sus padres don Diego Lainez y doña Teresa Rodriguez. Tuvo la desgracia de perder al primero siendo todavía niño, y ya fuese por los servicios prestados por su padre, ya por otra causa, se sabe que estuvo agregado á la corte del rey don Sancho y que en ella recibió su última educacion, habiendo acompañado mas tarde á su rey como alférez y general de su ejército, una vez armado caballero, en las guerras que sostuvo contra los otros dos Sanchos que reinaban por entonces en Aragon y Navarra. Venció luego á los asturianos y preparó después el cerco de Zamora, tan célebre en la historia como que en él encontró la muerte el rey don Sancho, bajo el puñal asesino del traidor Vellido Dolfos. En la iglesia de Santa Gadea de la ciudad de Burgos tomó Rodrigo el juramento á don Alfonso VI, proclamado rey de Castilla á la muerte de don Sancho, de no haber tomado parte en el trágico fin de este monarca, *por mandato ni por consejo*. «Prestó el rey juramento en union de otros doce caballeros de su vasallaje; pero repetido por segunda y tercera vez, y sonrojado el monarca por semejante insistencia, aun cuando no dejó de jurar, se indignó de tal manera contra Rodrigo, que desde entonces puede decirse formó el propósito de desterrarlo de sus reinos (1).

No se verificó sin embargo el destierro hasta algunos años después, verosimilmente en el de 1080 ó 1081, habiendo ya contraído matrimonio con doña Jimena Diaz, hija del conde de Oviedo y prima hermana del rey. No era, pues, Jimena hija del conde don Gomez de Gormaz, ni este insultó á Diego Lainez, de cuyas resultas se supone murió en desafío á manos de Rodrigo; ni aquella pidió al rey que la casara con el matador de su padre en desagravio del ultraje que habia recibido. Todo este episodio de la vida del Campeador es de pura invencion, como tantos otros á que aluden el Poema y los Romances antiguos.

(1) *Rodrigo el Campeador*, por Malo de Molina, pág. 25.

Desde el año 1081 en que le hallamos en Zaragoza contrayendo amistad y alianza con el rey moro Al-Mutámin hasta el mes de julio de 1098 en que tomó á Murviedro, son tantas sus conquistas y tales sus proezas, que nos es imposible seguirle en estas largas correrías que deben contarse por el número de sus victorias. Mencionaremos solamente sus hechos mas notables y sus mas heroicas hazañas. Entrada en Monzon, « á la vista del ejército de los aliados, por mas que Sancho hubiera jurado que nadie tendría la audacia de hacerlo (1) »; prision del conde Berenguer de Barcelona, después de haber acuchillado su ejército; rápidos triunfos en Aragon; sitio de Morella; derrota completa de las huestes de Sancho Ramiro y de Al Mondhir en los campos del Ebro, en que cayeron prisioneros dos mil soldados con multitud de nobles aragoneses; rendicion de la guarnicion de Polop; « desde Orihuela hasta Jática no dejó un solo muro en pié (2) »; toma de Mora: victoria de Tobar del Pinar, que le costó salir herido; toma de Alberite, Logroño y Alfaro; entrada triunfal en Valencia, después de un largo sitio, el jueves 15 de junio de 1094; toma de Almenara y de Murviedro, que fué la postrimera de sus bazañas.

Derrotado en las inmediaciones de Cuenca, por los Almoravides, el ejército mandado por Alvar Fañez, pariente y compañero del Campeador, y derrotado tambien en Alcira, al saber esta triste nueva el que jamás fué vencido cuando capitaneaba sus guerreros, murió de pesar (julio de 1099). « ¡ Que Dios no use de misericordia con él! » añade el escritor arábigo (3).

Muerto el Campeador, su esposa doña Jimena permaneció en Valencia gobernando la ciudad, que trató de defender contra los Almorabides, pero al cabo de algunos meses de resistencia, abandonó el campo, con todo su ejército, llevándose el cuerpo de su esposo para depositarlo en el claustro del monasterio de San Pedro de Cardena. Doña Jimena falleció dos años después, en 1104, y fué sepultada al lado de Rodrigo. « En este primer sepulcro, dice un historiador de

(1) Lafuente, *Historia general de España*, tomo IV, pág. 390.

(2) *Id.*, pág. 398.

(3) *Id.*, pág. 423.

nuestros dias (1), yació el cuerpo del Cid hasta el año 1272, en que don Alfonso el Sabio mandó construir uno nuevo, compuesto de dos grandes piedras, y lo colocó al lado izquierdo del altar mayor. En dicho sepulcro se grabaron estos versos.

*Quantum Roma potens bellicis extollitur actis,  
Virex Arthurus fit gloria quanta Britannis,  
Nobilis è Carolo quantum gaudet Francia Magno,  
Tantum Iberia duris Cid invictus claret.*

« Y en la circunferencia de la piedra sepulcral se leía :

*Belliger invictus, famosus Marte triumphs,  
Clauditur hoc tumulo magnus Didaci Rodericus.*

« En el año 1447, removidos los cimientos de la iglesia de Cardena, y construida una nueva, los restos del Emperador se pusieron en otro sepulcro al frente de la sacristia, sobre cuatro leones; desde allí se trasladó en 1541 á la pared del lado del Evangelio; pero en octubre de aquel mismo año el emperador Carlos dió una cédula para que se colocase en el centro de la capilla mayor de la iglesia de Cardena, y allí continúa siendo visitado con respeto y curiosidad de nacionales y extranjeros. »

Segun algunos historiadores el Cid tuvo un hijo varon, llamado Diego Rodriguez, que murió peleando contra los moros en Consuagra. En lo que todos están contestes es en que tuvo dos hijas, llamadas, segun las crónicas y los romanceros, doña Elvira y doña Sol, y segun varios historiadores, entre ellos Dozy y Lafuente, doña Cristina, que casó con el infante don Ramiro de Navarra, y doña Maria, que dio su mano á Ramon Berenguer III, conde de Barcelona.

Acerca del sobrenombre de CAMPEADOR y del título de *mio Cid* con que se designa en las crónicas y en los romances al héroe de Vivar, lo mas probable es que obtuviese aquel, equivalente á *retador pelear* (de la palabra teutonica *champh*, duelo y pelea), en los tiempos de sus

(1) Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, pág. 150



hazañas, y después de su muerte el de *mío Cid*, sinónimo de *mi señor* (en árabe *sidi*).

No han faltado escritores de nota, tales como Masdeu y Alcalá Galiano, que se hayan atrevido á poner en duda, tocante al Cid, hasta su mismo ser ó existencia (1). Este juicio, por demás temerario, forma un singular contraste con el de escritores que, como Müller y Herder, no titubean en considerar nuestros antiguos romances como documentos históricos fidedignos, suficientes para conocer por ellos la vida de Rodrigo el Campeador. Entre estas dos opiniones tan contrarias, preciso es confesar que el buen sentido aconseja que adoptemos una tercera puesta por Cervántes en boca de uno de sus personajes: « En lo de que hubo Cid, no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande (2). »

Habiendo apuntado cuanto nos ha parecido necesario acerca de la vida y hechos del *mas famoso castellano*, vamos ahora á consagrar algunas líneas al *Romancero del Cid*, que publicamos á continuacion, dejando para otra ocasion el hablar del *Poema*, de la *Crónica* (3) ó

(1) Palabras textuales de Masdeu en su *Refutacion crítica de la historia leonesa del Cid*, pág. 310.

En cuanto al señor Alcalá Galiano dice terminantemente en la nota del apéndice u, tomo II de la *Historia de España*, de Dunham, lo que sigue: « Sobre si ha existido ó no el Cid está pendiente todavía la disputa; siendo imposible determinar de un modo que no deje lugar á la duda por faltar para ello las competentes autoridades. »

(2) *Don Quijote*, parte I, cap. 49.

(3) « Esta crónica, dice el señor don Agustin Duran, en el Apéndice IV del tomo II de su *Romancero general*, se halla en el *Códice* núm. 9988 de la Biblioteca Real de Paris, descrito por el señor don Eugenio de Ochoa en el *Catálogo de manuscritos españoles*, existentes en dicha Biblioteca, que publicó en Paris, 1844. » Y en el citado Apéndice, dice el señor Duran: « Nuestro erudito y distinguido literato el señor don Eugenio de Ochoa fué el primero que encontró el manuscrito, y le describió haciendo muy oportunas reflexiones acerca de su carácter é importancia. »

El señor Amador de los Rios analiza detenidamente este curioso manuscrito en su excelente y tantas veces citada *Historia crítica de la literatura española*, y en la página 67 del tomo III, escribe las siguientes líneas: « En la *Ilustracion III* de la primera parte indicamos ya que daríamos en este sitio mayor noticia bibliográfica de tan raro monumento. Hallólo en efecto entre los manuscritos españoles de la Biblioteca de Paris, bajo el núm. 9988, y describiólo en el *Catálogo* de dichos manuscritos, que dió

*Leyenda de las mocedades de Rodrigo* y de los demás escritos relativos á este personaje, anteriores á los Romances. Pero antes de decir una palabra acerca de los del Cid, en particular, digamos algo sobre los romances en general. Dividense estos en históricos, caballerescos, moriscos, pastoriles, vulgares, etc., etc., y como observa muy oportunamente uno de los historiadores de nuestra literatura (1), « lo primero que llama la atencion en los romances antiguos castellanos es el espíritu verdaderamente nacional que en todos y cada uno de ellos domina. »

Son los mas importantes de todos los históricos y entre estos los que han alcanzado mayor celebridad son los relativos al Cid Campeador, sin duda por ser este el héroe predilecto de la poesia popular. La primera edicion de este *Romancero* la hizo Juan de Escobedo y se imprimió en 1612 en Alcalá; contiene ciento sesenta romances, algunos muy antiguos. Otra edicion se hizo en Pamplona en el año 1706; otra en Alemania (Francfort) en 1827; pero la mas completa es la del erudito don Agustin Duran, que forma parte de su célebre *Romancero general* (2). « No existe coleccion alguna de romances antiguos, dice con sobrada razon el inglés Ticknor, que lleve un sello tan marcado del espíritu de la época y del país á que pertenecen, y que constituya una serie tan completa », como los relativos al héroe de Vivar. « Su conjunto ofrece la historia del Cid entera, como no se encuentra en ningun otro documento, ya sea el antiguo *Poema*, que no aspira á ser una vida del héroe, ya la *Crónica* en prosa, que no se remonta

á luz en la referida capital, el año de 1844, nuestro ilustrado amigo el señor don Eugenio de Ochoa. »

Por último, en su estudio histórico sobre *Rodrigo el Campeador*, dice lo siguiente acerca de esta crónica el señor don Manuel Malo de Molina: « Si del mayor interés se juzga el hallazgo del códice de que acabamos de hablar (*Gesta Roderici Campidocti*), de mucha mas estima debe ser para nuestro trabajo el que proporcione el literato don Eugenio de Ochoa, al describir en su *Catálogo de manuscritos existentes en la Biblioteca Real de Paris*, el que lleva el título de *Crónica rimada*, del cual no se conservaba la mas remota noticia. »

(1) Ticknor.

(2) O Coleccion de Romances castellanos, anteriores al siglo XVIII, tomos X y XVI de la *Biblioteca de Rivadeneira*.

á sus primeros hechos, ya en fin, el breve y compendioso código latino. »

La hermosa figura de Rodrigo ha inspirado á varios insignes poetas, nacionales y extranjeros, que le han escogido para héroe de sus dramas y tragedias (1). « La gloria de Rodrigo, dice el señor Amador de los Rios, basta sola para alimentar desde su cuna el arte español en las regiones mas elevadas del heroismo, y para sacar de su abatimiento y rudeza al arte de Corneille. Ningun héroe, por grande y celebrado que sea, goza de tan extraordinario privilegio, porque ninguno llega á personificar con tanta fuerza la civilizacion del pueblo que le dá vida, excitando tan enérgica y poderosamente la admiracion de extrañas naciones. » Después de estas elocuentes palabras del ilustrado historiador de nuestra literatura, no nos queda mas que recomendar á los lectores de la coleccion Dramard-Baudry la lectura de los ciento treinta romances que damos aquí del *Romancero del Cid*.

CÁRLOS DE OCHOA.

(1) Guillen de Castro, *Las mocedades del Cid*, de donde tomó Corneille su tragedia titulada *El Cid*; Diamante, *El honrador de su padre*; Harizenbush, *La jura en Santa Gadea*; Fernandez y Gonzalez, *El Cid, Rodrigo Diaz de Vivar*. Tanto en España, como en Francia y otras naciones, se ha puesto varias veces en el teatro la noble figura del Cid.

## PRIMERA PARTE

# DE LOS ROMANCES DEL CID

### QUE TRATA DE SU VIDA

DURANTE EL REINADO DE FERNANDO 1° EL MAGNO.

I. — (Anónimo.)

Non me culpades si he fecho  
Mi justicia y mi deber,  
Magüer que siendo pequeño  
Me nombraste por juez.  
Entre todos me escogistes  
Por de mas madura sien,  
Porque ficiese derecho  
De lo fecho mal y bien.  
Non fagats desaguizado  
Si al robador enforque,  
Que en homes este delito  
No causa ninguna prez.  
Como de veras me pago,  
De las burlas non curé,  
Que el que pugna por la honra  
Enemigo della fué.  
Atended que la justicia,  
En burlas y en veras, fué  
Vara tan firme y derecha  
Que non se pudo torcer.  
Verdad, entre burla y juego,  
Como es hija de la fe  
Es peña que al agua y viento  
Para siempre está de un ser.  
Miémbaseme que mi abuelo,  
En buen siglo su alma esté,  
Muchas veces me decia  
Aquesto que agora oireis:  
« El home en sus manecías  
Siempre debiera aprender  
A facer siempre derecho  
Cuando en mas burla esté. »  
Asi fice esta vegada,  
Yo cuido que fice bien,  
Que sigo un abuelo honrado  
Que nadie se quejó del. —  
Esto decia Rodrigo,  
Afinojado ante el rey,

Delante los que juzgaba  
Antes de los años diez.

II. — (Anónimo.)

Cuidando Diego Lainez  
En la mengua de su casa,  
Fidalga, rica y antigua  
Antes que lüigo Abarca,  
Y viendo que le fallecen  
Fuerzas para la venganza,  
Porque por sus luengos días  
Por sí no puede tomalla,  
No puede dormir de noche,  
Nin gustar de las viandas,  
Ni alzar del suelo los ojos,  
Ni osar salir de su casa,  
Nin hablar con sus amigos;  
Antes les niega la fabla,  
Temiendo que les ofenda  
El aliento de su infancia.  
Estando, pues, combatiendo  
Con estas honrosas bascas,  
Para usar desta esperiencia,  
Que no le salió contraria,  
Mandó llamar á sus hijos,  
Y sin decilles palabra  
Les fué apretando uno á uno  
Las fidalgas tiernas palmas;  
No para mirar en ellas  
Las quirománticas rayas,  
Que este fechicero abuso  
No era nacido en España,  
Mas prestando el honor fuerzas,  
A pesar del tiempo y canas,  
A la fria sangre y venas,  
Nervios y arterias heladas,  
Les apretó de manera  
Que dijeron: — Señor, basta,  
¿Qué intentas, ó qué pretendes?

á sus primeros hechos, ya en fin, el breve y compendioso código latino. »

La hermosa figura de Rodrigo ha inspirado á varios insignes poetas, nacionales y extranjeros, que le han escogido para héroe de sus dramas y tragedias (1). « La gloria de Rodrigo, dice el señor Amador de los Rios, basta sola para alimentar desde su cuna el arte español en las regiones mas elevadas del heroismo, y para sacar de su abatimiento y rudeza al arte de Corneille. Ningun héroe, por grande y celebrado que sea, goza de tan extraordinario privilegio, porque ninguno llega á personificar con tanta fuerza la civilización del pueblo que le dá vida, excitando tan enérgica y poderosamente la admiración de extrañas naciones. » Después de estas elocuentes palabras del ilustrado historiador de nuestra literatura, no nos queda mas que recomendar á los lectores de la colección Dramard-Baudry la lectura de los ciento treinta romances que damos aquí del *Romancero del Cid*.

CÁRLOS DE OCHOA.

(1) Guillen de Castro, *Las mocedades del Cid*, de donde tomó Corneille su tragedia titulada *El Cid*; Diamante, *El honrador de su padre*; Harizenbush, *La jura en Santa Gadea*; Fernandez y Gonzalez, *El Cid, Rodrigo Diaz de Vivar*. Tanto en España, como en Francia y otras naciones, se ha puesto varias veces en el teatro la noble figura del Cid.

## PRIMERA PARTE

# DE LOS ROMANCES DEL CID

### QUE TRATA DE SU VIDA

DURANTE EL REINADO DE FERNANDO 1° EL MAGNO.

I. — (Anónimo.)

Non me culpades si he fecho  
Mi justicia y mi deber,  
Magüer que siendo pequeño  
Me nombraste por juez.  
Entre todos me escogistes  
Por de mas madura sien,  
Porque ficiese derecho  
De lo fecho mal y bien.  
Non fagats desaguizado  
Si al robador enforque,  
Que en homes este delito  
No causa ninguna prez.  
Como de veras me pago,  
De las burlas non curé,  
Que el que pugna por la honra  
Enemigo della fué.  
Atended que la justicia,  
En burlas y en veras, fué  
Vara tan firme y derecha  
Que non se pudo torcer.  
Verdad, entre burla y juego,  
Como es hija de la fe  
Es peña que al agua y viento  
Para siempre está de un ser.  
Miémbraeme que mi abuelo,  
En buen siglo su alma esté,  
Muchas veces me decia  
Aquesto que agora oireis:  
« El home en sus manecías  
Siempre debiera aprender  
A facer siempre derecho  
Cuando en mas burla esté. »  
Asi fice esta vegada,  
Yo cuido que fice bien,  
Que sigo un abuelo honrado  
Que nadie se quejó del. —  
Esto decia Rodrigo,  
Afinojado ante el rey,

Delante los que juzgaba  
Antes de los años diez.

II. — (Anónimo.)

Cuidando Diego Lainez  
En la mengua de su casa,  
Fidalga, rica y antigua  
Antes que lüigo Abarca,  
Y viendo que le fallecen  
Fuerzas para la venganza,  
Porque por sus luengos días  
Por sí no puede tomalla,  
No puede dormir de noche,  
Nin gustar de las viandas,  
Ni alzar del suelo los ojos,  
Ni osar salir de su casa,  
Nin hablar con sus amigos;  
Antes les niega la fabla,  
Temiendo que les ofenda  
El aliento de su infancia.  
Estando, pues, combatiendo  
Con estas honrosas bascas,  
Para usar desta experiencia,  
Que no le salió contraria,  
Mandó llamar á sus hijos,  
Y sin decilles palabra  
Les fué apretando uno á uno  
Las fidalgas tiernas palmas;  
No para mirar en ellas  
Las quirománticas rayas,  
Que este fechicero abuso  
No era nacido en España,  
Mas prestando el honor fuerzas,  
A pesar del tiempo y canas,  
A la fria sangre y venas,  
Nervios y arterias heladas,  
Les apretó de manera  
Que dijeron: — Señor, basta,  
¿Qué intentas, ó qué pretendes?

Suéltanos ya, que nos matas. —  
Mas cuando llegó á Rodrigo,  
Casi muerta la esperanza  
Del fruto que pretendia,  
Que á do no piensan se halla,  
Encarnizados los ojos  
Qual furiosa tigre hircana,  
Con mucha furia y denuedo  
Le dice aquestas palabras:  
— Soltedes, padre, en mal hora,  
Soltedes, en hora mala,  
Que á no ser padre, no hiciera  
Satisfacción de palabras,  
Antes con la mano mesma  
Vos sacára las entrañas,  
Faciendo lugar el deo  
En vez de puñal ó daga. —  
Y llorando de gozo el viejo  
Dijo: — Fijo de mi alma,  
Tu enojo me desenoja,  
Y tu indignación me agrada.  
Esos bríos, mi Rodrigo,  
Muéstralos en la demanda  
De mi honor que está perdido,  
Si en tí no se cobra y gana. —  
Contóle su agravio, y dióle  
Su bendición, y la espada  
Con que dió al conde la muerte,  
Y principio á sus fazañas.

III. — (Anónimo.)

Pensativo estaba el Cid,  
Viéndose de pocos años,  
Para vengar á su padre  
Matando al conde Lozano.  
Miraba el bando temido  
Del poderoso contrario,  
Que tenía en las montañas  
Mil amigos asturianos:  
Miraba como en las córtes  
Del rey de Leon Fernando  
Era su voto el primero,  
Y en guerras mejor su brazo.  
Todo le parece poco  
Respecto de aquel agravio,  
El primero que se ha fecho  
A la sangre de Lain Calvo.  
Al cielo pide justicia,  
A la tierra pide campo,  
Al viejo padre licencia,  
Y á la honra esfuerzo y brazo.  
Non cuida de su niñez,  
Que en naciendo, es costumbrado

A morir por casos de honra  
El valiente fidalgo.  
Descolgó una espada vieja  
De Mudarra el castellano,  
Que estaba vieja y mohosa  
Por la muerte de su amo:  
Y pensando que ella sola  
Bastaba para el descargo,  
Antes que se la ciñese  
Así le dice turbado:  
— Faz cuenta, valiente espada,  
Que es de Mudarra mi brazo,  
Y que con su brazo riñes,  
Porque suyo es el agravio.  
Bien sé que te correrás  
De verte así en la mi mano,  
Mas no te podrás correr  
De volver atrás un paso.  
Tan fuerte como tu acero  
Me verás en campo armado;  
Tan bueno como el primero  
Segundo dueño has cobrado,  
Y cuando alguno te venza,  
Del torpe fecho enojado,  
Fasta la cruz en mi pecho  
Te esconderé muy airado.  
Vamos al campo, que es hora  
De dar al conde Lozano  
El castigo que merece  
Tan infame lengua y mano. —  
Determinado va el Cid,  
Y va tan determinado,  
Que en espacio de una hora  
Quedó del conde vengado.

IV. — (Anónimo.) (1)

Non es de sesudos homes,  
Ni de infanzones de pro,  
Facer denuesto á un fidalgo  
Que es temido mas que vos.  
Non los fuertes barraganes  
Del vuestro ardid tan feroz  
Prueban en homes ancianos  
El su juvenil furor:  
No son buenas fechorias  
Que los homes de Leon  
Fieran en el rostro á un viejo,  
Y no el pecho á un infanzon.  
Cuidárais que era mi padre  
De Lain Calvo sucesor,  
Y que no sufren los tuertos  
Los que han de buenos blason.  
Mas ¿ cómo vos atrevisteis

A un home, que solo Dios,  
Siendo yo su fijo, puede  
Facer aquesto, otro non?  
La su noble faz áublasteis  
Con nube de deshonor,  
Mas yo desfaré la niebla,  
Que es mi fuerza la del sol;  
Que la sangre desperde  
Mancha que finca en la honor,  
Y ha de ser, si bien me lembro,  
Con sangre del malhechor:  
La vuesa, conde tirano,  
Lo será, pues su fervor  
Os movió á desguisado,  
Privándoos de razon.  
Mano en mi padre pusisteis  
Delante el rey con furor,  
Cuidá que lo denostasteis,  
Y que soy su fijo yo.  
Mal fecho fecisteis, conde,  
Yo vos reto de traidor,  
Y catad si vos atiendo  
Si me causareis pavor.  
Diego Lainez me fizo  
Bien centrado en su crisol,  
Probaré en vos mi fiereza  
Y en vuesa falsa intencion.  
Non vos valdrá el ardimiento  
De mañero lidiador.  
Pues para vos combatir  
Traigo mi espada y troton. —  
Aquesto al conde Lozano  
Dijo el buen Cid Campeador,  
Que despues por sus fazañas  
Ese nombre mereció.  
Dióle la muerte y vengóse,  
La cabeza le cortó,  
Y con ella ante su padre  
Contento se afinó.

V. — (Anónimo.) (1)

Consolando al noble viejo  
Está el valiente Rodrigo,  
Apercibiendo venganza  
Y resistiendo suspiros.  
Viendo al venerable anciano  
Tan sin razon desmentido,  
Yantar no puede bocado,  
Que nunca yantó ofendido.  
— Non vos dé pena, señor,  
El tuerto que el conde os fizo,  
Que cuando se atrevió á vos,  
Non cuidaba era yo vivo:  
Las lágrimas que verteis

Dan en mi alma hilo á hilo,  
Y como van á su centro  
Conviértense en rayos vivos.  
Por el alto Dios del cielo,  
Y en fe que soy vuestro fijo,  
Que os he de facer vengado  
O me mataré á mi mismo.  
Dadme vuesa bendición  
Con la que habeis pretendido  
En piedra de vuestro honor  
Probar los quilates míos.  
Siendo vos mi ensayador,  
Tanto de punto he subido  
Que presto vereis el flu  
Que á vuestro mal dió principio. —  
Tomó una espada y rodela  
Y de secreto se ha ido,  
Vido al conde paseando,  
Y estas palabras le ha dicho:  
— Conde, lozano estaredes  
De aqueste gran valentio,  
Porque posastes la mano  
Donde home humano ha podido.  
Si, por la divina ley  
Sabeis que fué permitido  
La ofensa que se hizo al padre  
Que la restauren los fijos.  
Aunque acá por la del duelo,  
Por ser de noventa y cinco,  
El mio no está cargado,  
Vos lo estais y desmentido;  
Que el que está en cuerpo de guarda,  
O es de la edad que he dicho,  
Ni agravia ni es afrentado,  
Por las razones que he dicho;  
Y antes que muera de pena,  
O non llegue de corrido,  
Vengo por vuestra cabeza,  
Porque se la he prometido. —  
Faciendo del menosprecio,  
El conde se ha sonreído.  
— Vete, rapaz, non te faga  
Azotar cual page niño. —  
Poniendo mano el buen Cid  
Con gran cólera le ha dicho:  
— La razon con la nobleza  
Mas vale que diez amigos. —  
Son tan soberbios los golpes,  
Y tan sin reparo han sido,  
Que la cabeza del cuerpo  
En un punto ha dividido:  
Por los cabellos la lleva,  
Y dándola al padre dijo:  
— Quien os trató mal en vida  
Catalde á vuestro servicio. —

(1) El asunto de este romance está incluido en el de: «Consolando al noble viejo,» del *Romancero general*.

(1) El mismo asunto del anterior.

## vi. — (Anónimo.)

Llorando Diego Lainez  
Yace sentado á la mesa,  
Vertiendo lágrimas tristes  
Y tratando de su afrenta,  
Y trasportándose el viejo,  
La mente siempre inquieta,  
De temores muy honrados  
Va levantando quimeras,  
Cuando Rodrigo venia  
Con la cortada cabeza  
Del conde, vertiendo sangre,  
Y asida por la melena.  
Tiró á su padre del brazo  
Y del sueño lo recuerda,  
Y con el gozo que trae  
Le dice de esta manera :  
— Veis aquí la yerba mala,  
Para que vos comais buena ;  
Abrid, mi padre, los ojos,  
Y alzad la faz, que ya es cierta  
Vuesa honra, y ya con vida  
Os resucita de muerta.  
De su mancha está lavada,  
A pesar de su soberbia,  
Que hay manos que no son manos,  
Y esta lengua ya no es lengua.  
Yo os he vengado, señor,  
Que está la venganza cierta  
Cuando la razon ayuda  
A aquel que se arma con ella. —  
Piensa que lo sueña el viejo,  
Mas no es así, que no sueña,  
Sino que el llorar prolijo  
Mil caractéres le muestra ;  
Mas al fin alzó los ojos  
Que fidalgas sombras ciegan,  
Y conoció á su enemigo,  
Aunque en la mortal librea.  
— Rodrigo, hijo del alma,  
Encubre aquesa cabeza,  
No sea otra Medusa  
Que me trueque en dura piedra,  
Y sea tal mi desventura  
Que antes que te lo agradezca  
Se me abra el corazon  
Con alegría tan cierta.  
¡ O conde Lozano infame !  
El cielo de ti me engañe,  
Y mi razon, contra ti,  
Ha dado á Rodrigo fuerzas.  
Siéntate á yantar, mi hijo,

Do estoy, á mi cabecera,  
Que quien tal cabeza trae,  
Será en mi casa cabeza.

## vii. — (Anónimo.)

Día era de los reyes,  
Día era señalado,  
Cuando dueñas y doncellas  
Al rey piden aguinaldo,  
Si no es Jimena Gomez,  
Hija del conde Lozano,  
Que puesta delante el rey  
Desta manera ha hablado :  
— Con mancilla vivo, rey,  
Con ella vive mi madre ;  
Cada día que amanece  
Veo quien mató á mi padre  
Caballero en un caballo  
Y en su mano un gavilane ;  
Otras veces un halcon  
Que trae para cazare,  
Y por me hacer mas enojo  
Cébalo en mi palomare :  
Con sangre de mis palomas  
Ensangrentó mi brial.  
Enviéselo á decir,  
Envióme á amenazare  
Que me cortará mis haldas  
Por vergonzoso lugare (1),  
Me forzará mis doncellas  
Casadas y por casare ;  
Matárame un pagedico  
So haldas de mi brial.  
Rey que no hace justicia  
No debía de reinare,  
Ni cabalgar en caballo,  
Ni espuela de oro calzare,  
Ni comer pan en manteles,  
Ni con la reina holgare,  
Ni oír misa en sagrado,  
Porque no merece mase. —  
El rey de que aquesto oyera  
Comenzára de hablare :  
— ¡ Oh válame Dios del cielo !  
Quiérame Dios consejare :  
Si yo prendo ó mato al Cid,  
Mis córtes se volverane ;  
Y si no hago justicia  
Mi alma lo pagaráe.  
— Ten tú las tus córtes, rey,  
No te las revuelva nadie,  
Y al que á mi padre mató

Dámelo tú por iguante,  
Que quien tanto mal me hizo  
Sé que algun bien me harae.  
Entonces dijera el rey,  
Bien oíreis lo que dirae :  
— Siempre lo oí decir,  
Y agora veo que es verdade,  
Que el seso de las mugeres  
Que non era naturale :  
Hasta aquí pidió justicia,  
Ya quiere con él casare :  
Yo lo haré de muy buen grado,  
De muy buena voluntad.  
Mandarle quiero una carta,  
Mandarle quiero llamare. —  
Las palabras no son dichas,  
La carta camino vae,  
Mensagero que la lleva  
Dado la habia á su padre.  
— Malas mañas habeis, conde ;  
No os las puedo yo quitare,  
Que cartas que el rey os manda  
No me las querais mostrare.  
— No era nada, mi hijo,  
Sino que vades aliae,  
Quedaos vos aquí, mio hijo,  
Yo iré en vuestro lugare.  
— Nunca Dios tal cosa quiera  
Ni santa María lo mande,  
Sino que adonde vos fuéredes  
Que allá vaya yo delante.

## viii. — (Anónimo.) (1).

En Búrgos está el buen rey  
Asentado á su yantare,  
Cuando la Jimena Gomez  
Se le vino á querellare.  
Cubierta toda de luto,  
Tocas de negro cendale  
Las rodillas por el suelo  
Comenzára de hablare :  
— Con mancilla vivo, rey,  
Con ella murió mi madre,  
Cada día que amanece  
Veo al que mató á mi padre  
Caballero en un caballo  
Y en su mano un gavilane.  
Por facerme mas despecho  
Cébalo en mi palomare,  
Mátame mis palomillas  
Criadas y por criare,  
Le sangre que sale dellas  
Teñido me ha mi brial :  
Enviéselo á decir,

Envióme á amenazare.  
Rey que non face justicia  
Non debiera de reinare,  
Ni cabalgar en caballo,  
Ni con la reina hablare,  
Ni comer pan á manteles,  
Ni menos armas armare. —  
El rey cuando aquesto oyera  
Comenzára de pensare :  
— Si yo prendo ó mato al Cid  
Mis córtes revolveránse ;  
Pues si lo dejo de hacer  
Dios me lo ha de demandare.  
Mandarle quiero una carta,  
Mandarle quiero á llamare. —  
Las palabras no son dichas,  
La carta camino vae,  
Mensagero que la lleva  
Dado la habia á su padre.  
Cuando el Cid aquesto supo  
Así comenzó á hablare :  
— Malas mañas habeis, conde,  
Non vos las puedo quitare,  
Que carta que el rey vos manda  
No me la quereis mostrare.  
— Non era nada, mi hijo,  
Sino que vades allae,  
Fincad vos acá, mi hijo,  
Que yo iré en vuestro lugare.  
— Nunca Dios lo tal quisiesse  
Ni santa María su madre,  
Sino que donde vos fuéredes  
Tengo yo de ir adelante.

## ix. — (Anónimo.)

Reyes moros en Castilla  
Entran con grande alarido ;  
De moros son cinco reyes,  
Lo demas mucho gentio.  
Pasaron por junto á Búrgos,  
A Montes Doña han corrido,  
Y corriendo á Belforado,  
Tambien á Santo Domingo,  
A Nájera y á Logroño,  
Todo lo habian destruido.  
Llevan presa de ganados,  
Muchos cristianos cautivos,  
Hombres muchos y mugeres,  
Y tambien niñas y niños.  
Ya se vuelven á sus tierras  
Bien andantes y muy ricos,  
Porque el rey, ni otro ninguno,  
A quitárselo han salido.  
Rodrigo cuando lo supo

(1) Este trozo de romance hasta donde dice :  
« Rey que no hace justicia, » es casi una repeti-  
cion de algunos versos que se hallan en el

primero de los siete infantes de Lara, que  
dice : « A Calatrava la vieja. »

(1) Version del anterior.

En Vivar el su castillo  
 (Mózo es de pocos días,  
 Los veinte años no ha cumplido),  
 Cabalga sobre Babieca,  
 Y con él los sus amigos,  
 Apellidára á la tierra,  
 Mucha gente le ha venido.  
 Gran salto diera en los moros :  
 En Montes Doça el castillo  
 Venciera todos los moros,  
 Y prendió los reyes cinco.  
 Quitárale la gran presa  
 Y gentes que iban cautivos.  
 Repartiera las ganancias  
 Con los que le habían seguido,  
 Los reyes trajera presos  
 A Vivar, el su castillo;  
 Entrególos á su madre ;  
 Ella los ha recibido,  
 Soltólos de la prisión,  
 Vasallage han conocido,  
 Y á Rodrigo de Vivar  
 Todos lo han bendecido.  
 Loaban su valentía,  
 Sus parias le han prometido,  
 Fuéronse para sus tierras  
 Cumpliendo lo que habían dicho.

## X. — (Sepúlveda.)

De Rodrigo de Vivar  
 Muy grande fama corria,  
 Cinco reyes ha vencido,  
 Moros de la morería.  
 Soltólos de la prisión  
 Do melidos los tenia,  
 Quedaron por sus vasallos,  
 Sus parias le prometian.  
 En Búrgos estaba el rey,  
 Que Fernando se decia ;  
 Aquesa Jimena Gomez  
 Ante el buen rey parecia :  
 Humilládose había ant'él,  
 Y su razon proponia :  
 — Fija soy yo de don Gomez,  
 Que en Gormáz condado habia,  
 Don Rodrigo de Vivar  
 Le mató con valentia ;  
 La menor soy yo de tres  
 Hijas que el conde tenia,  
 Y vergo á os pedir merced  
 Que me hagais en este día,  
 Y es que aqueso don Rodrigo  
 Por marido yo os pedia.  
 Ternéme por bien casada,  
 Honrada me contaria,  
 Que soy cierta que su hacienda  
 Ha de ir en mejoría,

Y él mayor en el estado  
 Que en la vuestra tierra habia.  
 Hareisme así gran merced,  
 Hacer á vos bien vernia,  
 Porqu'es servicio de Dios,  
 Y yo le perdonaria  
 La muerte que dió á mi padre,  
 Si él aquesto concedia. —  
 El rey hobo por muy bien  
 Lo que Jimena pedia,  
 Escriebiérale sus cartas,  
 Que viniese, le decia,  
 A Plasencia donde estaba,  
 Qu'es cosa que le cumplia.  
 Rodrigo, que vió las cartas  
 Que el rey Fernando le envia,  
 Cabalgó sobre Babieca,  
 Muchos en su compañía :  
 Todos eran hijosdalgo  
 Los que Rodrigo traia,  
 Armas nuevas traian todos,  
 De una color se vestian,  
 Amigos son y parientes,  
 Todos á él lo seguian.  
 Trecientos eran aquellos  
 Que con Rodrigo venian.  
 El rey salio á recibirlo,  
 Que muy mucho lo queria,  
 Dijo le el rey : — Don Rodrigo,  
 Agradézcoos la venida,  
 Que aquesa Jimena Gomez  
 Por marido á vos pedia.  
 Y la muerte del su padre  
 Perdonada os la tenia :  
 Yo vos ruego que lo hagais,  
 Dello gran placer habria,  
 Hacervos be gran merced,  
 Muchas tierras os daria.  
 — Pláceme, rey, mi señor,  
 Don Rodrigo respondia,  
 En esto y en todo aquello  
 Que tu voluntad seria. —  
 El rey se lo agradeció ;  
 Desposados los habia  
 El obispo de Palencia,  
 Y el rey dádole habia  
 A Rodrigo de Vivar  
 Mucho mas que antes tenia,  
 Y amóle en su corazón,  
 Que todo lo merecía.  
 Despidiérase del rey,  
 Para Vivar se volvía,  
 Consigo lleva su esposa,  
 Su madre la recebia :  
 Rodrigo se la encomienda  
 Como á su persona misma ;  
 Prometió como quien era  
 Que á ella no llegaría

Hasta que las cinco huestes  
 De los meros no vencia.

## XI. — (Anónimo.)

A Jimena y á Rodrigo  
 Prendió el rey palabra y mano  
 De juntarlos para en uno  
 En presencia de Lain Calvo.  
 Las enemistades viejas  
 Con amor las olvidaron,  
 Que donde preside amor,  
 Se olvidan muchos agravios.  
 El rey dió al Cid á Valduerna,  
 A Saldaña y Belforado,  
 Y á San Pedro de Cardaña,  
 Que en su hacienda vincularon.  
 Entróse á vestir de boda  
 Rodrigo con sus hermanos ;  
 Quitóse gola y arnes  
 Resplandeciente y grabado,  
 Púsose un medio botarga  
 Con unos vivos morados,  
 Calzas, valona tudescas  
 De aquellos siglos dorados,  
 Eran de grana de polvo  
 Y de vaca los zapatos,  
 Con dos hebillas por cintas  
 Que le apretaban los lados ;  
 Camison redondo y justo  
 Sin filetes ni recamos  
 (Que entonces el almidon  
 Era pan para muchachos),  
 Con jubon de raso negro,  
 Ancho de manga, estofado,  
 Que en tres ó cuatro batallas  
 Su padre lo habia sudado.  
 Una acuchillada cuera  
 Se puso encima del raso,  
 En remembranza y memoria  
 De las muchas que habia dado ;  
 Una gorra de contray  
 Con una pluma de gallo,  
 Llevaba puesto un tudesco  
 En felpa todo aferrado,  
 La Tizona rabitlesa  
 Del mundo terror y espanto,  
 En tiros nuevos traia  
 Que costaron quatro cuartos.  
 Mas galan que Gerineldos  
 Baja el Cid famoso al patio,  
 Donde rey, obispo y grandes  
 En pié estaban aguardando.  
 Tras esto bajó Jimena  
 Tocada en toca de papos,  
 Y no con estas quimeras  
 Que agora llaman hurraços.  
 De paño de Lóndres fino

Era el vestido bordado,  
 Unas garnachas muy justas  
 Con un chapin colorado,  
 Un collar de ocho patenas  
 Con un san Miguel colgando,  
 Que apreciaron una villa  
 Solamente de las manos.  
 Llegaron juntos los novios,  
 Y al dar la mano y abrazo,  
 El Cid mirando la novia  
 Le dijo todo turbado :  
 — Maté á tu padre, Jimena,  
 Pero no á desaguizado,  
 Matéle de hombre á hombre  
 Para vengar cierto agravio.  
 Maté hombre, y hombre doy,  
 Aquí estoy á tu mandado,  
 Y en lugar del muerto padre  
 Cobraste marido honrado. —  
 A todos pareció bien,  
 Su discrecion alabaron,  
 Y así se hicieron las bodas  
 De Rodrigo el castellano.

## XII. — (Anónimo.)

A su palacio de Búrgos,  
 Como buen padrino honrado,  
 Llevaba el rey á yantar  
 A sus nobles afijados.  
 Salen juntos de la iglesia  
 El Cid, el obispo y Lain Calvo.  
 Con el gentío del pueblo  
 Que les iba acompañando.  
 Por la calle adonde van  
 A costa del rey gastaron  
 En un arco muy polido  
 Mas de treinta y quatro cuartos.  
 En las ventanas alfombras,  
 En el suelo juncia y ramos,  
 Y de trecho á trecho habia  
 Mil trobas al desposado.  
 Salíó Pelayo hecho toro  
 Con un paño colorado,  
 Y otros que le van siguiendo,  
 Y una danza de lacayos.  
 Tambien Antolin salíó  
 A la gínetas en un asno,  
 Y Pelaez con vejigas  
 Fuyendo de los moachachos.  
 Diez y seis maravedis  
 Mandó el rey dar á un lacayo  
 Porque espantaba á las fembras  
 Con un vestido de diablo.  
 Mas atras viene Jimena  
 Trabándola el rey la mano,  
 Con la reina su madrina,  
 Y con la gente de manto.

Por las rejas y ventanas  
Arrojaban trigo tanto,  
Que el rey llevaba en la gorra,  
Como era ancha, un gran puñado,  
Y á la homildosa Jimena  
Se le metian mil granos,  
Por la marquesota, al cuello,  
Y el rey se los va sacando.  
Envidioso dijo Suero,  
Que lo oyera el rey, en alto:  
— Aunque es de estimar ser rey,  
Estimára mas ser mano. —  
Mandóle por el regulebro  
El rey un rico penacho,  
Y á Jimena le rogó  
Que en casa le dé un abrazo.  
Fablándola iba el rey,  
Mas siempre la fabla en vano,  
Que non dirá discrecion  
Como la que faz callando.  
Llegó á la puerta el gentío  
Y partiéndose á dos lados,  
Quedóse el rey á comer  
Y los que eran convidados.

XIII. — (Anónimo.)

Domingo por la mañana  
Cuando el claro sol salió  
Mas alegre que otras veces  
Por gozar de la ocasion,  
Don Rodrigo de Vivar,  
El que la palabra dió  
De casarse con Jimena,  
Ese dia la cumplió:  
Y para ir á la iglesia  
A tomar la bendicion,  
Por mostrar lo que valia  
¡ Oh qué galan que salió !  
Que de raso columbino  
Llevaba un rico jubon,  
Calza colorada y justa,  
Porque su gusto ajustó,  
Bohemio de paño negro,  
De raso la guarnicion,  
La manga larga y angosta  
Con capilla de buitron,  
Jaqueta lleva de raja  
Y en ella mucho brahon,  
Y las faldetas tan cortas  
Que se parece el jubon:  
Lleva un cinto tachonado,  
De plata los cabos son,  
Pendiente lleva del cinto

Un doblado mocador:  
Zapatos lleva de seda  
De un amarillo color,  
Abiertos y scuchillados,  
Porque era acuchillador:  
Un collar de piedras y oro  
Que al muerto suegro sirvió,  
La gorra lleva con plumas,  
Y un labrado camison,  
Y la tizonada espada  
(A quien él mucho estimó)  
De terciopelo morado  
Los tiros y vaina son.  
Todos los grandes le aguardan  
Cuantos en la corte son:  
Sale el Cid, y hácenle campo,  
Porque era Cid Campeador.  
El rey le lleva á su lado,  
Que en hacerlo adivinó  
Que de otros muy muchos reyes  
Rodrigo le hará señor.  
Todos le llevan en medio  
En órden y procesion,  
Y para ir á la iglesia  
Todos se mueven á un son.

XIV. — (Sepúlveda.) (1)

Ya se parte don Rodrigo  
Que de Vivar se apellida  
Para visitar Santiago,  
Adonde va en romeria.  
Despidióse de Fernando,  
Aquese rey de Castilla,  
Que le dió muchos haberes,  
Sin dones que dado habia.  
Veinte vasallos consigo  
Llevaba en su compania,  
Mucho bien y gran limosna  
Hacia por donde iba,  
Daba á comer á los pobres,  
Y á los que pobreza habian.  
Siguiendo por su camino  
Muy grande llanto oia,  
Que en medio de un tremedal  
Un gajo triste plañia,  
Dando voces que lo saquen  
Por Dios y santa Maria,  
Rodrigo cuando lo oye  
Para el gajo se venia,  
Descendiera de la bestia,  
En tierra se descendia:  
En la silla lo subió,  
Delante si lo ponía;

Llegaron á la posada  
Do albergaron aquel dia.  
Sentados son á cenar,  
Comian á una escudilla.  
Gran enojo habian los suyos  
De aquesto que el Cid hacia,  
No quieren estar presentes,  
A otra posada se iban.  
Hicieron al Cid y al gajo  
Una cama en que dormian  
Ambos, cuando á media noche,  
Ya que Rodrigo dormia,  
Un soplo por las espaldas  
El gajo dado le habia,  
Tan recio fué que á los pechos  
A don Rodrigo salia.  
Despertó muy espantado,  
Al gajo buscado habia:  
No lo hallaba en la su cama,  
A voces lumbre pedia.  
Traídole habian la lumbre,  
El gajo no parecia,  
Tornado se habia á la cama,  
Gran cuidado en si tenia  
De lo que le aconteciera,  
Mas vió un hombre que á él venia  
Vestido de paños blancos,  
Y que aquesto le decia:  
— ¿ Duermes ó velas, Rodrigo ?  
— No duermo, le respondia,  
Pero dime quién tú eres  
Que tanto resplandecias.  
— San Lázaro soy, Rodrigo,  
Yo, que á te hablar venia;  
Yo soy el gajo á que tú  
Por Dios tanto bien hacias.  
Rodrigo, Dios bien te quiere,  
Otorgado te tenia  
Que lo que tú comenzares  
En lides, ó en otra guisa,  
Lo cumplirás á tu honra  
Y crecerá cada dia.  
De todos serás temido,  
De cristianos y morisma,  
Y que los tus enemigos  
Empecerte no podrian;  
Morirás, tú, muerte honrada,  
No tu persona vencida,  
Tú serás el vencedor,  
Dios su bendicion te envia. —  
En diciendo estas palabras  
Luego se desaparecia.  
Levantóse don Rodrigo  
Y de hinojos se ponía,  
Dió gracias á Dios del cielo,  
También á santa Maria;  
Así estuvo en oracion  
Hasta que fuera de dia.

Partiérase á Santiago,  
Su romeria cumplia;  
De allí se fué á Calahorra,  
Adonde el buen rey yacia.  
Muy bien lo habia recebido,  
Holgóse con su venida,  
Lidió con Martin Gonzalez  
Y en el campo lo vencía.

XV. — (Sepúlveda.)

Sobre Calahorra esa villa  
Contienda se ha levantado  
Entre el buen rey de Leon,  
Llamado el primer Fernando,  
Y Ramiro de Aragon  
Cuyo reino es el nombrado,  
Que ambos los reyes dicen  
Que es villa de su reinado.  
Por quitar muertes y guerras  
Los reyes han acordado  
Que lidien dos caballeros,  
Cada uno de su bando,  
Y el que de aquestos venciese  
Que su rey la haya á su mando.  
Fernando nombró á Rodrigo  
De Vivar el muy nombrado,  
Ramiro á Martin Gonzalez,  
Muy valiente y esforzado.  
Armados ambos que son  
En el campo son entrados.  
En haciendo la señal  
Muy recio se han encontrado;  
Quebraron ambos las lanzas,  
Quedaron muy lastimados,  
Mal feridos de los fierros,  
De los encuentros pasados.  
Martin le dijo á Rodrigo,  
De esta suerte le habia hablado:  
— Mucho, Rodrigo, vos pese  
De haber sido tan osado  
De entrar conmigo en batalla  
De do saldreis mal pagado,  
Que aquesa vuesa cabeza  
Aquí quedará en el campo:  
Non volvereis á Castilla  
Ni á Vivar el vuestro estado,  
Ni Jimena vuestra esposa  
Jamás vos verá á su lado,  
Aunque dicen que la amais  
Y que della sois amado. —  
De las palabras que ha dicho  
Mucho á Rodrigo ha pesado,  
Y con saña muy crecida  
Así le habian hablado:  
— Sois, Martin, buen caballero,  
Notad lo por vos hablado,  
Aquesas vuestras palabras

(1) Hay otro del mismo autor que empieza: « Celebradas ya las bodas, » que trata de igual asunto

No son de hombre esforzado,  
Que aquesta lid comenzada  
Por manos se habrá librado,  
Non por razones livianas  
De que sois tan abastado.  
En la mano de Dios es  
Lo que habeis vos razonado,  
Y él daré la honra á quien  
Viere qu'es bien empleado. —  
Dijo, y con crecido enojo  
Para él se fué denodado,  
Muchas heridas le dió,  
En tierra lo ha derribado  
Don Rodrigo se apeó,  
La cabeza le ha cortado,  
Y la sangre de su espada  
Luego la había limpiado.  
Las rodillas por el suelo,  
Las manos puestas en alto,  
Muchas gracias daba á Dios  
Que tal victoria le ha dado,  
Y dijoles á los jueces,  
Esto les ha preguntado:  
— ¿Queda aquí mas por hacer  
Para que sea del reinado  
De mi señor Calahorra  
Sobre que se ha batallado? —  
Respondieron todos juntos:  
— No, caballero esforzado,  
Que en la batalla pasada  
El derecho le es quitado  
A Ramiro, aqueso rey  
Que decía ser de su estado. —  
Fernando abrazó á Rodrigo,  
Tiénelo por estimado,  
Del rey era muy querido,  
De todo el mundo loado.

## xvi. — (Anónimo.)

Al arma, al arma sonaban  
Los pifaros y atambores;  
Guerra, fuego, sangre dicen  
Sus espantosos clamores.  
El Cid apresta su gente,  
Todos se ponen en órden,  
Cuando llorosa y humilde  
Le dice Jimena Gómez:  
*Rey de mi alma, y desta tierra conde,*  
*¿Porqué me dejas? dónde vas? adónde?*  
Que si eres Marte en la guerra,  
Eres Apolo en la corte,  
Dónde matas bellas damas  
Como allá moros feroces.  
Ante tus ojos se postran  
Y de rodillas se ponen  
Los reyes moros, las hijas  
De reyes cristianos nobles:

*Rey de mi alma, etc.*

Ya truecan todos las galas  
Por lucidos morriones,  
Por arneses de Milan  
Los blandos paños de Lóndres:  
Las calzas por duras grebas,  
Por mallas guantes de flores;  
Mas nosotros trocaremos  
Las almas y corazones.

*Rey de mi alma, etc.*

Viendo las duras querellas  
De su querida consorte,  
No puede sufrir el Cid  
Que no la consuele y lllore.

— Enjugad, señora, dice,  
Los ojos hasta que torne. —  
Ella mirando los suyos  
Su pena publica á voces:  
*Rey de mi alma, y desta tierra conde,*  
*¿Porqué me dejas? dónde vas? adónde?*

## xvii. — (Sepúlveda.)

Muy grandes huestes de moros  
A Estremadura corrian,  
Captivan muchos cristianos,  
Acorro ninguno habian.  
A Rodrigo de Vivar  
Los acorra le pedian,  
Don Rodrigo como bueno  
Sus gentes luego apellida.  
Amigos son y parientes  
Todos los que le venian;  
En busca va de los moros,  
La su seña va tendida.  
El iba por capitán,  
Sobre si buena loriga,  
Cabalga sobre Babieca;  
Placer es de ver cual iba.  
Animando va á los suyos:  
— Nadie muestre cobardía,  
Pues que todos sois hidalgos  
De los buenos de Castilla,  
Muramos como valientes,  
Aqui es bien perder la vida. —  
Entre Atienza y San Esteban  
Que de Gormáz se decia,  
Alcanzado habian los moros,  
Lid campal habian ferida.  
Don Rodrigo los venció,  
Libra la gente captiva,  
Quitábales los ganados,  
Siete leguas los seguía:  
Tantos mató de los moros  
Que contarse no podian;  
Gran haber ganára dellos,  
Captivos en demasía.  
Doscientos son los caballos

Que á don Rodrigo cabian,  
Cien mil marcos el despojo:  
El todo lo repartia  
Entre toda la su gente  
Comunmente, sin cobdicia:  
A Vivar se habia tornado  
Con gran honra que adquiria:  
De todos es muy loado  
Y del rey á maravilla

## xviii. — (Anónimo.)

La noble Jimena Gomez,  
Hija del conde Lozano,  
Con el Cid, marido suyo,  
Sobremesa estaba hablando.  
Triste, quejosa y corrida  
En ver que el Cid haya dado  
En despreciar su compañía  
Por preciarse de soldado,  
Sospechaba que el enojo  
Del muerto conde Lozano  
Vengaba de nuevo en ella,  
Aunque estaba bien vengado;  
Y con este sentimiento,  
Tiernamente suspirando,  
Con lágrimas amorosas  
Así le dijo llorando:

— ¡ Desdichada la dama cortesana  
Que casa lo mejor que casar puede,  
Y dichosa en extremo la aldeana,  
Pues no hay quien de su bien la desherede!  
Pues si amanece sola á la mañana,  
No hay sueño por la tarde que la vede  
De anochecer al lado de su cuyo,  
Segura de la ausencia y daño suyo.  
No la despiertan sueños de pelea  
Sino el sediento hujuelo por el pecho;  
Con dársele y mercele se recrea,  
Dejándole dormido y satisfecho.  
Piensa que todo el mundo está en su aldea,  
Y debajo un pajizo y pobre techo  
De dorados palacios no se cura,  
Que no consiste en oro la ventura.

Viene el disanto, múdase camisa  
Y la saya de boda alegremente,  
Corales y patena por divisa  
De gozó y libertad que el alma siente:  
Vase al solaz, y en él con gozo y risa  
A la vecina encuentra ó al pariente,  
De cuyas rudas pláticas se goza  
Y en años de vejez la juzgan moza. —

No quiso el Cid que Jimena  
Se le aqueje y duela tanto,  
Y en la cruz de su Tizona,  
Espada que ciñe al lado,

Le jura de no volver  
Mas al fronterizo campo,  
Y vivir gozando della  
Y de su noble condado.

## xix. — (Anónimo.)

Espántame, mi Rodrigo,  
Que teniendo ya esperiencia  
De la fe que hay en mi alma,  
Si es fe la que amor gobierna,  
Que así de mí os ausenteis,  
Pues se sabe que una ausencia  
Suele mudar á las veoes  
Una arraigada firmeza.  
Yo no sé qué desengaño  
Aquestas cosas os muestra,  
O porqué así me tratáis,  
Si no es que quereis que muera,  
Pues que con larga ausencia  
A Jimena quitáis vida y paciencia.  
Finais en que os adoro,  
Y no mirais la inclemencia  
Del tiempo, que como tiempo  
Cualquier tiempo atras se deja.  
No os amenazo, Rodrigo,  
Que no es tal vuestra Jimena  
Que os fará desaguizado,  
Aunque zelos la hagan guerra.  
Por dicha, ¿ qué veis en mí  
Que á dejarme así os convenza?  
Direis que os faltó el querer  
Porque os sobró mi firmeza,  
Pues que con larga ausencia  
A Jimena quitáis vida y paciencia.  
¡ Ay pechos de hombres ingratos!  
Si las fembras conocieran  
Vuestra tan cierta mudanza,  
¿ Cómo ninguna os creyera!  
¿ Dó están, Rodrigo, los lloros,  
Las palabras halagüeñas,  
Los falsos ofrecimientos  
Llenos de faldas promesas?  
Todo el tiempo lo ha mudado,  
De todo solo me queda  
Para mi triste consuelo  
Tierno lloro y tierna queja,  
Pues con tan larga ausencia  
A Jimena quitáis vida y paciencia.

## xx. — (Anónimo.)

Cercada tiene á Coimbra  
Aqueso buen rey Fernando,  
Siete años duró el cerco  
Que jamas lo hubo quitado,  
Porque el lugar es muy fuerte,  
De muros bien torreado.



No hay vianda en el real,  
Que todo lo habian cañado.  
Ya quieren alzar el cerco,  
Al rey monges han llegado  
De aquese gran monasterio  
Que nombrado era Lormano,  
Que con trabajo crecido  
Habian mucho trigo alzado,  
Mucho mijo y aun legumbres,  
Y al rey todo se lo han dado,  
Rogándole no alce el cerco,  
Que darian vianda abasto.  
El rey se lo agradeció,  
Tomó lo que le fué dado,  
Partiólo por sus compañías,  
Viandas les han abondado :  
Quebrantaron muchos muros,  
Los moros se han amistado.  
Dádose habian al rey  
La villa y todo su algo,  
Solo fincan con las vidas  
Que el rey se las ha otorgado.  
En tanto que dura el cerco  
Un romero habia llegado  
Que viene de allá de Grecia  
Al apóstol Santiago.  
Astiano habia por nombre,  
Obispo es intitulado.  
Faciendo estaba oracion  
Ante el apostol muy santo.  
Astianos oyó decir  
Que el apóstol Santiago  
Entraba en las grandes lides  
Armado y en un caballo  
A pelear con los moros  
En favor de los cristianos.  
El obispo que lo oyó  
Muy mucho le habia pesado :  
— Non le digais caballero,  
Pescador era llamado. —  
Y con esta gran porfia  
Dormido se habia quedado.  
Santiago se le apareeó  
Con llaves en la su mano,  
Y con muy alegre rostro  
Dijo : — Tú faces escarnio  
Por llamarme caballero,  
Y en ello tanto has cuidado,  
Vengo yo ahora á mostrarte,  
Porque no dudes en vano.  
Caballero soy de Cristo,  
Ayudador de cristianos  
Contra el poder de los moros,  
Y dellos soy abogado. —  
Estando en estas razones

Traido le fué un caballo,  
Blanco era y muy hermoso,  
Santiago le ha cabalgado  
Guarnido de todas armas,  
Limpias, blancas, relumbrando,  
Y á guisa de caballero  
A ayudar va al rey Fernando,  
Que yace sobre Coimbra  
Habia ya siete años.  
— Y con estas llaves mismas,  
Dijo, que llevo en mis manos,  
Abriría yo el lugar ;  
Mañana el día llegado  
Daréselo yo al rey  
Que lo ha tenido cercado. —  
Y en aquesta propia hora  
Al rey la habia entregado.  
Nombróse Santa María  
La mezquita que han hallado  
Consagrándola en su nombre,  
Y en ella se habia armado  
Caballero don Rodrigo  
De Vivar el afamado.  
El rey le ciñó la espada,  
Paz en la boca le ha dado,  
No le diera pescozada  
Como á otros habia dado,  
Y por hacerle mas honra  
La reina le dió el caballo,  
Y doña Urraca la infanta  
Las espuelas le ha calzado.  
Novecientos caballeros  
Don Rodrigo habla armado,  
Mucha honra le hace el rey  
Y mucho fuera loado  
Porque fuera muy valiente  
En ganar lo que es contado,  
Y en otros muchos lugares  
Que á su rey ha conquistado.

## xxi. — (Anónimo.) (1)

En Zamora está Rodrigo  
En corte del rey Fernando,  
Padre del rey sin ventura  
A quien llamaron don Sancho,  
Quando llegan mensageros  
De los reyes tributarios  
A Rodrigo de Vivar,  
Al qual dicen humillados :  
— Buen Cid, á ti nos envian  
Cinco reyes tus vasallos,  
A te pagar el tributo  
Que quedaron obligados,  
Y por señal de amistad

(1) Es al mismo asunto del de : « En Zamora estaba el rey, » por Sepúlveda.

Te envian mas, cien caballos,  
Veinte blancos como arniños,  
Y veinte rucios rodados,  
Treinta te envian morcillos,  
Y otros tantos alazanos,  
Con todos sus guarnimientos  
De diferentes brocados ;  
Y á mas á doña Jimena  
Muchas joyas y tocados,  
Y á vuestras dos hijas bellas  
Dos jacintos muy preciados,  
Dos cofres de muchas sedas  
Para vestir tus fidalgos. —  
El Cid les dijera : — Amigos,  
El mensaje habeis errado,  
Porque yo no soy señor  
Adonde está el rey Fernando :  
Todo es suyo, nada es mio,  
Yo soy su menor vasallo. —  
El rey agradeció mucho  
La humildad del Cid honrado,  
Y dijo á los mensageros :  
— Decidles á vuestros amos  
Que aunque no es rey su señor,  
Con un rey está sentado,  
Y que cuanto yo poseo  
El Cid me lo ha conquistado,  
Y que yo estoy muy contento  
En tener tan buen vasallo. —  
El Cid despidió á los moros  
Con dones que les ha dado,  
Siendo dende allí adelante  
El Cid Ruiz Diaz llamado,  
Apellido, entre los moros,  
De home de valor y estado.

## xxii. — (Anónimo.)

La silla del buen sant Pedro  
Victor papa la tenia,  
Y el emperador Enrique  
Ante él se humilló y decia :  
— Ante vos, el padre santo,  
Mi querella proponia  
Contra aquese rey Fernando  
Que á Castilla y Leon tenia,  
Porque todos los cristianos  
Por señor me obedecian,  
Solo él no me conoce  
Ni mi tributo me envia :  
Constreñidle, santo padre,  
Que me obedezca este día. —  
El papa envió su mandado  
En que pedido le habia  
Que le fuese tributario,  
So pena que enviaria  
Y daría su cruzada  
Porqué no le obedecia.

Muchos reyes que allí estaban,  
Que en concilio presidian,  
Retaban al rey Fernando  
Si esto cumplir no queria.  
El rey cuando vió las cartas  
Pena recibido habia,  
Porque si esto va adelante,  
A sus reinos mal vendria.  
A los sus honrados homes  
Su consejo les pedia,  
Ellos al rey aconsejan  
Faga lo que le pedian,  
Porque de ser obediente  
Al papa á él convenia,  
Y si hacerlo no quiere  
A sus reinos mal vendria,  
Porque vendrán contra él  
Reyes que lo desañan.  
No estuvo en este consejo  
El buen Cid, que ido se habia  
A ver á Jimena Gomez,  
Su esposa que bien queria,  
Y habia muy poco tiempo  
Que el buen Cid la conocia.  
Estando hablando en esto  
Don Rodrigo entrado habia,  
El rey cuando vido al Cid  
Lo que ha pasado decia,  
Y rogólo le aconseje  
Lo que sobre eso haria.  
El Cid cuando tal oyó  
El corazon le dolia :  
Fabló su razon al rey,  
Desta manera decia :  
— Rey Fernando, vos nacisteis  
En Castilla en fuerte día,  
Si en vuestro tiempo ha de ser  
A tributos sometida,  
Lo cual nunca fué hasta aquí,  
Gran deshonra nos seria :  
Cuanta honra Dios nos dió  
Si tal faceis es perdida.  
Quién esto vos aconseja  
Vuestra honra no queria,  
Ni de vuestro señorío  
Que á vos, rey, obedecia.  
Enviad vuestro mensaje  
Al papa y á su valia,  
Y á todos desañad  
De vuesa parte y la mia  
Pues Castilla se ganó  
Por los reyes que ende habia,  
Ninguno les ayudó  
De moros á la conquista.  
Mucha sangre les costó,  
La vida me costaria  
Antes que pagar tributo,  
Pues á nadie se debía. —

El rey lo tuvo por bien  
Lo que el buen Cid le decia :  
Al papa envió el mensaje,  
Y por merced le pedia  
No ayude tal sinrazon  
Sobre lo que no la habia ;  
Y al emperador Enrique  
Y á aquellos que lo seguian,  
A todos desafiaba,  
Y que buscarlos queria.  
Ocho mil y novecientos  
Caballeros ya venian,  
Parte de ellos son del rey,  
Y otros que el buen Cid tenia :  
Por capitán general  
A don Rodrigo tenian,  
Pasaron los puertos de Aspa,  
Y al encuentro les salia  
Ramon, conde de Saboya,  
Con muy gran caballeria.  
Con el Cid hubo batalla,  
La lid fué mucho ferida,  
Mas Rodrigo venció al conde  
Y en la prision lo ponía  
Soltólo con las rehenes  
De una hija que tenia,  
En ella hubo el buen rey  
Un hijo que se decia  
Don Fernando, cardenal  
De ese reino de Castilla.  
Tambien don Rodrigo Diaz  
Otra batalla vencía  
Del mayor poder de Francia  
Que al encuentro le salía,  
Sin que el rey se hallase en ella,  
Que atras quedádose habia.  
Los reyes y emperadores  
Con toda la su valia  
Cuando vieron el estrago  
Que el buen Cid haciendo iba,  
Por merced piden al papa  
Que al rey Fernando le escriba  
Que á Castilla se volviese,  
Que tributo no querian,  
Que contra el poder del Cid  
Ninguno se ampararia  
El rey cuando vió el mensaje  
A su tierra se volvia,  
Túvose por muy contento,  
Y al Cid se lo agradecia.

XXIII. — (Anónimo.) (1)

A concilio dentro en Roma  
El padre santo ha llamado.  
Por obedecer al papa

Este noble rey Fernando  
Para Roma fué derecho  
Con el Cid acompañado.  
Por sus jornadas contadas  
En Roma se han apeado ;  
El rey con gran cortesía  
Al papa besó la mano,  
Y el Cid y sus caballeros  
Cada cual de grado en grado.  
En la iglesia de San Pedro  
Don Rodrigo habia entrado,  
Do vido las siete sillas  
De siete reyes cristianos,  
Y vió la del rey de Francia  
Junto á la del padre santo,  
Y la del rey su señor  
Un estado mas abajo.  
Fuése á la del rey de Francia,  
Con el pie la ha derribado,  
La silla era de marfil,  
Hecho la ha cuatro pedazos,  
Y tomó la de su rey  
Y subióla en lo mas alto.  
Habló allí un honrado duque  
Que dicen el saboyano :  
— Maldito seas, Rodrigo,  
Del papa descomulgado,  
Porque deshonraste un rey  
El mejor y maspreciado. —  
Oyendo el Cid sus razones  
Vesta manera ha hablado :  
— Dejemos los reyes, duque,  
Y si os sentis agraviado,  
Hayámoslo entre los dos,  
De mí á vos sea demandado. —  
Allegóse cabe el duque,  
Un gran fempujon le ha dado  
El duque sin responder  
Se quedó muy mesurado.  
El papa cuando lo supo  
Al Cid ha descomulgado ;  
Sabiéndolo el de Vivar,  
Ante el papa se ha postrado.  
— Absolvedme, dijo, papa,  
Sino seraos mal contado. —  
El papa, padre piadoso,  
Respondió muy mesurado :  
— Yo te absuelvo, don Ruy Diaz,  
Yo te absuelvo de buen grado,  
Con que seas en mi corte  
Muy cortés y mesurado.

XXIV. — (Anónimo.)

En los solares de Búrgos  
A su Rodrigo aguardando

Tan en cinta está Jimena,  
Que muy cedo aguarda el parto.  
Cuando ademas dolorida,  
Una mañana en disanto,  
Bañada en lágrimas tiernas  
Tomó la pluma en la mano,  
Y despues de haberle escrito  
Mil quejas á su velado,  
Bastantes á domeñar  
Unas entrañas de mármol,  
De nuevo tomó la pluma  
Y de nuevo tornó al llanto,  
Y desta guisa le escribe  
Al noble rey don Fernando.  
« A vos, mi señor el rey,  
« El bueno, el aventurado,  
« El magno, el conqueridor,  
« El agradecido, el sabio,  
« La vuesa sierva Jimena,  
« Fija del conde Lozano,  
« A quien vos marido disteis  
« Bien así como barlando,  
« Desde Búrgos os saluda  
« Donde vive lacerando :  
« Las vuestas andauzas buenas  
« Llévevoslas Dios al cabo.  
« Perdonadme, mi señor,  
« Si no os fablo muy en salvo,  
« Que si mal talante os tengo  
« Non puedo disimullalo.  
« ¿ Qué ley de Dios vos enseña  
« Que podais por tiempo tanto,  
« Cuando aincáis en las lides,  
« Descasar á los casados ?  
« ¿ Qué buena razon consiente  
« Que á un garzon bien domeñado,  
« Falagüeno y homildoso,  
« Le mostreis á ser leon bravo,  
« Y que de noche y de dia  
« Le traigais atraillado  
« Sin soltaile para mí  
« Sino una vez en el año ?  
« Y esa que me le soltais,  
« Hasta los pies del caballo  
« Tan teñido en sangre viene  
« Que pone pavor mirallo ;  
« Y cuando mis brazos toca,  
« Luego se duerme en mis brazos,  
« En sueños gime y forceja,  
« Que cuida que está lidiando.  
« Apenas el alba rompe  
« Cuando lo estan acuetando  
« Las escolcas y adalides  
« Para que se vuelva al campo.  
« Llorando vos lo pedí,  
« Y en mi soledad cuidando  
« De cobrar padre y marido,  
« Ni uno tengo, ni otro alcanzo ;

« Que como otro bien no tengo  
« Y me lo habedes quitado,  
« En guisa le lloro vivo  
« Cual si estuviera finado.  
« Si lo faceis por honraile,  
« Mi Rodrigo es tan honrado  
« Que no tiene barba y tiene  
« Cinco reyes por vasallos.  
« Yo finjo, señor, en cinta  
« Que en nueve meses he entrado,  
« Y me podran empecer  
« Las lágrimas que derramo.  
« Non permitais se malogren  
« Prendas del mejor vasallo  
« Que tiene cruces bermejas  
« Ni á rey ha besado mano.  
« Respondedme en puridad  
« Con lotras de vuesa mano,  
« Aunque al vuesto mandadero  
« Le pague yo su aguinado.  
« Dad este escrito á las llamas,  
« Non se faga de palacio,  
« Que á malos barruntadores  
« Non me será bien contado. »

XXV. — (Anónimo.)

Pidiendo á las diez del dia  
Papel á su secretario,  
A la carta de Jimena  
Responde el rey por su mano.  
Despues de hacer la cruz  
Con cuatro puntos y un rasgo,  
Aquestas palabras finca  
A guisa de cortesano :  
« A vos, Jimena la noble,  
« La del marido envidiado,  
« La homildosa, la discreta,  
« La que cedo espera el parto.  
« El rey que nunca vos tuvo  
« Talante desmesurado  
« Vos envia sus saludes  
« En fe de quereros tanto.  
« Decisme que soy mal rey  
« Y que descaso casados,  
« Y que por los mis provechos  
« Non entro de vuestos daños :  
« Que estais de mí querellosa  
« Decis en vuestos despachos,  
« Que non vos suelto el marido  
« Sino una vez en el año,  
« Y que cuando vos le suelto,  
« En lugar de falagaros  
« En vuestos brazos se duerme,  
« Como vengo tan cansado.  
« Si suplérades, señora  
« Que vos quitaba el velado  
« Por mis enamoramientos,

(1) Del asunto de este romance se hace mencion en la parte 1. cap. 19 del Quijote.

« Fuera con razon quejaros,  
 « Mas si solo vos lo quito  
 « Para lidiar en el campo  
 « Con los moros convecinos,  
 « Non vos fago mucho agravio.  
 « A non vos tener en cinta,  
 « Señora, el vueso velado,  
 « Creyera de su dormir  
 « Lo que me habedes contado;  
 « Pero si os tiene, señora,  
 « Con el brial levantado...  
 « No se ha dormido en el lecho,  
 « Si espera en vos mayorazgo :  
 « Y si en el parto primero  
 « Un marido os ha faltado,  
 « No importa, que sobra un rey  
 « Que os fará cion mil regalos.  
 « Non le escribades que venga,  
 « Porque aunque esté á vueso lado,  
 « En oyendo el atambor  
 « Será forzoso dejaros.  
 « Si non hubiera yo puesto  
 « Las mis huésteles á su cargo.  
 « Ni vos fuerais mas que dueña,  
 « Ni él fuera mas que un fidalgo.  
 « Decís que vueso Rodrigo  
 « Tiene reyes por vasallos.  
 « ¡ Ojalá como son cinco  
 « Fueren cinco veces cuatro !  
 « Porque teniéndolos él  
 « Sujetos á su mandado,  
 « Mis castillos y los vuestos  
 « No hubieran tantos contrarios.  
 « Decís que entregue á las llamas  
 « La carta que me habeis dado :  
 « A contener heregias  
 « Fuera digna de tal pago ;  
 « Mas si contiene razones  
 « Dignas de los siete sabios,  
 « Mejor es para mi archivo  
 « Que non para el fuego ingrato.  
 « Y porque guardéis la mia  
 « Y non la fagais pedazos,  
 « Por ella á lo que perdiédes  
 « Prometo buen aguinaldo.  
 « Si fijo, prometo dalle  
 « Una espada y un caballo,  
 « Y dos mil maravedís  
 « Para ayuda de su gasto.  
 « Si fija, para su dote  
 « Prometo poner en cambio  
 « Desde el dia que naciere,  
 « De plata cuarenta marcos.  
 « Con esto ceso, señora,  
 « Y no de estar suplicando  
 « A la Virgen vos alumbré  
 « En los peligros del parto. »

## XXVI. — (Anónimo.)

Salió á misa de parida  
 A San Isidro en Leon  
 La noble Jimena Gomez,  
 Muger del Cid Campeador.  
 Para salir, de contray  
 Sus escuderos vistió,  
 Que el vestido del criado  
 Dice quien es el señor.  
 Un jubon de grana fina  
 La bella dama sacó,  
 Con cajas de terciopelo  
 Picadas de dos en dos ;  
 De lo mismo una basquiña  
 Con la mesma guarnicion,  
 Donas que la diera el rey  
 El dia que se casó,  
 Y con los cabos de plata  
 Un muy rico ceñidor,  
 Que á la condesa su madre  
 El conde en donas le dió.  
 Lleva una coña de papos  
 De riquísimo valor,  
 Que le dió la infanta Urraca  
 El dia que se veló ;  
 Dos patenas lleva al cuello  
 Puestas con mucho primor,  
 Con san Lazaro y san Pedro,  
 Santos de su devocion,  
 Y los cabellos que al oro  
 Disminuyen su color,  
 A las espaldas echados  
 De todos hecho un cordón.  
 Lleva un manto de contray,  
 Porque las dueñas de honor  
 Mientras mas cubren su rostro  
 Mas descubren su opinion.  
 Tan hermosa iba Jimena  
 Que suspenso quedó el sol  
 En medio de su carrera  
 Por podella ver mejor,  
 Y á la entrada de la iglesia  
 Al rey Fernando encontró  
 Que para metella dentro  
 De la mano la tomó.  
 Dijo el rey : — Noble Jimena,  
 Pues es el Cid Campeador  
 Vueso dichoso marido  
 Y mi vasallo el mejor,  
 Que por estar en las lides  
 Hoy de la iglesia faltó,  
 A falta del brazo suyo  
 Yo vuestro bracero soy ;  
 Y á aquea hermosa infanta  
 Que el cielo divino os dió,  
 Mando mil maravedís  
 Y mi plumage el mejor. —

Non le agradece Jimena  
 Al rey tanto su favor,  
 Que le ocupa la vergüenza,  
 Y á sus palabras la voz.  
 Las manos quiso Jimena  
 Besarle, y él las huyó :  
 Acompañóla en la iglesia  
 Y á su casa la volvió.

## XXVII. — (Anónimo.)

Acababa el rey Fernando  
 De distribuir sus tierras,  
 Cercano para la muerte  
 Que le amenaza de cerca,  
 Cuando por la triste sala  
 De negro luto cubierta,  
 La olvidada infanta Urraca  
 Vertiendo lágrimas entra ;  
 Y viendo á su padre el rey,  
 Con debida reverencia  
 De hinojos ante la cama  
 La mano le pide y besa ;  
 Y despues de haber mostrado  
 Con tierno llanto sus quejas,  
 Mostrando la voz humilde  
 Así la infanta se queja :  
 — Entre divinas y humanas,  
 ¿ Qué ley, padre, vos enseña  
 Para mejorar los homes  
 Desheredar á las fembras ?  
 A Alfonso, Sancho y Garcia,  
 Que están en vuesa preseñcia,  
 Dejais todos los haberes  
 Y de mi non se vos lembra.  
 Non debo ser vuesa fija,  
 Que os forzára si lo fuera  
 A tener de mi lemanza  
 La vuesa naturaleza.  
 Si legitima non soy,  
 Magüer que bastarda fuera,  
 De alimentar los mestizos  
 Habedes naturaleza,  
 Y si ansi non es, decid :  
 ¿ Qué culpa me deshereda ?  
 ¿ Qué desacato vos fice  
 Que tal castigo merzoca ?  
 Si tal tuerto me faceis,  
 Las naciones extranjeras  
 Y los vuestos homes buenos  
 ¿ Qué dirán cuando lo sepan ?  
 Que non es derecho, non,  
 Ni tal es razon que sea.  
 Pudiendo ganalla en lides,  
 Dar á los homes hacienda.

Dejaisme desheredada,  
 Pero catad que soy fembra,  
 Y lo que podré facer  
 Sin varon y sin hacienda.  
 Si tierras no me dejais,  
 Iréme por las agenas,  
 Y por cubrir vueso tuerto  
 Negaré ser fija vuesa.  
 En trage de peregrina  
 Pobre iré, mas faced cuenta  
 Que las romeras á veces  
 Suelen fincar en rameras.  
 Sangre noble me acompaña,  
 Mas cuido que mi nobleza  
 Como estraña olvidaré,  
 Pues que por tal me desechas. —  
 Tales palabras habló,  
 Y esperando la respuesta  
 Dió principio al tierno llanto  
 Poniendo fin á sus quejas.

## XXVIII. — (Anónimo.)

Doliente se siente el rey,  
 Este buen rey don Fernando,  
 Los pies tiene hácia el oriente  
 Y la candela en la mano.  
 A su cabecera tiene  
 Arzobispos y perlados,  
 A su man derecha tiene  
 A sus hijos todos cuatro.  
 Los tres eran de la reina  
 Y el uno era bastardo :  
 Ese que bastardo era  
 Quedaba mejor librado.  
 Arzobispo es de Toledo,  
 Maestre de Santiago,  
 Abad era en Zaragoza,  
 De las Españas primado.  
 — Hijo, si yo no muriera,  
 Vos fuerades padre santo,  
 Mas con la renta que os queda  
 Vos bien podeis alcanzarlo. —  
 Ellos estando en aquesto  
 Entrára Urraca Fernando,  
 Y vuelta hácia su padre  
 Desta manera ha hablado.

## XXIX. — (Anónimo.) (1)

Morir vos queredes, padre,  
 Sant Miguel vos haya el alma ;  
 Mandistedes vuestras tierras  
 A quien bien se os antojára.  
 Disté á don Sancho á Castilla,

(1) De lo contenido en este romance se hace mención en el *Quijote*, parte II, cap. 5.

« Fuera con razon quejaros,  
 « Mas si solo vos lo quito  
 « Para lidiar en el campo  
 « Con los moros convecinos,  
 « Non vos fago mucho agravio.  
 « A non vos tener en cinta,  
 « Señora, el vueso velado,  
 « Creyera de su dormir  
 « Lo que me habedes contado;  
 « Pero si os tiene, señora,  
 « Con el brial levantado...  
 « No se ha dormido en el lecho,  
 « Si espera en vos mayorazgo:  
 « Y si en el parto primero  
 « Un marido os ha faltado,  
 « No importa, que sobra un rey  
 « Que os fará cion mil regalos.  
 « Non le escribades que venga,  
 « Porque aunque esté á vueso lado,  
 « En oyendo el atambor  
 « Será forzoso dejaros.  
 « Si non hubiera yo puesto  
 « Las mis huéstes á su cargo.  
 « Ni vos fuerais mas que dueña,  
 « Ni él fuera mas que un fidalgo.  
 « Decís que vueso Rodrigo  
 « Tiene reyes por vasallos.  
 « ¡Ojalá como son cinco  
 « Fueren cinco veces cuatro!  
 « Porque teniéndolos él  
 « Sujetos á su mandado,  
 « Mis castillos y los vuesos  
 « No hubieran tantos contrarios.  
 « Decís que entregue á las llamas  
 « La carta que me habeis dado:  
 « A contener heregias  
 « Fuera digna de tal pago;  
 « Mas si contiene razones  
 « Dignas de los siete sabios,  
 « Mejor es para mi archivo  
 « Que non para el fuego ingrato.  
 « Y porque guardéis la mia  
 « Y non la fagais pedazos,  
 « Por ella á lo que perdiédes  
 « Prometo buen aguinaldo.  
 « Si fijo, prometo dalle  
 « Una espada y un caballo,  
 « Y dos mil maravedís  
 « Para ayuda de su gasto.  
 « Si fija, para su dote  
 « Prometo poner en cambio  
 « Desde el dia que naciere,  
 « De plata cuarenta marcos.  
 « Con esto ceso, señora,  
 « Y no de estar suplicando  
 « A la Virgen vos alumbré  
 « En los peligros del parto. »

## XXVI. — (Anónimo.)

Salió á misa de parida  
 A San Isidro en Leon  
 La noble Jimena Gomez,  
 Muger del Cid Campeador.  
 Para salir, de contray  
 Sus escuderos vistió,  
 Que el vestido del criado  
 Dice quien es el señor.  
 Un jubon de grana fina  
 La bella dama sacó,  
 Con cajas de terciopelo  
 Picadas de dos en dos;  
 De lo mismo una basquiña  
 Con la mesma guarnicion,  
 Donas que la diera el rey  
 El dia que se casó,  
 Y con los cabos de plata  
 Un muy rico ceñidor,  
 Que á la condesa su madre  
 El conde en donas le dió.  
 Lleva una coña de papos  
 De riquísimo valor,  
 Que le dió la infanta Urraca  
 El dia que se veló;  
 Dos patenas lleva al cuello  
 Puestas con mucho primor,  
 Con san Lazaro y san Pedro,  
 Santos de su devocion,  
 Y los cabellos que al oro  
 Disminuyen su color,  
 A las espaldas echados  
 De todos hecho un cordón.  
 Lleva un manto de contray,  
 Porque las dueñas de honor  
 Mientras mas cubren su rostro  
 Mas descubren su opinion.  
 Tan hermosa iba Jimena  
 Que suspenso quedó el sol  
 En medio de su carrera  
 Por podella ver mejor,  
 Y á la entrada de la iglesia  
 Al rey Fernando encontró  
 Que para metella dentro  
 De la mano la tomó.  
 Dijo el rey: — Noble Jimena,  
 Pues es el Cid Campeador  
 Vueso dichoso marido  
 Y mi vasallo el mejor,  
 Que por estar en las lides  
 Hoy de la iglesia faltó,  
 A falta del brazo suyo  
 Yo vuestro bracero soy;  
 Y á aquea hermosa infanta  
 Que el cielo divino os dió,  
 Mando mil maravedís  
 Y mi plumage el mejor. —

Non le agradece Jimena  
 Al rey tanto su favor,  
 Que le ocupa la vergüenza,  
 Y á sus palabras la voz.  
 Las manos quiso Jimena  
 Besarle, y él las huyó:  
 Acompañóla en la iglesia  
 Y á su casa la volvió.

## XXVII. — (Anónimo.)

Acababa el rey Fernando  
 De distribuir sus tierras,  
 Cercano para la muerte  
 Que le amenaza de cerca,  
 Cuando por la triste sala  
 De negro luto cubierta,  
 La olvidada infanta Urraca  
 Vertiendo lágrimas entra;  
 Y viendo á su padre el rey,  
 Con debida reverencia  
 De hinojos ante la cama  
 La mano le pide y besa;  
 Y despues de haber mostrado  
 Con tierno llanto sus quejas,  
 Mostrando la voz humilde  
 Así la infanta se queja:  
 — Entre divinas y humanas,  
 ¿Qué ley, padre, vos enseña  
 Para mejorar los homes  
 Desheredar á las fembras?  
 A Alfonso, Sancho y Garcia,  
 Que están en vuesa preseencia,  
 Dejais todos los haberes  
 Y de mi non se vos lembra.  
 Non debo ser vuesa fija,  
 Que os forzára si lo fuera  
 A tener de mi lemanza  
 La vuesa naturaleza.  
 Si legitima non soy,  
 Magüer que bastarda fuera,  
 De alimentar los mestizos  
 Habedes naturaleza,  
 Y si ansi non es, decid:  
 ¿Qué culpa me deshereda?  
 ¿Qué desacato vos fice  
 Que tal castigo merzeca?  
 Si tal tuerto me faceis,  
 Las naciones extranjeras  
 Y los vuesos homes buenos  
 ¿Qué dirán cuando lo sepan?  
 Que non es derecho, non,  
 Ni tal es razon que sea.  
 Pudiendo ganalla en lides,  
 Dar á los homes hacienda.

Dejaisme desheredada,  
 Pero catad que soy fembra,  
 Y lo que podré facer  
 Sin varon y sin hacienda.  
 Si tierras no me dejais,  
 Iréme por las ajenas,  
 Y por cubrir vueso tuerto  
 Negaré ser fija vuesa.  
 En traje de peregrina  
 Pobre iré, mas faced cuenta  
 Que las romeras á veces  
 Suelen fincar en rameras.  
 Sangre noble me acompaña,  
 Mas cuido que mi nobleza  
 Como estraña olvidaré,  
 Pues que por tal me desechas. —  
 Tales palabras habló,  
 Y esperando la respuesta  
 Dió principio al tierno llanto  
 Poniendo fin á sus quejas.

## XXVIII. — (Anónimo.)

Doliente se siente el rey,  
 Este buen rey don Fernando,  
 Los pies tiene hácia el oriente  
 Y la candela en la mano.  
 A su cabecera tiene  
 Arzobispos y perlados,  
 A su man derecha tiene  
 A sus hijos todos cuatro.  
 Los tres eran de la reina  
 Y el uno era bastardo:  
 Ese que bastardo era  
 Quedaba mejor librado.  
 Arzobispo es de Toledo,  
 Maestre de Santiago,  
 Abad era en Zaragoza,  
 De las Españas primado.  
 — Hijo, si yo no muriera,  
 Vos fuerades padre santo,  
 Mas con la renta que os queda  
 Vos bien podeis alcanzarlo. —  
 Ellos estando en aquesto  
 Entrára Urraca Fernando,  
 Y vuelta hácia su padre  
 Desta manera ha hablado.

## XXIX. — (Anónimo.) (1)

Morir vos queredes, padre,  
 Sant Miguel vos haya el alma;  
 Mandistedes vuestras tierras  
 A quien bien se os antojára.  
 Disté á don Sancho á Castilla,

(1) De lo contenido en este romance se hace mención en el *Quijote*, parte II, cap. 5.

Castilla la bien nombrada,  
A don Alonso á Leon,  
Y á don García á Vizcaya.  
A mí porque soy muger  
Dejaisme desheredada,  
Irme he yo por estas tierras  
Como una muger errada,  
Y este mi cuerpo daría  
A quien bien se me antojára,  
A los moros por dinero  
Y á los cristianos de gracia:  
De lo que ganar pudiere  
Haré bien por vuestra alma.—  
Allí preguntára el rey:  
— ¿Quién es esa que así habla? —  
Respondiera el arzobispo:  
—Vuestra hija doña Urraca.

— Calledes, hija, calledes,  
No digades tal palabra,  
Que muger que tal decia  
Meresce de ser quemada.  
Allá en Castilla la Vieja  
Un rincón se me olvidaba,  
Zamora habia por nombre,  
Zamora la bien cercada,  
De una parte la cerca el Duero,  
De otra Peña Tajada,  
Del otro la moreria,  
Una cosa es muy preciada:  
Quien es la tomare, hija,  
La mi maldición le caiga.—  
Todos dicen ámen, ámen,  
Sino don Sancho que calla.

## SEGUNDA PARTE

## DE LOS ROMANCES DEL CID

QUE TRATA DE SUS HAZAÑAS Y AVENTURAS

DURANTE

EL REINADO DE SANCHO II EL VALIENTE.

## I. — (Sepúlveda.)

El rey don Sancho reinaba  
En Castilla su reinado,  
Y en Galicia don García,  
Que de don Sancho es hermano.  
Sobre los reinos los dos  
Mucho habian guerreado,  
Y en batalla muy sangrienta  
Ambos reyes se han hallado.  
Muchos mueren de sus gentes:  
Prendió García á don Sancho,  
Diéralo á seis caballeros  
Que lo tengan á recaudo;  
Va en alcance de la gente  
Que tenia el rey su hermano.  
Don Sancho que se vio preso  
Gran enojo habia cobrado,  
Dijo á los que le guardaban  
Que le dejen ir en salvo,  
Farales grandes mercedes,  
Siempre les dará gran algo,  
Y en el reino de su rey  
Non farà desaguizado.  
Respondieron todos juntos  
No harian lo que ha mandado

Hasta que vuelva su rey  
Y ponga en ello recaudo.  
Estando don Sancho preso  
Alvar Fañez ha llegado,  
Y á los que al rey tienen preso  
Desta manera ha hablado:  
— Traidores, dejad mi rey,  
Que teneis aprisionado.—  
Y arremetiendo con ellos  
Con todos ha peleado:  
Derribará á los dos dellos,  
Los cuatro huyeron del campo,  
Don Sancho quedando libre  
De los que lo habian guardado  
A muy grandes voces dice:  
— Venid aquí, mis vasallos,  
Acordaos, mis caballeros,  
Del prez que los castellanos  
Ganasteis en las batallas  
Y lides do habeis entrado,  
No lo querais hoy perder,  
Sino adelante llevarlo.—  
Cuatrocientos caballeros  
Con él se habian juntado,  
Y estando ya todos juntos  
El buen Cid habia asomado,

Caballeros trae trecientos  
Y todos son hijosdalgo.  
Cuando don Sancho los vido  
Muy gran esfuerzo ha cobrado,  
Y á sus caballeros dijo:  
— Bajemos luego á lo llano,  
Que pues el Cid es venico,  
Nuestro será hoy el campo.—  
Recibió bien á Ruy Diaz,  
El famoso castellano,  
Diciendo: — Bien vengais, Cid,  
El muy bien afortunado;  
Ningun vasallo hasta hoy  
A tal punto habia llegado  
A servir á su señor  
Como vos, buen Cid honrado.—  
El Cid le responde al rey  
Con ánimo denodado:  
— Bien podeis creer, señor,  
Que vos cobrasteis el campo,  
En el cual vos vencereis  
A García vuestro hermano,  
O yo por vos moriré  
Como cualquier buen fidalgo.—  
Ellos estando en aquesto  
Don García habia llegado,  
Cantando viene y alegre,  
No sabe lo que ha pasado,  
Diciendo como venció  
A su hermano el rey don Sancho,  
Y como lo tiene preso  
Y puesto á muy buen recaudo.  
Como se vieron los reyes,  
A otra batalla han tornado  
Mas fuerte que la pasada  
Do fué preso el rey don Sancho.  
Vencido fué don García,  
Mueren muchos de su bando:  
Prendió á don García el Cid  
Con su esfuerzo tan sobrado,  
Entrególo á su señor  
Con placer demasado:  
En fuertes hierros lo meten  
Por mando del rey don Sancho  
Y en el castillo de Luna  
Estuviera encarcelado.

## II. — (Sepúlveda.)

Don Sancho reina en Castilla,  
Alfonso, en Leon, su hermano:  
Sobre cual habrá ambos reinos  
Muy gran lid han levantado.  
Junto al río de Carrion  
Los reyes han batallado,  
De sus gentes mueren muchas,  
Don Sancho perdiera el campo  
Y huyera de la batalla,

Triste iba y muy cuitado.  
Alfonso mandó á su gente  
Que no maten los cristianos,  
Gran mancilla tiene de ello,  
De su hermano se ha quejado  
Por haber sido la causa  
Del rompimiento pasado.  
Rodrigo Diaz de Vivar,  
Ese buen Cid afamado,  
A don Sancho su señor  
Estáballo conhortando;  
Dijole: — Rey y señor,  
Verdad es lo que os fablo,  
Y es que las gentes gallegas  
Que están con el vuestro hermano  
Agora están bien seguros  
En sus posadas folgando,  
Y no se temen de vos  
Ni de los del vuestro bando:  
Faced volver los que fuyen,  
Ponedlos so vuesa mano,  
Y tras el alba venida  
Con esfuerzo denodado  
Ferid en todos muy recio,  
Leoneses y galicianos,  
Y muy fuerte, asoberbienta,  
Con ánimos esforzados;  
Ca ellos han por costumbre,  
Cuando ganan algun campo,  
Alabarse de su esfuerzo  
Y escarnecer al contrario,  
Y como gastan la noche  
En placer y engasejando,  
Dormirán por la mañana  
Como homes sin cuidado;  
Y vos, buen rey, vencereis  
Y quedareis bien vengado.—  
Muy bien le pareció al rey  
Lo que el Cid le ha consejado.  
El rey con todas sus gentes  
Firieron en los contrarios:  
Unos matan, otros prenden,  
Todos son desbaratados:  
Prendieron al rey Alfonso  
En un templo consagrado.  
Cuando vieron los leoneses  
Su señor aprisionado,  
Pelean muy fuertemente,  
Prendieron al rey don Sancho,  
Y catorce caballeros  
Lo llevan á buen recaudo.  
El buen Cid cuando lo vido  
En su alcance es ya llegado,  
Y dijoles: — Caballeros,  
Softad mi señor de grado,  
Darvos he yo á don Alfonso  
De quien erades vasallos.—  
Respondieron los leoneses

Al de Vivar afamado :  
 — Ruy Diaz, volveos en paz,  
 Sino ireis aprisionado  
 Con vuestro señor el rey,  
 Que con nusco aquí llevamos. —  
 Gran enojo tomó el Cid  
 De lo que le habian hablado :  
 Peleó con todos ellos,  
 Y á su señor ha librado.  
 Los trece deja vencidos,  
 El uno se habia escapado.  
 A Burgos llevaron preso  
 A Alfonso, del rey hermano,  
 Por el gran esfuerzo y fechos  
 De aquese Cid castellano.

III. — (Sepúlveda.) (1)

En Toledo estaba Alfonso,  
 Hijo del rey don Fernando,  
 Huido estaba por miedo  
 Del rey don Sancho su hermano :  
 Acogiólo Alimaimon.  
 Que en Toledo es su reinado.  
 Mucho quiere á don Alfonso,  
 De moros es estimado ;  
 Durmiendo está en una huerta  
 A sombra que hacia un árbol,  
 Cerca del está Alimaimon.  
 Con sus moros razonando,  
 Dijo : — Fuerte es Toledo,  
 No puede ser conquistado  
 Si no quitasen el pan  
 Y las frutas siete años,  
 Y teniendo siempre el cerco  
 Sin que se hobiese quitado,  
 Por la falta de viandas  
 Tomarse ha el año octavo. —  
 Don Alfonso, que lo oyó,  
 Finge que durmiendo ha estado.  
 Por costumbre habian los moros,  
 Que su ley se lo ha mandado,  
 Que deguelen un carnero,  
 Ya iban á degollarlo.  
 Con el rey va don Alfonso  
 Que lo iba acompañando,  
 Y sus cristianos tambien  
 De Castilla habian llegado.  
 Don Alfonso es muy hermoso,  
 De grandes dones dotado,  
 Pagábanse dél los moros,  
 De todos es muy loado.  
 Juntos van ambos los reyes,  
 Detras dos moros hablando,  
 El uno le dijo á el otro :

— ¡ Hermoso es este cristiano !  
 Gran señor merece ser,  
 En él bien es empleado. —  
 Replicóle el otro moro :  
 — Esta noche yo he soñado  
 Que Alfonso entraba en Toledo  
 En un puerco cabalgando.  
 De Toledo ha de ser rey,  
 Tenlo por averiguado. —  
 Ellos hablando en aquesto  
 Los cabellos se han alzado  
 A ese buen rey don Alfonso :  
 Alimaimon con su mano  
 Los apretaba hácia yuso,  
 Y ellos siempre están en alto.  
 El rey moro bien oyó  
 Todo lo qu'es ya contado,  
 Hizo llamar á sus moros  
 Los que tienen por mas sabios,  
 Los cuales dicen que Alfonso  
 Habrá el reino toledano :  
 Aconsejan que lo maten,  
 Mas el rey no lo habia en grado,  
 Porque lo queria mucho,  
 Mas jura le habia prendado  
 Que contra él ni sus hijos  
 Non hará desaguisado.  
 Alfonso lo prometió  
 Y lo cumplió de buen grado :  
 Mucho lo quiere el rey moro  
 Y dél está asegurado.

IV. — (Anónimo.)

Llegado es el rey don Sancho  
 Sobre Zamora esa villa :  
 Muchas gentes trae consigo,  
 Qué haberia mucho queria.  
 Caballero en un caballo  
 Y el Cid en su compañía,  
 Andábala al rededor,  
 Y el rey así al Cid decia :  
 — Armado está sobre Peña  
 Tajada toda esta villa,  
 Los muros tiene muy fuertes,  
 Torres ha en gran demasia,  
 Duero la cercaba al pié,  
 Fuerte es á maravilla,  
 No bastan á la tomar  
 Cuantos en el mundo habia :  
 Si me la diese mi hermana,  
 Mas que á España la querria.  
 Cid, á vos crió mi padre,  
 Mucho bien fecho os habia ;  
 Fizeos mayor de su casa

Y caballero en Coimbra  
 Cuando la ganará á moros.  
 Cuando en Cabezón moria,  
 A mí y á los mis hermanos  
 Encomendado os habia ;  
 Jurámosle allí en sus manos  
 Facervos merced cumplida.  
 Fizeos mayor de mi casa,  
 Gran tierra dado os tenia  
 Que vale mas que un condado  
 El mayor que hay en Castilla.  
 Yo vos ruego, don Rodrigo,  
 Como amigo de valia,  
 Que vayades á Zamora  
 Con la mi mensageria,  
 Y á doña Urraca mi hermana  
 Decid que me dé esa villa  
 Por gran haber ó gran cambio,  
 Como á ella mejor seria.  
 A Medina de Rioseco  
 Yo por ella la daría  
 Con todo el infantazgo,  
 Y tambien le prometia  
 A Villalpando y su tierra,  
 O Valladolid la rica,  
 O á Tiedra, que es buen castillo,  
 Y juramento le haria  
 Con doce de mis vasallos  
 De cumplir lo que decia ;  
 Y si no lo quiere hacer,  
 Por fuerza la tomara. —  
 El Cid le besó la mano,  
 Del buen rey se despedia,  
 Llegado habia á Zamora  
 Con quince en su compañía.

V. — (Anónimo.)

Despues del lamento triste  
 De la muerte de Fernando,  
 Y despues de sucederle  
 El rey su hijo don Sancho,  
 En medio de mil contrastes  
 Ordena al Cid castellano  
 Con mil ofertas y ruegos  
 Ir al pueblo zamorano  
 A rogar á doña Urraca,  
 De parte del rey su hermano,  
 Que Zamora dé y entregue  
 A su potestad y mando,  
 Y partiendo el de Vivar  
 A hacer del rey el mando,  
 Llegado al postigo viejo  
 Que está con órden guardado.  
 Como prohiben la entrada  
 Al que honra al pueblo hispano,  
 Intenta romper la guardia  
 Por cumplir del rey el mando.

Ya la defensa del muro  
 La guarda que está velando  
 Procura, y la resistencia,  
 Y al rumor del castellano  
 La oprimida doña Urraca,  
 Vestida de negros paños,  
 Pone el pecho sobre el muro,  
 Y moviendo el rostro y manos,  
 Humedeciendo los ojos  
 Le dice á Rodrigo el bravo :  
 — ¡ Porque por puertas ajenas  
 Vencidas con tus victorias  
 Llamas, pues con ello ordenas  
 Que esté viva á vivas penas  
 Y muerta para las glorias?  
 Y pues el frato de amigo  
 Depusiste, y das de mano  
 Sin ver que justicia sigo :  
 Afuera, afuera, Rodrigo,  
 El soberbio castellano.

Afuera, pues que quebraste  
 La palabra y jura á aquella  
 En cuya alma te enterraste,  
 Y al fin se la lastimaste  
 Por no quedar dentro della ;  
 Mas cuando tu mano fiera  
 Firmó en mi daño ordenado  
 Aunque el rey te lo impidiera,  
 Acordásete debiera  
 De aquel buen tiempo pasado.  
 Yo soy muger, y pasión  
 No me da lugar que pida  
 Al cielo tu perdición,  
 Que si es mi alma ofendida,  
 Así lo ha mi corazón :  
 Y aunque por tu causa muero,  
 No te quiero dar mal pago,  
 Porque yo me acuerdo, fiero,  
 Cuando te armé caballero

En el altar de Santiago.

Lo que no consideraste  
 Consideran las mugeres ;  
 Mas cuando al trato te hallaste  
 De lo que eras te acordáste  
 Y olvidaste lo que eres :  
 Esta disculpa te hallo,  
 Pues ya eres fidalgo de armas,  
 Mas sin serlo, aunque vasallo,  
 Mi padre te dió las armas,  
 Mi madre te dió el caballo.

Al estado te subieron  
 Que por tu medio perdi ;  
 Tu bien y mi mal hicieron  
 Pues cuanta honra te dieron  
 Tanta me quitaste á mí :  
 Y guardándole el decoro  
 Del gusto á mi padre amado,  
 Yo que por tu causa lloro,

(1) En este romance no se habla del Cid, pero tiene conexión con su historia.

Yo te calcé espuela de oro  
Porque fueses mas honrado.

vi. — (Anónimo.)

Entrado ha el Cid en Zamora,  
En Zamora aquesa villa,  
Llegado ha ante doña Urraca  
Que muy bien lo recibía,  
Dicho le había el mensage  
Que para ella traía.  
Doña Urraca que lo oyó  
Muchas lagrimas vertía,  
Diciendo: — ¡Triste cuitada!  
¿Don Sancho qué me quería?  
No cumpliera el juramento  
Que á mi padre fecho había,  
Que aun apenas fuera muerto,  
A tal hermano don Garcia  
La tomó toda su tierra  
Y en prisiones lo ponía,  
Y cual si fuese ladrón  
Agora en ellas yacía.  
Tambien á Alfonso mi hermano  
Su reino se lo tenía,  
Huyóse para Toledo,  
Con los moros está hoy día.  
A Toro tomó á mi hermana,  
A mi hermana doña Elvira;  
Tomarme quiere á Zamora,  
Gran pesar yo recibía:  
Muy bien sabé el rey don Sancho  
Que soy muger femenina  
Y non lidiaré con él,  
Mas á furto ó paladina  
Yo haré que le den la muerte,  
Que muy bien lo merecía.—  
Levantóse Arias Gonzalo  
Y respondido la había:  
— Non lloredes vos, señora,  
Yo por merced os pedia,  
Que á la hora de la cuita  
Consejo mejor sería  
Que non acuitarvos tanto  
Que gran daño á vos vendría.  
Hablad con vuestros vasallos,  
Decid lo que el rey pedia,  
Y si ellos lo han por bien,  
Badie al rey luego la villa;  
Y si non les pareciere  
Facer lo que el rey pedia,  
Muramos todos en ella,  
Como manda la hidalguía.—  
La infanta tuvo por bien  
Facer lo que le decía;  
Sus vasallos la juraron  
Que antes todos morirían  
Cercados dentro en Zamora

Que non dar al rey la villa.  
Con esta respuesta el Cid  
Al buen rey vuelto se había:  
El rey cuando aquesto oyó  
Al buen Cid le respondía:  
— Vos aconsejasteis, Cid,  
No darme lo que quería,  
Porque vos criasteis dentro  
De Zamora aquesa villa;  
Y á no ser por la crianza  
Que en vos mi padre facía,  
Luego os mandára enforecar,  
Mas de hoy en noveno día  
Os mando vais de mis tierras  
Y del reino de Castilla.

vii. — (Anónimo.)

El Cid fué para su tierra,  
Con sus vasallos partía  
Para Toledo do estaba  
Alfonso cuando fuía.  
Los condes y ricos homes  
Al rey don Sancho decían  
No perdiese tal vasallo  
Y de tanta valentía  
Como es Ruy Diaz el Cid,  
Qu'es muy grande su valía.  
El rey vido qu'es muy bien  
Facer lo que le decían,  
Y fablando á Diego Ordoñez  
Mandóle que al Cid le diga  
Que se venga luego á él,  
Que como bueno lo haría,  
Y que le haría el mayor  
De los que en su casa había.  
Ordoño fué tras del Cid,  
Su mensage le decía:  
El Cid se había aconsejado  
Con los suyos que tenía  
Si haría lo que el rey manda,  
Su parecer les pedia:  
Que se vuelva al rey dijeron,  
Pues su disculpa le envía.  
El Cid con ellos se vuelve;  
El rey cuando lo sabía,  
Dos leguas salió á él,  
Quinientos van en su guía.  
El Cid cuando vido al rey  
De Babieca descendía,  
Besóle luego las manos,  
Para el real se volvía,  
Y todos los castellanos  
Gran placer con él habían.

viii. — (Anónimo.)

Apenas era el rey muerto,  
Zamora ya está cercada;

De un cabo la cerca el rey,  
Del otro el Cid la cercaba:  
Del cabo que el rey la cerca,  
Zamora non se da nada;  
Del cabo que el Cid la aqueja,  
Zamora ya se tomaba.  
Doña Urraca en tanto aprieto  
Asomóse á una ventana,  
Y allí de una torre mocha  
Estas palabras fablaba (1).

ix. — (Anónimo.) (2)

Afuera, afuera, Rodrigo,  
El soberbio castellano,  
Acordárete debria  
De aquel buen tiempo pasado,  
Cuando fulste caballero  
En el altar de Santiago,  
Cuando el rey fué tu padrino,  
Tú, Rodrigo, el afijado;  
Mi padre te dió las armas,  
Mi madre te dió el caballo,  
Yo te calcé las espuelas,  
Porque fueras mas honrado:  
Pensé de casar contigo,  
No lo quiso mi pecado,  
Casásete con Jimena,  
Fija del conde Lozano:  
Con ella hubiste dinero,  
Conmigo hubieras estado,  
Porque si la renta es buena  
Muy mejor es el estado.  
Bien casásete, Rodrigo,  
Muy mejor fueras casado;  
Dejaste fija de rey  
Por tomar la de un vasallo.—  
En oír esto Rodrigo  
Quedó dello algo turbado;  
Con la turbacion que tiene  
Esta respuesta le ha dado:  
— Si os parece, mi señora,  
Bien podemos desviallo.—  
Respondióle doña Urraca  
Con rostro muy sosegado:  
— No lo mande Dios del cielo  
Que por mi se haga tal caso:  
Mi ánima penaría,  
Si yo fuese en discrepallo.—  
Volvióse presto Rodrigo,  
Y dijo muy angustiado:  
— Afuera, afuera, los míos,  
Los de á pié y los de á caballo,  
Pues de aquella torre mocha

Una vira me han tirado.  
No traia el asta el fierro,  
El corazon me ha pasado,  
Ya ningun remedio sientio  
Sino vivir mas penado.

x. — (Anónimo.)

Riberas del Duero arriba  
Cabalgan dos zamoranos,  
Las divisas llevan verdes,  
Los caballos alazanos,  
Ricas espadas ceñidas,  
Sus cuerpos muy bien armados,  
Adargas ante sus pechos,  
Gruesas lanzas en sus manos,  
Espuelas llevan ginetas,  
Y los frenos plateados.  
Como son tan bien dispuestos,  
Parecen muy bien armados,  
Y por un repecho arriba  
Salen mas recios que galgos,  
Y súbenlos á mirar  
Del real del rey don Sancho.  
Desde á otra parte fueron,  
Dieron vuelta á los caballos,  
Y al cabo de una gran pieza  
Soberbios ansi han hablado:  
— ¿Tendredes dos para dos,  
Caballeros castellanos,  
Que puedan armas facer  
Con otros dos zamoranos,  
Para daros á entender  
No face el rey como hidalgo  
En quitar á doña Urraca  
Lo que su padre le ha dado?  
Non queremos ser tenidos,  
Ni queremos ser honrados,  
Ni rey de nos faga cuenta,  
Ni conde nos ponga al lado,  
Si á los primeros encuentros  
No los hemos derribado:  
Y si quiera salgan tres,  
Y si quiera salgan cuatro,  
Y si quiera salgan cinco,  
Salga si quiera el diablo,  
Con tal que non salga el Cid,  
Ni ese noble rey don Sancho,  
Que lo habemos por señor,  
Y el Cid nos ha por hermanos:  
De los otros caballeros  
Salgan los mas esforzados.—  
Oídolo habían dos condes,  
Los cuales eran cuñados:

(1) Las palabras y quejas de doña Urraca son las del siguiente romance.

(2) Con algunas variantes es el mismo que el del *Romancero del Cid*.

— Atended, los caballeros,  
Mientras estamos armados.—  
Piden apriesa las armas,  
Suben en buenos caballos,  
Caminan para las tiendas,  
Donde yace el rey don Sancho:  
Piden que los dé licencia  
Que ellos puedan hacer campo  
Contra aquellos caballeros  
Que con soberbia han hablado.  
Allí hablara el buen Cid,  
Que es de los buenos dechado:  
— Los dos contrarios guerreros  
Non los tengo yo por malos,  
Porque en muchas lides de armas  
Su valor habian mostrado,  
Que en el cerco de Zamora  
Tuvieron con siete campo:  
El mozo mató á los dos,  
El viejo mató á los cuatro,  
Por uno que se les fuera  
Las barbas se van pelando.—  
Enojados van los condes  
De lo que el Cid ha hablado:  
El rey cuando ir los viera  
Que vuelvan está mandando;  
Otorgó cuanto pedian  
Mas por fuerza que de grado.  
Mientras los condes se arman,  
El padre al hijo está hablando:  
— Volved, fijo, hácia Zamora,  
A Zamora y sus andamios,  
Mirad dueñas y doncellas  
Como nos están mirando:  
Fijo, no miran á mí  
Porque ya soy viejo y cano,  
Mas miran á vos, mi fijo,  
Que sois mozo y esforzado.  
Si vos faceis como bueno,  
Sereis de ellas muy honrado;  
Si lo faceis de cobarde,  
Abatido y ultrajado.  
Afirmas en los estribos,  
Terciad la lanza en las manos,  
Esa adarga ante los pechos,  
Y apercebid el caballo,  
Que al que primero acomete  
Tienen por mas esforzado.—  
Apenas esto hubo dicho  
Ya los condes han llegado,  
El uno viene de negro  
Y el otro de colorado:  
Vanse unos para otros,  
Fuertes enenutos se han dado,  
Mas el que al mozo le cupo  
Derribólo del caballo,  
Y el viejo al otro de encuentro  
Pasóle de claro en claro.

El conde de que esto viera  
Huyendo sale del campo,  
Y los dos van á Zamora  
Con vitoria muy honrados.

## xi. — (Anónimo.)

Guarte, guarte, rey don Sancho,  
No digas que no te aviso  
Que de dentro de Zamora  
Un alevoso ha salido:  
Llámase Vellido Dolfos,  
Hijo de Dolfos Vellido,  
Cuatro traiciones ha fecho  
Y con esta serán cinco.  
Si gran traidor fué el padre,  
Mayor traidor es el fijo.  
Gritos dan en el real,  
Que á don Sancho han mal herido:  
Muerto le ha Vellido Dolfos,  
Gran traicion ha cometido.  
Desque le tuviera muerto  
Metióse por un postigo,  
Por las calles de Zamora  
Va dando voces y gritos:  
— Tiempo era, doña Urraca,  
De cumplir lo prometido.

## xii. — (Anónimo.)

Con el cuerpo que agoniza  
Despidiéndose del alma,  
Diciendo tales razones  
Que tierna lástima causan,  
El malogrado don Sancho  
A vista del cerco estaba,  
Que si lejos estuviera  
Fuera de mas importancia.  
Muerto le deja un traidor,  
Que siempre tuvo esta fama,  
Movido de su albedrio,  
Que á un traidor esto le basta,  
Por fiarse de su abrigo  
Y de su alevosa traza,  
Que quien de traidores fia  
En tales sucesos para.  
A su malograda muerte  
El famoso Cid se halla,  
Que si en vida le creyera  
Un mundo no le matara.  
Viendo el caso desastrado  
De tan notable desgracia,  
Y viendo blandir no puede  
Contra Zamora la lanza  
Por el juramento fecho  
Con que las manos le ata,  
Que aunque la razon le fuerza,  
Mira á Dios y á su palabra,

Quiere acudir al remedio,  
Y allí el remedio le falta,  
Porque aunque está allí el difunto,  
Ve que está ausente la causa.  
Unas veces se enternece,  
Otras suspira y repara,  
Otras le mira y revuelve,  
Y viéndole muerto, calla.  
Ya fia, ya desconfia  
Viendo que el hablar le falta,  
Y aunque revuelto en su sangre  
Así le dice y abraza:

— Famoso rey, que ya la tierra fría  
Triunfa de tu valor y brazo fuerte,  
De quien el mundo todo se temia  
Procurando rendido obedecerte:  
¿De qué te aprovechó tu valentía,  
Pues por tu dura y por tu avara suerte.

Vencido quedas en la tierra dura  
Con muy estraña y grave desventura?  
Miraras, rey, que al fin era tu hermana  
La que su casa y tierra defendia,  
Y la razon que el Cid, aunque liviana,  
Te dijo para el fin de esta porfia:  
Agora quedará leda y ufana  
Viendo muerto á quien tanto la ofendia.  
Tendido en esta tierra fría y dura  
Con tan estraña y grave desventura.—

Estas razones le dijo  
Y el tierno llanto le ataja,  
Y así muerto como está  
Le respeta y se avasalla.  
Meten al cuerpo en su tumba  
Para que le den mortaja,  
Dando traza en su real  
Para la justa venganza.

## TERCERA PARTE

## DE LOS ROMANCES DEL CID

QUE TRATA DEL RETO DE ZAMORA, Y DE SUS HAZAÑAS

HASTA QUE EMPEZÓ Á REINAR ALFONSO VI EL BRAVO.

## I. — (Anónimo.) (1)

Muerto yace el rey don Sancho,  
Vellido muerto le habia:  
Pasado está de un venablo,  
Y gran lástima ponía.  
Llorando estaba sobre él  
Toda la flor de Castilla,  
Don Rodrigo de Vivar  
Es el que mas lo sentia,  
Con lágrimas de sus ojos  
Desta manera decía:  
— Rey don Sancho, señor mio,  
Muy aciago fué aquel dia  
Que tú cercaste á Zamora  
Contra la voluntad mia.  
Quien te lo aconsejó, rey,  
A Dios ni al mundo temia,  
Pues te fizo quebrantar  
La ley de caballería.—  
Y viendo el hecho en tal punto  
A grandes voces decía:

— Que se nombre un caballero  
Antes que se pase el dia  
Para retar á Zamora  
Por tan grande alevosía.—  
Todos dicen que es muy bien,  
Mas nadie al campo salía.  
Témense de Arias Gonzalo  
Y cuatro hijos que tenia,  
Mancebos de gran valor,  
De gran esfuerzo y estima.  
Mirando estaban al Cid  
Por ver si lo aceptaria,  
Y el de Vivar que lo entiende  
Desta manera decía:  
— Caballeros fijosdalgo,  
Ya sabeis que non podia  
Armarme contra Zamora,  
Que jurado lo tenia.  
Mas yo daré un caballero  
Que combata por Castilla,  
Tal, que estando él en el campo  
No sintais la falta mia.—

(1) En los romances de Sepúlveda hay uno al asunto que empieza: « Muerto es el rey don Sancho. »



— Atended, los caballeros,  
Mientras estamos armados.—  
Piden apriesa las armas,  
Suben en buenos caballos,  
Caminan para las tiendas,  
Donde yace el rey don Sancho:  
Piden que los dé licencia  
Que ellos puedan hacer campo  
Contra aquellos caballeros  
Que con soberbia han hablado.  
Allí hablara el buen Cid,  
Que es de los buenos dechado:  
— Los dos contrarios guerreros  
Non los tengo yo por malos,  
Porque en muchas lides de armas  
Su valor habian mostrado,  
Que en el cerco de Zamora  
Tuvieron con siete campo:  
El mozo mató á los dos,  
El viejo mató á los cuatro,  
Por uno que se les fuera  
Las barbas se van pelando.—  
Enojados van los condes  
De lo que el Cid ha hablado:  
El rey cuando ir los viera  
Que vuelvan está mandando;  
Otorgó cuanto pedian  
Mas por fuerza que de grado.  
Mientras los condes se arman,  
El padre al hijo está hablando:  
— Volved, fijo, hácia Zamora,  
A Zamora y sus andamios,  
Mirad dueñas y doncellas  
Como nos están mirando:  
Fijo, no miran á mí  
Porque ya soy viejo y cano,  
Mas miran á vos, mi fijo,  
Que sois mozo y esforzado.  
Si vos faceis como bueno,  
Sereis de ellas muy honrado;  
Si lo faceis de cobarde,  
Abatido y ultrajado.  
Afirmas en los estribos,  
Terciad la lanza en las manos,  
Esa adarga ante los pechos,  
Y apercebid el caballo,  
Que al que primero acomete  
Tienen por mas esforzado.—  
Apenas esto hubo dicho  
Ya los condes han llegado,  
El uno viene de negro  
Y el otro de colorado:  
Vanse unos para otros,  
Fuertes encontros se han dado,  
Mas el que al mozo le cupo  
Derribólo del caballo,  
Y el viejo al otro de encuentro  
Pasóle de claro en claro.

El conde de que esto viera  
Huyendo sale del campo,  
Y los dos van á Zamora  
Con vitoria muy honrados.

## xi. — (Anónimo.)

Guarte, guarte, rey don Sancho,  
No digas que no te aviso  
Que de dentro de Zamora  
Un alevoso ha salido:  
Llámase Vellido Dolfos,  
Hijo de Dolfos Vellido,  
Cuatro traiciones ha fecho  
Y con esta serán cinco.  
Si gran traidor fué el padre,  
Mayor traidor es el fijo.  
Gritos dan en el real,  
Que á don Sancho han mal herido:  
Muerto le ha Vellido Dolfos,  
Gran traicion ha cometido.  
Desque le tuviera muerto  
Metióse por un postigo,  
Por las calles de Zamora  
Va dando voces y gritos:  
— Tiempo era, doña Urraca,  
De cumplir lo prometido.

## xii. — (Anónimo.)

Con el cuerpo que agoniza  
Despidiéndose del alma,  
Diciendo tales razones  
Que tierna lástima causan,  
El malogrado don Sancho  
A vista del cerco estaba,  
Que si lejos estuviera  
Fuera de mas importancia.  
Muerto le deja un traidor,  
Que siempre tuvo esta fama,  
Movido de su albedrio,  
Que á un traidor esto le basta,  
Por fiarse de su abrigo  
Y de su alevosa traza,  
Que quien de traidores fia  
En tales sucesos para.  
A su malograda muerte  
El famoso Cid se halla,  
Que si en vida le creyera  
Un mundo no le matara.  
Viendo el caso desastrado  
De tan notable desgracia,  
Y viendo blandir no puede  
Contra Zamora la lanza  
Por el juramento fecho  
Con que las manos le ata,  
Que aunque la razon le fuerza,  
Mira á Dios y á su palabra,

Quiere acudir al remedio,  
Y allí el remedio le falta,  
Porque aunque está allí el difunto,  
Ve que está ausente la causa.  
Unas veces se enternece,  
Otras suspira y repara,  
Otras le mira y revuelve,  
Y viéndole muerto, calla.  
Ya fia, ya desconfia  
Viendo que el hablar le falta,  
Y aunque revuelto en su sangre  
Así le dice y abraza:

— Famoso rey, que ya la tierra fría  
Triunfa de tu valor y brazo fuerte,  
De quien el mundo todo se temia  
Procurando rendido obedecerte:  
¿De qué te aprovechó tu valentía,  
Pues por tu dura y por tu avara suerte.

Vencido quedas en la tierra dura  
Con muy estraña y grave desventura?  
Miraras, rey, que al fin era tu hermana  
La que su casa y tierra defendia,  
Y la razon que el Cid, aunque liviana,  
Te dijo para el fin de esta porfia:  
Agora quedará leda y ufana  
Viendo muerto á quien tanto la ofendia.  
Tendido en esta tierra fría y dura  
Con tan estraña y grave desventura.—

Estas razones le dijo  
Y el tierno llanto le ataja,  
Y así muerto como está  
Le respeta y se avasalla.  
Meten al cuerpo en su tumba  
Para que le den mortaja,  
Dando traza en su real  
Para la justa venganza.

## TERCERA PARTE

## DE LOS ROMANCES DEL CID

QUE TRATA DEL RETO DE ZAMORA, Y DE SUS HAZAÑAS

HASTA QUE EMPEZÓ Á REINAR ALFONSO VI EL BRAVO.

## i. — (Anónimo.) (1)

Muerto yace el rey don Sancho,  
Vellido muerto le habia:  
Pasado está de un venablo,  
Y gran lástima ponía.  
Llorando estaba sobre él  
Toda la flor de Castilla,  
Don Rodrigo de Vivar  
Es el que mas lo sentia,  
Con lágrimas de sus ojos  
Desta manera decía:  
— Rey don Sancho, señor mio,  
Muy aciago fué aquel dia  
Que tú cercaste á Zamora  
Contra la voluntad mia.  
Quien te lo aconsejó, rey,  
A Dios ni al mundo temia,  
Pues te fizo quebrantar  
La ley de caballería.—  
Y viendo el hecho en tal punto  
A grandes voces decía:

— Que se nombre un caballero  
Antes que se pase el dia  
Para retar á Zamora  
Por tan grande alevosía.—  
Todos dicen que es muy bien,  
Mas nadie al campo salía.  
Témense de Arias Gonzalo  
Y cuatro hijos que tenia,  
Mancebos de gran valor,  
De gran esfuerzo y estima.  
Mirando estaban al Cid  
Por ver si lo aceptaria,  
Y el de Vivar que lo entiende  
Desta manera decía:  
— Caballeros fijosdalgo,  
Ya sabeis que non podia  
Armarme contra Zamora,  
Que jurado lo tenia.  
Mas yo daré un caballero  
Que combata por Castilla,  
Tal, que estando él en el campo  
No sintais la falta mia.—

(1) En los romances de Sepúlveda hay uno al asunto que empieza: « Muerto es el rey don Sancho. »

Levantóse Diego Ordoñez,  
Que á los plés del rey yacia,  
La flor es de los de Lara  
Y lo mejor de Castilla,  
Con voz enojosa y ronca  
De esta manera decia :  
— Pues el Cid había jurado  
Lo que jurar no debía,  
No es menester que señale  
Quien la batalla prosiga.  
Caballeros hay en ella  
De tanto esfuerzo y valía  
Como el Cid, aunque es muy bueno  
Y yo por tal lo tenía;  
Mas si quereis, caballeros,  
Yo lidiaré la conquista  
Aventurando mi cuerpo,  
Poniendo á riesgo mi vida,  
Pues que la del buen vasallo  
Es por su rey ofrecida.

II. — (Anónimo.) (1)

Después que Vellido Dolfos,  
Aquel traidor afamado,  
Derribó con cruda muerte  
Al valiente rey don Sancho,  
Se allegan en una tienda  
Los mayores de su campo.  
Juntase todo el real  
Como estaba alborotado  
De ver el venablo agudo  
Que á su rey ha traspasado.  
No se lo quieren sacar  
Hasta que haya confesado,  
Y ese conde don García,  
Que de Cabra era llamado,  
Viendo de tal modo al rey  
Desta manera le ha hablado :  
— ¡ O rey, en quien yo tenía  
La esperanza de mi estado!  
Veote tan mal herido  
Que remedio no he hallado  
Sino solo encomendarte  
A lo que eres obligado :  
Toma cuenta á tu conciencia  
Y mira en lo que has errado  
Contra aquel alto Señor  
Que te puso en tal estado.  
Al cuerpo no busques cura,  
Porque su tiempo es pasado,  
Ya son tus dias cumplidos,  
Ya tu plazo es allegado,

Paga lo que te obligaste  
Cuando fuiste bautizado.  
La muerte, sierra y señora,  
No te da mas largo plazo,  
No consiente apelacion  
Sino que pagues de grado :  
Cumple corar de tu alma,  
Del cuerpo no hayas cuidado. —  
Respondió en aquesto el rey,  
Todo en lágrimas bañado,  
Temblando tiene la lengua  
Y el gesto tiene mudado :  
— Bien adelante seades, conde,  
Y en armas aventurado,  
En todo hablastes muy bien,  
Buen consejo me habéis dado :  
Yo bien sé cual es la causa  
Que en tal punto soy llegado  
Por pecados cometidos  
Al inmenso Dios sagrado,  
Y también fué por la jura  
Que á mi padre hube quebrado  
En cercar esta ciudad  
Que á mi hermana hobo dejado.  
A Dios encomiendo el alma;  
Pues que estoy en tel estado,  
Traédme los sacramentos,  
Porque está á muerte llegado.  
Así se salió el alma  
Y el cuerpo se le ha enfriado.  
Sus vasallos en aquesto  
A Zamora han enviado  
A aques don Diego Ordoñez,  
Un caballero estimado,  
A decir á los vecinos  
Como á su rey ha matado  
El falso Vellido Dolfos,  
Vasallo del rey don Sancho,  
Por lo cual desafiaba  
Al traidor de Arias Gonzalo  
Y á los zamoranos todos,  
Pues en ella se han hallado,  
Y á los panes, y á las aguas,  
Y á lo que no está criado,  
Y aun á todos los nacidos  
Que en Zamora son hallados,  
Y á los grandes y pequeños  
Aunque no sean engendrados.

III. — (Anónimo.) (2)

Ya cabalga Diego Ordoñez,  
Del real se había salido

De dobles piezas armado  
En un caballo morcillo :  
Va á reptar los zamoranos,  
Por la muerte de su primo  
Que mató Vellido Dolfos,  
Hijo de Dolfos Vellido.  
— Yo os reptó, los zamoranos,  
Por traidores fementidos,  
Repto á todos los muertos  
Y con ellos á los vivos,  
Repto hombres y mugeres,  
Los por nacer y nascidos,  
Repto á todos los grandes,  
A los grandes y á los chicos,  
A las carnes y pescados,  
Y á las aguas de los rios. —  
Allí habló Arias Gonzalo,  
Bien oireis lo que hubo dicho :  
— ¿ Qué culpa tienen los viejos ?  
¿ Qué culpa tienen los niños ?  
¿ Qué merecen las mugeres,  
Y los que no son nascidos ?  
¿ Porqué reptas á los muertos,  
Los ganados y los rios ?  
Bien sabéis vos, Diego Ordoñez,  
Muy bien lo tenéis sabido,  
Que aquel que repta concejo  
Debe de lidiar con cinco. —  
Ordoñez le respondió :  
— Traidores heis todos sido.

IV. — (Anónimo.)

Después que retó á Zamora  
Don Diego Ordoñez de Lara,  
Vengador noble y valiente  
Del rey Sancho, que Dios haya,  
Su consejo tiene junto  
En palacio doña Urraca,  
Por su hermano dolorida,  
Por su reto lastimada;  
Y como la vil envidia  
Cuanto no merece tacha,  
De la virtud enemiza  
Peligro de la privanza,  
Murmuraba maldiciente  
De Arias Gonzalo que falla,  
Sospechando falsamente  
Que es por mengua su tardanza.  
A aquellos que lo calumnian,  
Empuñando la su espada,  
Denodado les responde  
Nuño Cabeza de Vaca :  
— Aquel civil que presume  
Temor, bajeza ó fe mala  
De Arias Gonzalo mi tío,  
Miente, miente por la barba :  
Y el que negare el respeto

A sus venerables canas,  
A mi que las reverencia  
Me ponga la tal demanda. —  
Estando en esto, el buen viejo  
Entró grave por la sala,  
Arrastrando grande luto,  
Haciendo sus hijos plaza.  
La mano á la infanta pide,  
Medura fizo á la infanta,  
Saludó á los homes buenos,  
Y desta suerte les habla :  
— Noble infanta, leal consejo,  
Don Diego Ordoñez de Lara,  
Que para buen caballero  
Este apellido le basia,  
En vez del Cid don Rodrigo  
Que conjuró alianza,  
Por la pro de su rey muerto  
Con infame reto os carga.  
A vuestro cabildo vengo  
Con estos cuatro en compañía  
Ciudadanos, hijos míos,  
De Lain Calvo sangre honrada.  
Tardéme un poco en venir,  
Que pláticas no me agradan  
Quando los negocios piden  
Obras, valor y venganza. —  
A una el viejo y sus hijos  
Los largos capuces rasgan,  
Quedando en armas lucidas,  
Lloró de nuevo la infanta,  
Los viejos graves se admiran,  
La infanta su ser alaba,  
Porque todos daban voces  
Y nadie quien lidie daba.  
Arias Gonzalo prosigue  
Diciendo : — Recibe, Urraca,  
Mis canas para consejo,  
Mis hijos para batalla :  
Dales tu mano, señora,  
Que su juventud lozana  
Será invencible, si fuere,  
De tu mano real tocada.  
Honrar á la gente buena,  
Y esotra comun pagarla.  
Le cumple al rey que desea  
Domeñar fuerzas contrarias,  
Y con sangre de don Diego  
Que se quite aquella mancha  
Que á ti y á tu pueblo reta  
Con tan insufrible infamia :  
Y si esta sangre, que es buena  
Y se ha de vender muy cara,  
Fallare, su muerte honrosa  
Viva mantendrá su fama.  
Yo seré el quinto y primero  
Que volveré por la causa,  
Aunque mi vejez parezca

(1) Este mismo se halla en el *Romancero del Cid* con algunas variantes.

(2) El contenido de este romance se cita en la

parte II, cap. 27 del *Quijote*, y es al mismo asunto del que le precede.

Mocedad noble afrentada  
Al campo me voy, señora,  
No me deis por esto gracias,  
Que el buen vasallo al buen rey  
Debe hacienda, vida y fama.

v. — (Anónimo.)

El hijo de Arias Gonzalo,  
El mancebito Pedro Arias,  
Para responder á un reto  
Velando estaba unas armas.  
Era su padre el padrino,  
La madrina doña Urraca,  
Y el obispo de Zamora  
Es el que la misa canta:  
El altar tiene compuesto,  
Y el sacristan perfumaba  
A san Jorge y san Roman,  
Y á Santiago el de España:  
Estaban sobre la mesa  
Las nuevas y frescas armas,  
Dando espejos á los ojos  
Y esfuerzo á quien las miraba.  
Salió el obispo vestido,  
Dijo la misa cantada,  
Y el arnes pieza por pieza  
Bendice, y arma á Pedro Arias.  
Enlázale el rico yelmo,  
Que como el sol relumbraba,  
Relevado de mil flores,  
Cubierto de plumas blancas.  
Al armarle caballero  
Sacó el padrino la espada,  
Dándole con ella un golpe  
Le dice aquestas palabras:  
— Caballero eres, mi hijo,  
Hidalgo y de noble casta,  
Criado en buenos respetos  
Desde los pechos del ama:  
Hágate Dios tal que seas  
Como yo deseo que salgas,  
En los trabajos sufrido,  
Esforzado en las batallas,  
Espanto de tus contrarios,  
Venturoso con la espada,  
De tus amigos y gentes  
Muro, esfuerzo y esperanza:  
No te agrades de traidores  
Ni les mires á la cara,  
De quien de tí se fiare  
No le engañes, que te engañas:  
Perdona al vencido triste  
Que no puede tomar lanza,

No des lugar que tu brazo  
Rompa las medrosas armas;  
Mas en tanto que durare  
En tu contrario la saña,  
No dudes el golpe fiero  
Ni perdones la estocada:  
A Zamora te encomiendo  
Contra don Diego de Lara,  
Que nada siente de honra  
Quien no defiende su casa. —  
En el libro de la misa  
Le toma jura y palabra;  
Pedrarias dice: — Si otorgo  
Por aquestas letras santas. —  
El padrino le dió paz,  
Y el fuerte escudo le abraza  
Y doña Urraca le ciñe  
Al lado izquierdo la espada.

vi. — (Anónimo.) (1)

Arias Gonzalo responde  
Diciendo que han mal hablado;  
Mandan asnar varones  
Que juzguen en este caso.  
Doce salen de Zamora  
Y otros doce van del campo.  
Arias Gonzalo se armaba  
Para combatir el pacto,  
Consigo lleva cuatro hijos  
Que en el mundo Dios le ha dado;  
A todos los de Zamora  
Desta manera ha hablado:  
— Varones de gran estima,  
Los pequeños y d'estado,  
Si hay alguno entre vosotros  
Que en la muerte de don Sancho  
Y en la traicion de Vellido  
Pueda encontrarse culpado,  
Digalo muy prestamente,  
De decillo no haya empacho,  
Que mas quiero irme en destierro  
Y en Africa desterrado,  
Que no en campo ser vencido  
Por alevoso y malvado. —  
Todos dicen prestamente  
Sin alguno estar callado:  
— Mal fuego nos queme, conde,  
Si en tal muerte hemos estado;  
No hay en Zamora ninguno  
Que tal hubiese mandado:  
El traidor Vellido Dolfos  
Por sí solo lo ha acordado,  
Bien podeis vos ir seguro,  
Id con Dios, Arias Gonzalo.

vii. — (Anónimo.)

Ya se salen por la puerta,  
Por la que salia al campo,  
Arias Gonzalo y sus hijos  
Todos juntos á su lado.  
El quiere ser el primero  
Porque en la muerte no ha estado  
De don Sancho, mas la infanta  
La batalla le ha quitado,  
Llorando de los sus ojos  
Y el cabello destrenzado:  
— ¡Ay! ruégovos por Dios, dice,  
El buen conde Arias Gonzalo,  
Que dejéis esta batalla  
Porque sois viejo y cansado,  
Dejaisme desamparada  
Y todo mi haber cercado,  
Ya sabeis como mi padre  
A vos dejó encomendado  
Que no me desampareis,  
Ende mas en tal estado. —  
En oyendo aquesto el conde  
Mostróse muy enojado:  
— Dejédsme ir, mi señora,  
Que yo estoy desafiado  
Y tengo de hacer batalla,  
Porque fui traidor llamado. —  
Con la infanta, caballeros  
Juntos al conde han rogado  
Que les deje la batalla,  
Que la tomarán de grado.  
Desque el conde vido aquesto  
Recibió pesar doblado;  
Llamára sus cuatro hijos  
Y al uno dellos ha dado  
Las sus armas y su escudo,  
El su estoque y su caballo.  
Al primero le bendice  
Porque era del muy amado,  
Pedrarias habia por nombre,  
Pedrarias el castellano.  
Por la puerta de Zamora  
Se sale fuera y armado,  
Topárase con don Diego,  
Su enemigo y su contrario:  
— Sáveos Dios, don Diego Ordoñez,  
Y él os haga prosperado,  
En las armas muy dichoso,  
De traiciones libertado:  
Ya sabeis que soy venido  
Para lo que está aplazado,  
A libertar á Zamora  
De lo que le han levantado. —

Don Diego le respondiera  
Con soberbia que ha tomado:  
— Todos juntos sois traidores,  
Por tales sereis quedados. —  
Vuelven los dos las espaldas  
Por tomar lugar del campo,  
Hiriéronse juntamente  
En los pechos muy de grado,  
Saltan astas de las lanzas  
Con el golpe que se han dado,  
No se hacen mal alguno  
Porque van muy bien armados.  
Don Diego dió en la cabeza  
A Pedrarias desdichado,  
Cortárale todo el yelmo  
Con un pedazo del casco;  
Desque se vido herido  
Pedrarias y lastimado,  
Abrazárase á las celines  
Y al pescuezo del caballo:  
Sacó esfuerzo de flaqueza,  
Aunque estaba mal llagado:  
Quiso ferir á don Diego,  
Mas acertó en el caballo,  
Que la sangre que corria  
La vista le habia quitado:  
Cayó muerto prestamente  
Pedrarias el castellano.  
Don Diego que vido aquesto  
Toma la vara en la mano,  
Dijo á voces: — ¡Ah Zamora!  
¿Dónde estás, Arias Gonzalo?  
Envia el hijo segundo  
Que el primero ya es finado. —  
Envió el hijo segundo  
Que Diego Arias es llamado.  
Tornára á salir don Diego  
Con armas y otro caballo,  
Y diérale fin á aquesto  
Como al primero le ha dado:  
El conde viendo á sus hijos  
Que los dos le han ya faltado,  
Quiso enviar al tercero,  
Aunque con temor doblado:  
Llorando de los sus ojos  
Dijo: — Ve, mi hijo amado,  
Haz como buen caballero  
Lo que tú eres obligado:  
Pues sustentas la verdad,  
De Dios serás ayudado,  
Venga las muertes sin culpa  
Que han pasado tus hermanos. —  
Hernán D'arias, el tercero,  
Al palenque habia llegado,

(1) Al mismo asunto hay uno en los romances de Sepúlveda, que empieza así: « De la cobdicia que es mala. »

(1) Este romance está unido al anterior en el Cancionero de Romances, pero en el Romancero del Cid está separado y forma uno por sí solo.

Mucho mal quiere a don Diego,  
Mucho mal y mucho daño.  
Alzó la mano con saña,  
Un gran golpe le había dado,  
Mal herido le ha en el hombro,  
En el hombro y en el brazo.  
Don Diego con el su estoque  
Le hiriera muy de su grado,  
Hiriéndolo en la cabeza,  
En el casco le ha tocado.  
Recudió el hijo tercero  
Con un gran golpe al caballo,  
Que hizo ir a don Diego  
Huyendo por todo el campo.  
Así quedó esta batalla  
Sin quedar averiguado  
Cuáles son los vencedores,  
Los de Zamora ó del campo.  
Quisiera volver don Diego  
A la batalla de grado,  
Mas no quisieron los fieles,  
Licencia no le han dado.

## viii. — (Anónimo.)

Ante los nobles y el vulgo  
Dese pueblo zamorano  
Hablando con Diego Ordoñez  
Está el viejo Arias Gonzalo.  
En las palabras que dice  
Con pecho feroz y airado  
Arias demuestra su enojo,  
Y Ordoñez su pecho hidalgo.  
— Cobarde, el viejo le dice,  
Animoso con muchachos,  
Pero con hombres de harba  
Tímido cual liebre al galgo;  
Si yo a batalla saliera  
No vivirades ufano.  
Ni trajera por mis hijos  
Aqueste capuz cerrado,  
Que por vos es de Vivar  
Le trajera cual le traigo,  
Siendo la menor hazaña  
Que se apetece a mi brazo,  
Pues bien sé que sois, Ordoñez,  
Mas arrogante que bravo,  
Y sabéis que en todo tiempo  
Obro más de lo que hablo,  
Y con aquesto sabéis  
Que por miedo el rey don Sancho  
Estorbió que los tres condes  
No entraran conmigo en campo,  
Contando mis valentías  
Cuando dijo al zamorano:  
« Mete hierro y saca sangre  
Y espolea ese caballo; »  
Y cuando maté a los dos,

Por el que se fué escapando  
Cual si yo fuera el vencido  
Quedé mi barba mesando;  
Y también como los condes,  
Porque fueron tan osados,  
Del encuentro de mi lanza  
Volaron de los caballos,  
A cuya causa las damas  
Bajaron de los andamios,  
Y á competencia mi cuello  
Enlazaron con sus brazos,  
Por los que dieran mancebos  
Sus tiernos y verdes años,  
Movidos solo de envidia  
De los deste viejo cano.  
También tendredes memoria  
De cuando con diez paganos  
Tuve solo escaramuzas  
Dando de diez, rueve al campo;  
Y con aquesta noticia  
De cuando vencí á Albenzaidos,  
Saliendo de industria á pié  
Y el diestro moro á caballo,  
Cuando le dejé la vida  
Porque dijo: « Arias Gonzalo,  
Mas vale ser tu vencido  
Que ser vencedor de un campo. »  
Y otros hechos valerosos  
Que el mundo dice y yo callo,  
Porque en infinito tiempo  
No hay tiempo para contallo.  
Perque de pavor no mueras  
Aquesta estoque no arranco,  
Que está de un millon de muertos  
Boto y de sangre esmaltado.  
Estas honrosas hazañas  
Por tu infamia y mi honor saco;  
Las tuyas son que malaste  
Un rapaz y otro muchacho. —  
El cortes don Diego Ordoñez  
Templóse de cortesano,  
Respondiendo a voces altas,  
Con órgano humilde y bajo;  
Y con el rostro risueño,  
Un poco torcido el brazo,  
De codo sobre la espada,  
Y el rostro sobre la mano,  
Le dice: — Aquesas proezas  
Y esos hechos soberanos,  
El cielo y tu buena suerte  
Se las concedió á tu brazo:  
En tu causa soy testigo,  
Y por serlo en razon valgo,  
Y tú en las mias no vales  
Por testigo apasionado,  
Y aunque puedo referirte  
Valentías y hechos raros  
Que casi imitan los tuyos,

Aunque á los tuyos agravio,  
Solo diré por honrarme  
Con lo que me has deshonrado,  
Que les di muerte á dos hijos  
Del que ha sido tan honrado  
Que se ha atrevido á venir  
Al real de su contrario.  
Repórtate, Gonzalo Arias,  
Repórtate, Arias Gonzalo. —  
El viejo que ya tenía  
El corazón desfogado,  
Conoció haber emprendido  
Un hecho muy temerario;  
Desto y del valor de Ordoñez  
Viéndose tan obligado,  
Profesando su amistad  
Le pide la amiga mano.  
Pióla don Diego de Lara  
Con un semblante galiardo,  
Y tras darla, el uno al otro  
Enreda y cruza los brazos.  
Celebran las amistades  
Todos y el Cid castellano,  
Y con esto dió la vuelta  
A Zamora Arias Gonzalo.

## ix. — (Anónimo.) (1)

Sembrado está el duro suelo  
De la sangre zamorana  
De los tres hijos queridos  
Del buen viejo Gonzalo Arias:  
Sembrado está el duro suelo  
De las piezas de las armas,  
Y del batir de los golpes  
Surcada la empalizada.  
Rodrigo Arias queda muerto  
En medio de la estacada,  
Y su caballo á don Diego  
Sacó fuera de la raya,  
Y aun el animoso Ordoñez  
Volver quiere á la batalla  
Para lidiar con los dos  
Que por vencer le quedaban.  
El viejo Arias armado  
Furioso empuña la lanza,  
Que quiere vengar con ella  
Tanta sangre derramada.  
Con la voz ronca y horrible  
Por medio de todos pasa,

Y al matador de sus hijos  
Dice airado estas palabras:  
— Pues la sangre, ardiente jóven,  
Crudo lobo, no te harta,  
Mata tu sed con la mia,  
De un viejo que te desama,  
Que yo beberé la tuya  
Con que mitigue mi saña,  
Y acompañaré mis hijos  
En la muerte por su patria.

## x. — (Anónimo.)

Por aquel postigo viejo  
Que nunca fuera cerrado  
Vi veoir pendon hermejo  
Con trecientos de á caballo:  
En medio de los trecientos  
Viene un monumento armado,  
Y dentro del monumento  
Viene un ataúd de palo,  
Y dentro del ataúd  
Venía un cuerpo finado  
Qu'era el de Fernando D'arias,  
El hijo de Arias Gonzalo.  
Llorábanle cien doncellas,  
Todas ciento hijosdalgo,  
Todas eran sus parientas  
En tercero y cuarto grado,  
Las unas le dicen primo,  
Otras le llaman hermano,  
Las otras decían tío,  
Otras lo llaman cuñado,  
Sobre todas lo lloraba  
Aquesa Urraca Hernando.  
¡ Y cuán bien que las consuela  
Ese viejo Arias Gonzalo!  
— ¿ Porqué llorais, mis doncellas?  
¿ Porqué haceis tan grande llanto  
No llorais así, señoras,  
Que no es para llorallo,  
Que si un hijo me han muerto  
Aqui me quedaban cuatro;  
No murió por las tabernas  
Ni á las tablas jugando,  
Mas murió sobre Zamora  
Vuestra honra bien guardando:  
Murió como caballero  
Con sus armas peleando.

(1) El mismo asunto que el del anterior.

## CUARTA PARTE

## DE LOS ROMANCES DEL CID

QUE TRATA DE SUS HECHOS

DURANTE

EL REINADO DE ALFONSO VI EL BRAVO, Y DE SU MUERTE.

## I. — (Anónimo.) (1)

Doña Urraca, aquesa infanta (2),  
Mensageros ha enviado  
Que vayan con las sus cartas  
A don Alfonso su hermano,  
El cual estaba en Toledo  
Del rey moro acompañado.  
Toman caballos y postas  
Los mas ligeros y flacos,  
Caminan dias y noches  
Con camino apresurado:  
Llegaron presto á Toledo;  
En un lugar muy poblado,  
Olias habia por nombre,  
Olias el saqueado,  
Toparon á Peranzures,  
Un caballero afamado  
Que en libertar á su rey  
Mucho tiempo ha trabajado:  
Llamára los mensageros  
En un lugar apartado,  
Cortárale las cabezas,  
Las cartas les ha tomado,  
Fuérase para Toledo  
Sin á nadie haber topado:  
Fuése para don Alfonso  
Que dél era muy amado,  
Contóle toda la muerte  
Que fué dada al rey don Sancho,  
Y como por él venian  
Para dalle su reinado;  
Que lo tuviese secreto  
Porque al rey parte no ha dado.  
Respondió el rey que si haria,  
Que no tuviese cuidado.  
Fuérase el rey don Alfonso,  
Cuando deste se ha apartado,  
A ese rey Alimaïmon,

(1) Este romance, el de: « Arias Gonzalo responde, » y el de: « Ya se salen por la puerta, » forman uno solo en el *Cancionero de Romances*.

Que á Toledo habia tomado;  
Dijole secretamente  
Todo lo que habia pasado,  
Porque siempre don Alfonso  
Fué discreto y avisado,  
Y pensó que si estas nuevas  
De otro el rey fuese informado,  
Que no le vendría bien,  
Sino mucho mal y daño.  
Pero respondióle el rey  
Con gran placer que ha tomado:  
—Yo te doy mi fe y palabra  
Que tu Dios te ha aconsejado,  
Porque tengo en los caminos  
Mucha gente de caballo  
Que te guarden las salidas  
Y las entradas y pasos:  
Si salieras sin licencia  
Tú fueras despedazado,  
Mas pues eres tú tan fiel,  
Galardon te será dado.—  
Sentáronse en una mesa  
Y el ajedrez han tomado:  
Juega tanto don Alfonso  
Que el rey estaba enojado,  
Tres veces le dijo: —Vete,  
Vete y salte del palacio.—  
Don Alfonso muy contento  
Fuése á su casa de grado,  
Fuése con él Peranzures,  
Que desto mucho se ha holgado.  
Toma sogas y maromas  
Por salvar del muro abajo,  
Afuera caballos tienen,  
Todos están en el campo.  
Sálense á la media noche  
Que está todo asosegado,  
Cubierto con las estrellas  
Y con la luna alumbrado.

(2) Desde aquí empiezan los romances que tratan del juramento exigido y tomado por el Cid al rey Alfonso VI, hasta que este le des-  
terro.

Bajan por Sant Agustín,  
Un monesterio cercado,  
Cerca está de la ribera  
De aque-se río de Tajo,  
Sálense hácia la vega  
Y en el camino han entrado;  
No paran noche ni dia,  
Porque no hayan de alcanzallos:  
Llégan muy presto á Zamora  
Que es pueblo muy bien cercado,  
Sus vasallos lo reciben,  
Aunque no le habian jurado.  
Hablando está con su hermana  
De la muerte de su hermano,  
Cuando salió un caballero  
Que Ruy Diaz es llamado  
Este nunca habia querido  
A su rey besar la mano,  
Hasta que por juramento  
Pruebe ser libre y salvado  
De la muerte que fué dada  
A su hermano el rey don Sancho,  
Porque uadie de los suyos  
Nunca en esto ha sido osado  
De tomar tal juramento  
Sino el Cid, que es muy honrado.  
En esto respondió el rey,  
Bien oireis lo que ha hablado:  
—¿Cuál causa, vasallos míos,  
Cuál es la causa y pecado  
Que solo Ruy Diaz queda  
Que no me besa la mano?  
Yo siempre le hice honra  
Como mi padre ha mandado,  
Siempre le hice mercedes,  
De todos es mas privado.—  
Allí respondiera el Cid  
Con semblante mesurado:  
—Don Alfonso, don Alfonso,  
Por fuerza teneis vasallos,  
Que todos tienen sospecha  
Que vos solo sois culpado  
De la muerte que fué dada  
A vuestro hermano en el campo,  
Y cualquier que me quisiere  
Por contino y por vasallo  
Pagaráme muy buen sueldo,  
Y sino soy libertado,  
Que ser siervo de traidores  
No me cumple ni es mi grado:  
Vos hareis el juramento  
Que todos han demandado.—  
Mucho se holgó el rey  
De lo que el Cid ha hablado:  
—Dios os ponga en honra, el Cid,  
En gran honra y gran estado.  
Ruego á la Virgen María  
Y á su Hijo muy amado

Que muriese por tal muerte  
Como murió el rey don Sancho,  
Si fui en dicho ni en hecho  
De la muerte de mi hermano,  
Aunque como sabeis todos  
Me tuvo el reino forzado:  
Por tanto os ruego, señores,  
Como amigos y vasallos,  
Que deis órden y manera  
Como desto sea librado.—  
Allí respondieran todos  
Sus vasallos y criados:  
—Este juramento, el rey,  
En Búrgos debreis jurarlo,  
En Santa Agueda la iglesia  
Do juran los hijosalgo,  
Vos y doce caballeros  
De los vuestros toledanos.—  
El fué desto muy contento  
Y luego lo hace de grado.  
En Santa Agueda de Búrgos  
Estaba el rey asentado  
Cuando se llegó el Cid  
Con un libro en la su mano,  
En que están los evangelios  
Y un crucifijo pintado:  
Comienza desta manera,  
Desta manera ha hablado:  
—Todos venis con el rey  
Porque jure y sea librado:  
Si cualquiera de vosotros  
En aquesto habeis estado  
O si vos, rey don Alfonso,  
De cruel muerte seais matados.  
—Amen, amen, dijo el rey,  
Que de tal no soy culpado.—  
Los sus vasallos entonces  
Las llaves le han entregado;  
Alzáronlo por su rey,  
Todos le besan las manos,  
A todos hace mercedes,  
De todos es muy amado.

## II. — (Anónimo.)

En Toledo estaba Alfonso,  
Que non cuidaba reinar,  
Desterrárale don Sancho  
Por su reino le quitar.  
Doña Urraca á don Alfonso  
Mensagero fué á enviar,  
Las nuevas que le traian  
A él gran placer le dan.  
—Rey Alfonso, rey Alfonso,  
Que te envian á llamar;  
Castellanos y leoneses  
Por rey alzado te han  
Por la muerte de don Sancho

Que Vellido fué á matar :  
Solo entre todos Rodrigo,  
Que no te quiere acetar,  
Porque amaba mucho al rey  
Quiere que hayas de jurar  
Que en la su muerte, señor,  
No tuviste que culpar.  
— Bien vengais, los mensageros,  
Secretos querais estar,  
Que si el rey moro lo sabe  
Él aquí nos detendrá. —  
El conde don Peranzures  
Un consejo le fué á dar,  
Que caballos bien herrados  
Al reyes habian de herrar.  
Descuélganse por el muro,  
Sálese de la ciudad,  
Fueron á dar á Castilla  
Do esperándolos están.  
Al rey le besan la mano,  
El Cid no quiere besar,  
Sus parientes castellanos  
Todos juntado se han.  
— Heredero sois, Alfonso,  
Nadie os lo quiere negar;  
Pero si os place, señor,  
Non vos debe de pesar  
Que nos fagais juramento  
Cual vos lo quieren tomar,  
Vos y doce de los vuestos,  
Los que vos querais nombrar,  
De que en la muerte del rey  
Non tenedes que culpar.  
— Pláceme, los castellanos,  
Todo os lo quiero otorgar. —  
En Santa Gadea de Búrgos  
Allí el rey se va á jurar,  
Rodrigo tomó la jura  
Sin un punto mas tardar,  
Y en un cerrojo bendito  
Le comienza á conjurar :  
— Don Alfonso, y los leoneses,  
Venid vos á salvar  
Que en la muerte de don Sancho  
Non tuvisteis que culpar  
Ni tampoco della os plugo,  
Ni á ella disteis lugar :  
Mala muerte hayais, Alfonso,  
Si non dijereis verdad,  
Villanos sean en ella  
Non fidalgos de so ar,  
Que non sean castellanos  
Por mas deshonra vos dar,  
Sino de Asturias de Oviedo  
Que non vos tengan piedad.  
— Amen, amen, dijo el rey,  
Que non fui en tal maldad. —  
Tres veces tomó la jura,

Tantas le va á preguntar.  
El rey viéndose afneado,  
Contra el Cid se fué á airar :  
— Mucho me afneais, Rodrigo,  
En lo que no hay que dudar,  
Gras besarme heis la mano  
Si agora me haceis jurar.  
— Si señor, dijera el Cid,  
Si el sueldo me habeis de dar  
Que en la tierra de otros reyes  
A fijosdalgos les dan;  
Cuyo vasallo yo fuere  
Tambien me lo ha de pagar,  
Si vos dárme lo quisieredes  
A mí placer me vendrá. —  
El rey por tales razones  
Contra el Cid se fué á enojar,  
Siempre desde allí adelante  
Gran tiempo le quiso mal.

## III. — (Anónimo.)

Hizo hacer al rey Alfonso  
El Cid un solemne juro  
Delante de muchos grandes  
Que se hallaron en Búrgos.  
Mandó que con él viniesen  
Doce caballeros suyos  
Para que con él jurasen  
Cada cual uno por uno  
En la muerte de don Sancho  
Que lo mataron seguro  
En el cerco de Zamora  
A traición y junto al muro.  
Y cuando en el templo santo  
Estuvieron todos juntos,  
Levantóse del escaño  
El Cid, y aquesto propuso :  
— Por aquesta santa casa  
Donde estamos ende ayuso,  
Que digades la verdad  
De aquesto que vos pregunto.  
Si vos, rey, fuisteis la causa,  
O de los vuestos alguno,  
En la muerte de don Sancho,  
Hayais la muerte que él hubo. —  
Todos dijeron : Amen;  
Mas el rey quedó confuso,  
Pero por cumplir el voto,  
Respondió : — Lo mesmo juro. —  
Fincó la rodilla en tierra  
Por facer la corte ayuso,  
El Cid delante de todos  
Al rey le habla sesudo :  
— Si ayer non vos besé mano,  
Mi rey, á ello fui tenuto,  
Mas agora vos la beso  
Con todo mi grado y gusto.

En esto que aquí he hablado  
Nos os he fecho agravio alguno,  
Que esto debiera al rey Sancho  
Como leal vasallo suyo,  
Y si aquesto non ficiera  
Yo quedára por perjuro,  
Et non por buen caballero  
Me tuviera todo el vulgo.

## IV. — (Anónimo.) (1)

En Santa Agueda de Búrgos  
Do juran los hijosdalgo,  
Le tomaban jura á Alfonso  
Por la muerte de su hermano.  
Tomábasela el buen Cid,  
Ese buen Cid castellano,  
Sobre un cerrojo de fierro  
Y una ballesta de palo,  
Y con unos evangelios  
Y un crucifijo en la mano.  
Las palabras son tan fuertes,  
Que al buen rey ponen espanto :  
— Villanos mántente, Alfonso,  
Villanos, que no fidalgos  
De las Asturias de Oviedo  
Que no sean castellanos;  
Mántente con agujadas  
No con lanzas ni con dardos,  
Con cuchillos cachicuernos  
No con puñales dorados,  
Abarcas traigan calzadas  
Que no zapatos con lazo,  
Capas traigan aguaderas  
No de contray ni frisado,  
Con camisones de estopa  
No de holanda, ni labrados,  
Cabalguen en sendas burras  
Que no en mulas ni en caballos,  
Frenos traigan de cordel  
Que no cueros fogueados,  
Mántente por las aradas  
Que no en villas ni en poblado,  
Sáquente el corazon vivo  
Por el siniestro costado,  
Si no dices la verdad  
De lo que eres preguntado,  
Sobre si fuiste ó no  
En la muerte de tu hermano. —  
Las juras eran tan fuertes  
Que el rey no las ha otorgado :  
Allí habló un caballero  
Que del rey es mas privado :

— Haced la jura, buen rey,  
No tengais deso cuidado,  
Que nunca fué rey traidor,  
Ni papa descomulgado. —  
Jurado habia el buen rey  
Que en tal nunca fué hallado;  
Pero tambien dijo presto  
Malamente y enoado :  
— Muy mal me conjuras, Cid,  
Cid, muy mal me has conjurado,  
Porque hoy le tomas la jura  
A quien has de besar mano.  
Vete de mis tierras, Cid,  
Mal caballero probado,  
Y no vengas mas á ellas,  
Dende este dia en un año.  
— Pláceme, dijo el buen Cid,  
Pláceme, dijo, de grado,  
Por ser la primera cosa  
Que mandas en tu reinado :  
Por un año me destierras,  
Yo me destierro por cuatro. —  
Ya se partia el buen Cid  
A su destierro de grado  
Con trecientos caballeros,  
Todos eran hijosdalgo,  
Todos son hombres uancebos,  
Ninguno allí no habia cano,  
Todos llevan lanza en puño  
Con el fierro acicalado,  
Y llevan sendas adargas  
Con borlas de colorado,  
Y no le faltó al buen Cid  
Adonde asentar su campo.

## V. — (Anónimo.) (2)

Fincad ende mas sesudo,  
Don Rodrigo, con vos fablo,  
Catad que soy vuestro rey  
Maguer que no esté jurado,  
Y este cerrojo de fierro  
Y esta ballesta de palo,  
Como fincan en mi jura  
Fincan tambien en mi agravio.  
Yo fago testigo á Dios  
Y á nuestro patron Santiago,  
Que non he sido traidor  
En la muerte de don Sancho.  
Non mostréis con ser sañudo  
Ser, Rodrigo, apasionado,  
Que maguer que haya razon  
Se ha de humillar el vasallo.

(1) Es con algunas variantes el mismo de: «En Santa Gadea de Búrgos,» del *Romancero del Cid*, que se suprime por lo mismo y por estar modernizado.

(2) Es al mismo asunto de los anteriores.

Si con las huestes, Rodrigo,  
Fincades sañudo y bravo,  
Sed con los reyes humilde,  
Y se'eis mas estinado.  
Non eclipseis con la lengua  
Los fechos de vuestros brazos,  
Que el fablar sin ocaion  
Es de homes afeinados.  
Bien se me lembra del tiempo  
Que como noble soldado  
Habeis servido en las lides  
A mi padre don Fernando,  
Mas non vos ensolberzezan  
Los triunfos que heis alcanzado,  
Que es la jactancia un borron  
Que borra fechos muy claros.  
Decis que si parte he sido  
En la muerte de mi hermano  
Que me den villanos muerte,  
Fablais bien, serán villanos:  
Non fincará contra rey,  
Ningun vasallo fidalgo,  
Que un fidalgo nunca emprende  
Facer tal desaguisado. —  
Esto dijo don Alfonso  
Teniendo puesta la mano  
Sobre un cerrojo de hierro  
Y una ballesta de palo.

## VI. — (Anónimo.) (1)

Por la muerte que le dieron  
En Zamora al rey don Sancho  
Han jurado al rey Alfonso  
Los hombres buenos y honrados  
Castellanos y leoneses,  
Con galegos y asturianos.  
El Cid rehusa la jura  
Y así el buen rey le ha hablado:  
— Decid, ¿por qué non queréis,  
Buen Cid, besarme la mano,  
Pues que lo han hecho los grandes  
Cuantos hay en mi reinado? —  
El Cid respondió: — Señor,  
Ficiéralo de buen grado,  
Si no fuera por el vulgo  
Que gran sospecha ha tomado  
Que por vuestra orden y mía  
A traicion murió don Sancho.  
Para que mejor se entienda  
La verdad y lo contrario,  
Es bien que fagais la jura  
En un altar consagrado  
De que nunca hubiste parte  
En fecho tan feo y malo.—

El rey fué contento desto,  
Y en un altar consagrado  
Ambas las dos manos puso  
Sobre un evangelio santo,  
Diciendo non haber parte  
En la muerte de su hermano.  
El Cid tres veces repite,  
Por lo que el rey enojado  
Le dijo: — Basta que hagais  
Lo justo y no demasiado,  
Pero yo juro y prometo  
Que presto me haga vengado.  
— Buen rey, faced vuestra guisa,  
Respondió el Cid sosegado,  
Que yo tengo hecho mi oficio  
Como caballero honrado.

## VII. — (Sepúlveda.)

Ese buen Cid Campeador  
Ya se parte de Castilla:  
Por mando del rey Alfonso  
Lleva su mensagería  
A Almucanis ese moro  
Rey de Cordoba y Sevilla,  
Para que le den las parias  
Pasadas que le debía.  
En Sevilla estaba el Cid  
Faciendo á lo que venia,  
Mudafar, rey de Granada,  
A Almucanis mal queria,  
Caballeros castellanos  
Mudafar consigo habia,  
Son de los mas estimados  
Que habia dentro en Castilla:  
Don Garcia Ordoño el uno  
Que conde todos decian,  
Fernan Sanchez era el otro,  
Yerno del rey don Garcia,  
Y Lope Sanchez su hermano  
Estaba en su compañía,  
Y otro caballero honrado,  
Diego Perez se decia:  
Ellos con grandes poderes  
Con el Mudafar venian  
Contra Almucanis, el rey  
Que pechero es de Castilla.  
El Cid cuando aquesto supo  
Mucho pesado le habia,  
Enviárale sus cartas  
Y en ellas así decia:  
« Que non vengán con su gente  
« Contra el reino de Sevilla,  
« Que es pechero al rey Alfonso  
« Con quien amistad tenia:

« Y si lo quieren facer,  
« Que su rey ayudaria  
« A Almucanis su vasallo,  
« Que otra cosa no pedia. »  
Recibido han las cartas,  
Mas en nada las tenian:  
Entran en tierras del rey,  
Del rey moro de Sevilla,  
Que mandando van y estragando  
Fasta Gabra aquesa villa.  
El Cid cuando aquesto supo  
Contra ellos se partia:  
Moros llevaba consigo,  
Cristianos los que podía.  
Las huestes se habian juntado,  
El Cid mataba y heria:  
Muy reñida es la batalla,  
Durado ha casi un día,  
Fasta que venciera el Cid  
Y en huida los ponía.  
A caballeros cristianos  
El buen Cid muchos prendía,  
De moros non habia cuenta  
Los que cautivado habia.  
Tres días tuviera pre-os  
Los cristianos que vencía,  
Volvióse con gran despojo  
A Sevilla do partía:  
Almucanis dió las parias  
Y á Castilla se volvía.  
Mucho plugo al rey Alfonso  
De lo que el Cid fecho habia,  
Y de aquel día adelante  
Al Cid Campeador decian.

## VIII. — (Anónimo.) (1)

Fablando estaba en el claustro  
De San Pedro de Cardeña  
El buen rey Alfonso al Cid,  
Despues de misa, una fiesta:  
Trataban de las conquistas  
De las mal perdidas tierras  
Por pecados de Rodrigo  
Que amor disculpa y condena.  
Propuso el buen rey al Cid  
El ir á ganar á Cuenca,  
Y Rodrigo mesurado  
Le dice desta manera:  
— Nuevo sois, el rey Alfonso,  
Nuevo rey sois en la tierra,  
Antes que á guerras vayades  
Sosegad las vuestras tierras.  
Muchos daños han venido

Por los reyes que se ausentan,  
Que apenas han calentado  
La corona en la cabeza:  
Y vos non estais muy seguro  
De la calumnia propuesta  
En la muerte de don Sancho  
Sobre Zamora la Vieja,  
Que aun hay sangre de Vellido,  
Magüer que en fidalgas venas,  
Y el que fizo aquel venablo  
Si le pagan fará treinta. —  
Bermudo en lugar del rey  
Dice al Cid: — Si vos aquejean  
El cansancio de las lides  
O el deseo de Jimena,  
Idvos á Vivar, Rodrigo,  
Y dejadle al rey la empresa,  
Que homes tiene tan fidalgos  
Que non volverán sin ella.  
— ¿Quién vos mete, dijo el Cid,  
En el consejo de guerra,  
Fraile honrado, á vos agora  
La vuesa cogulla puesta?  
Subidvos á la tribuna  
Y rogad á Dios que venzan,  
Que non venciera Jozué  
Si Moisés non lo ficiera.  
Llevad vos la capa al coro,  
Yo el pendon á las fronteras,  
Y el rey sosiegue su casa  
Antes que busque la agena,  
Que non se farán cobarde  
El mi amor, ni la mi queja,  
Que mas traigo siempre al lado  
A Tizona, que á Jimena.  
— Home soy, dijo Bermudo,  
Que antes que entrára en la regla,  
Si non vencí reyes moros,  
Engendré quien los venciera:  
Y agora en vez de cogulla,  
Quando la ocasion se ofrezca  
Me calaré la celada  
Y pondré al caballo espuela.  
— Para fugir, dijo el Cid,  
Podrá ser, padre, que sea,  
Que mas de aceite que sangre  
Manchado el hábito muestra.  
— Calledes, le dijo el rey,  
En mal hora, que non en buena;  
Acordársevos debía  
De la jura y la ballesta.  
Cosas tenedes, el Cid,  
Que farán fablar las piedras,  
Pues por cualquier niñeria

(1) Aquí empiezan los romances del Cid des-  
terrado hasta que conquistó á Valencia y envió  
parias al rey Alfonso. Se comprenden tambien  
los de Martin Pelaez.

(1) Es al asunto de los anteriores, pero el mejor considerándolo como poesia.

Faceis campaña la iglesia.—  
Pasaba el condé de Oñate  
Que llevaba la su dueña,  
Y el rey por hacer mesura  
Acompañóla á la puerta.

## IX. — (Anónimo.)

Si atendeis que de los brazos  
Vos alee, atended primero  
Si no es bien que con los míos  
Cuide subirvos al cielo :  
Bien estais afinojado,  
Que es pavor veros enhiesto,  
Que asiento es asaz debido  
El suelo de los soberbios :  
Descubierdo estais mejor  
Despues que se han descubierto  
De vuestas altanerías  
Los mal guisados escosos.  
¿Eu qué os habeis empachado  
Que dende el pasado invierno  
Non vos han visto en las córtés,  
Puesto que córtés se han fecho ?  
¿Porqué, siendo cortosono,  
Traeis la barba y cabello  
Descompuesto y desviada  
Como los padres del yerno ?  
Fues aunque vos lo pregunto  
Asaz que bien os entiendo,  
Bien conozco vuestas mañas  
Y el semblante falagüeno :  
Querreis decir que cuidando  
En mis tierras y pertrechos  
Non cuidades de ahijarvos  
La barba y cabello luengo.  
Al de Alcalá contrallasteis  
Mis treguas, paz y concierto,  
Bien como si el querer mio  
Tuviérades por muy vueso.  
A los fronterizos moros  
Diz que tenéis por tan vuestos  
Que os adoran como á Dios ;  
¡Grandes algos habreis dellos !  
Quando en un jura os hallasteis,  
Despues del triste suceso  
Del rey don Sancho mi hermano  
Por Velido traidor muerto,  
Todos besaron mi mano  
Y por rey me obedecieron  
Solo vos me contrallasteis  
Tomándome juramento :  
En Santa Gudea lo fice  
Sobre los cuatro evangelios,  
Y en el ballestón dorado  
Teniendo el cuadrillo al pecho.  
Matarades á Velido  
Si hicierais como bueno,

Que no ha faltado quien dijo  
Que tuvisteis asaz tiempo :  
Fasta el muro lo seguisteis,  
Y al entrar la puerta dentro  
Bien cerca estaba quien dijo  
Que non osasteis de miedo :  
Y nunca fueron los míos  
Tan astutos y mañeros  
Que cuidasen que don Sancho  
Muriese por mis consejos ;  
Murió porque á Dios le plugo  
En su juicio secreto,  
Quizá porque de mi padre  
Quebrantó sus mandamientos.  
Por estos desaguisados,  
Desavenencias y tuertos,  
Con título de enemigo  
De mis reinos vos destierro.  
Yo tendré vuestos condados  
Fasta saber por entero,  
Con acuerdo de los míos,  
Si confiscárvoslos puedo.  
Non repliqueis palabra,  
Que vos juro por san Pedro  
Y por san Millán bendito  
Que podré enforcaros luego.—  
Estas palabras le dijo  
El rey don Alfonso el Sesto,  
Inducido de traidores,  
Al Cid, honor de sus reinos.

## X. — (Anónimo.)

Téngovos de replicar  
Y de contrallarvos tengo,  
Que no han pavor los valientes  
Ni los non catpados miedo.  
Si finca muerta la honra  
A manos de los genuestos,  
Menos mal sera enforcarme  
Que el mal que me habedes fecho.  
Yo seré en tierra humildoso  
A guisa de vuestro siervo,  
Que teniendo los mis brazos  
Cuido alzarme sin los vuestos.  
Cúbranse y non vos acaten  
Los ociosos falagüenos,  
Que magüer yo non lo soy  
Me puedo cubrir primero.  
Bos vedades hubo córtés  
Desde antaño por invierno,  
Diz que por la pro comun,  
O por los vuestros provechos :  
Vos en Leon las ficisteis,  
Pero yo en los campos yermos  
Faciendo las miac, deslice  
De' contrario los pertrechos.  
Lo fecho en Alcalá vedes,

Non lo que fice primero,  
Y es mal juzgador quien juzga  
Sin notar todo el proceso.  
Folga que el moro de allende  
Respete mis fechos buenos,  
Que si non me los respeta  
Non vos guardará respeto.  
Asaz me semejais blando  
Porque de tiempo tan luengo  
De apretarvos en la jura  
Vos duele el escocimiento :  
Mentirá el que me achacare  
Del traidor Dolfos el tuerto.  
Pues sabeles lo que fué  
Y lo que fice en el reto :  
Ademas que sin espuelas  
Cabalgué entonces por yerro :  
Vencen pesadas falsías  
Al noble y sencillo berho.  
Y pues gasté mis haberes  
En prez del servicio vuestro,  
Y de lo que hube ganado  
Vos fice señor y dueño,  
Non me lo confiscaredes  
Vos, ni vuestros consejeros.  
Que mal podredes tollerme  
La hacienda que non tengo.  
De hoy mas seré facendoso,  
Pues hoy de vos me destierro,  
Y de hoy para mi me gano,  
Pues hoy para vos me pierdo.—  
Estas palabras decia  
El noble Cid, respondiéndolo  
A las querellas injustas  
Del rey don Alfonso el Sesto.

## XI. — (Anónimo.)

Del rey Alfonso se queja  
Ese buen Cid castellano  
Por la injusta paga y premio  
Que á sus servicios ha dado.  
Dice entre airado y furioso,  
El rostro triste y turbado :  
— No te llamo, rey, injusto,  
Porque al fin soy tu vasallo,  
Ni porque me desterraste  
De tu reino y mi condado,  
Solo porque me perdi  
En hacer tu gusto y grado.  
Mal quisto estoy con el mundo  
Por acrecentar tu estado,  
Y por suplir tus flaquezas,  
Dicen que robo y que mato  
Esos falsos consejeros  
Que te están aconsejando,  
Corderos en la apariencia,  
Y lobos en los estragos.

¡Oh cuán fáciles te hacen  
Mil dificultosos casos,  
Que quizá sin mi presencia  
Resultarán en mil daños !  
Acuérdate, rey Alfonso,  
Que soy el Cid tu vasallo,  
Mas presto para servirte  
Que tú para darme el pago  
De mis honrados servicios :  
Aunque tú me has desterrado,  
Movido, segun entiendo,  
De que estoy atesorando,  
Y sin mirar que si tengo  
A'go, todo lo he ganado  
A trueco de sangre y fuerza  
De mi cuerpo y de mi brazo,  
Y no viviendo en el ocio  
Que hay en tu real palacio,  
Donde se pasan los dias  
En hacer grandes estragos,  
No en los moros fronterizos,  
Sino en deshonrar hidalgos.  
No quiero ya los favores,  
Rey, de todos tus privados,  
Que sin ellos los tendré  
De muchos buenos hidalgos.—  
Esto decia Rodrigo  
Quando estaba aparejando  
Lo necesario y forzoso  
Para salir desterrado.

## XII. — (Anónimo.)

De palacio sale el Cid  
Sentido de una palabra,  
Que quien palabras no siente  
El sentimiento le falta.  
Las manos tuerce furioso,  
Aunque no por castigarlas,  
Porque contra su cabeza  
Sus manos no se levantan.  
Hechos dos Etnas los ojos  
Brotan fuego y vivas llamas,  
Porque en ellos como en lienzo  
Pinta su pasión el alma.  
Erizados los cabellos,  
Revuelta la barba cana,  
Que el tiro de la deshonra  
Descompone barbancanas.  
Pasease sin compas  
Y alterada voz levanta,  
Que el corazon con decir  
Su pesadumbre descansa :  
— Mal fablastes de mí, el rey.  
Con voz muy desentonada ;  
Yo palabra non vos dije,  
Ca por mi mis obras fablan,  
Y fablára mi Tizena



Por mi honor y por su fama,  
Sino que el ser vos quien sois  
La enmudece en la su vaina.  
Vuestra fabla, rey Alfonso,  
A mi fama non la infama,  
Ca el señor á su vasallo  
Aunque mas diga no agravia.  
Desterraisme de mi tierra,  
Desto non me finca saña,  
Ca el hombre bueno fidalgo  
De tierra agena hace patria.  
Están muchos envidiosos  
Junto á vos de mis fazañas,  
Ca de ordinario la envidia  
A la virtud acompaña.  
Dicen entre jugerías  
Y porque non vomitedes  
Razones desaguisadas,  
Y porque non vomitedes  
Va la pildora dorada.  
Mil mentiras falagüenas,  
Non verdades, á vos fablan,  
Ca una vezada bregaron  
La verdad é la privanza.  
Non sentiredes mi mengua  
Fasta la primer batalla,  
Ca el bien non es conocido  
Fasta que nos face falta. —  
Esto dijo el Cid Ruy Díaz  
Quando en Babieca cabalega,  
Y hácia Valencia camina,  
Tierra rica, hermosa y llana.

## xiii. — (Anónimo.)

Grande saña cobró Alfonso  
Contra el buen Cid castellano,  
Porque le tomó la jura  
De la muerte de su hermano :  
Encubrió la su enemiga,  
Aguardó á hacerse vengado.  
El rey moro de Toledo,  
Que Hafi Maimon es llamado,  
Del Cid se quejara al rey  
Que en su reino se había entrado,  
Y hasta dentro de Toledo  
Sus moros ha cautivado :  
Siete mil son los cautivos,  
Sin otro mucho ganado.  
Mucho al rey Alfonso pesa,  
Contra el Cid estaba arrado  
Mucho mas que antes estaba ;  
Con el rey lo habían mezclado  
Por envidia que le tienen  
Los grandes de su reinado.  
Es ribióte el rey al Cid  
Que salga de su reinado  
Dentro de los nueve días,  
Que mas non le da de plazo.

El buen Cid á sus parientes  
Las cartas les ha mostrado,  
Todos se quejan del rey  
De haberlo tan mal mirado,  
Desterrando un caballero  
Tan valiente y esforzado,  
Que muy bien había servido  
A él, á su padre, y su hermano :  
Ofrécese de ir con él  
A lo servir muy de grado,  
Y que todos morirían  
Con él juntos en el campo. —  
El Cid les agradecia  
La palabra que le han dado,  
Y otro dia salió el Cid  
De Vivar, que era su estado,  
Con toda su compañía  
Con ánimos esforzados :  
Volvióse á sus caballeros  
Y esto les está hablando :  
— Amigos, si á Dios pluguiere  
Que á Castilla nos volvamos,  
Digovos que tornaremos  
Todos muy ricos y honrados.

## xiv. — (Anónimo.)

Obedezco la sentencia,  
Magüer que non soy culpado,  
Pues es justo mande el rey  
Y que obedezca el vasallo ;  
Y plegue á Nuesa Señora  
Que vos haga aventurado,  
Tal que non echedes menos  
La mi espada ni el mi brazo.  
Bien cuído que non vos mueve  
Servos yo desaguisado,  
Sé que envidiosos á veces  
Manchan los pechos fidalgos :  
*Mas al fin el tiempo vos será testigo  
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.*  
Esos bravos infanzones  
Que comen á vuestro lado,  
Consejeros mentirosos,  
Lidiadores en palacio,  
¿ Cómo non vos acorrieron  
Quando preso vos llevaron,  
Y cuando yo vos quité  
Solo á trece en medio el campo ?  
Sinon que á tienda suelta  
Fuyeron los amenguados  
Donde mostraron tener  
Lengua asaz y pocas manos :  
*Mas al fin el tiempo vos será testigo  
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.*  
Membrad vos, rey don Alfonso,  
De lo que agora vos fablo,  
Vos con saña, yo sesudo,

Vos vengado y yo agraviado,  
Que yo fago pleitesia  
A san Pedro y á san Pablo  
De mezclar, Dios en ayuso,  
Mi hueste con los paganos,  
Y si finco vencedor  
Poner á vuestro mandado  
Los castillos y fronteras,  
Pueblos, haberes, vasallos :  
*Mas al fin el tiempo vos será testigo  
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.*

## xv. — (Anónimo.)

Esenchó el rey don Alfonso  
Las palabras halagüenas  
Del Cid en su despedida  
Quando se partió á la guerra,  
Y dijo á sus infanzones :  
— Hoy deja nuestras banderas  
El home mas animoso  
Que sangre de moros riega,  
Y aunque parezca osadia  
El fablar con tantas veras,  
Non fueron atrevimientos  
Supuesto que lo asemejan.  
Los amorios del alma  
En el pecho do se encierran  
Lealtad y amor, con su rey  
Tienen para hablar licencia.  
Alongado va al destierro,  
Y veo que en su presencia  
Es solo un home el que parte  
Y mil voluntades lleva ;  
Y cuído que un buen guerrero  
Quando de su rey se ausenta  
Reprochado de su corte  
Se ha de tener á la agena.  
Que de un edificio grande  
Si se le rompe una piedra,  
Por solo su desencaje  
Se suele venir á tierra.  
No hay folgarse entre los reyes,  
Que nunca los reyes huelgan  
Cuidando el pro de sus reinos  
Y haciendo en los nueves guerra.  
Si fidalgos con la espada  
Por su rey en lides entran,  
El rey con espada y alma  
Anda, padece y pelea.  
Gran lidiador es el Cid,  
Fuerte y noble en gran manera,  
Pero si non es homildoso  
¿ De Dios y del rey qué espera ?  
Conviene que el Cid se alongue  
Y dirán en las nueves tierras,  
Que Alfonso face justicia  
Y en castigo á nadie excepta.

## xvi. — (Anónimo.)

Don Rodrigo de Vivar  
Está con doña Jimena  
De su destierro tratando,  
Que sin culpa le destierran.  
El rey Alfonso lo manda,  
Sus envidiosos se huelgan,  
Llérale toda Castilla  
Porque huertana la deja.  
Gran parte de sus haberes  
Ha gastado el Cid en guerra,  
Non halla para el camino  
Dinero sobre su hacienda.  
A dos judios convida,  
Y sentados á su mesa  
Con amigables caricias  
Mil florines les pidiera.  
Dices que por seguro  
Dos cofres de plata tengan,  
Y que si dentro de un año  
Non les paga, que la vendan  
Y cobren la logreria  
Como concertado queda.  
Dióles dos cofres cerrados  
Entrambos llenos de arena,  
Y confiados del Cid  
Dos mil florines le prestan.  
— ¿ O necesidad infame,  
A cuantos honrados fuerzas  
A que por salir de tí  
Hagan mil cosas mal hechas !  
Rey Alfonso, señor mio,  
A traidores das orejas,  
Y á los fidalgos leales  
Palacios y orejas cierras.  
Mañana saldré de Búrgos  
A ganar en las fronteras  
Algun pequeño castillo  
Adonde mis gentes quepan ;  
Mas segun son de orgullosos  
Los que llevo en mi defensa,  
Las cuatro partes del mundo  
Tendrán por morada estrecha.  
Estarán mis estandartes  
Tremolando en las almenas,  
Caballeros agraviados  
Hallarán guarida en ellas ;  
Y por conservar el nombre  
De tus reinos, que es mi tierra,  
Los lugares que ganare  
Serán Castilla la Nueva.

## xvii. — (Anónimo.)

Ese buen Cid Campeador,  
Que Dios en suñu mantenga,  
Faciendo está una vigilia

En San Pedro de Cardeña,  
Que el caballero cristiano  
Con las armas de la Iglesia  
Debo de guarnir su pecho  
Si quiere vencer las guerras.  
Doña Elvira y doña Sol,  
Las sus dos hijas tan bellas,  
Acompañan á su madre  
Ofreciendo rica ofrenda.  
Cantada que fué la misa,  
El abad y monges llegan  
A bendecir el pendon.  
Aquel de la cruz bermeja.  
Soltó el manto de los hombros,  
Y en cuerpo con armas nuevas,  
Del pendon prendió los cabos,  
Y desta suerte dijera:  
— Pendon bendecido y santo,  
Un castellano te lleva  
Por su rey mal desterrado,  
Bien plañido por su tierra.  
A mentiras de traidores  
Inclinando sus orejas  
Dió su prez y mis hazañas,  
¡ Desdichado del y dellas!  
Cuando los reyes se pagan  
De falsas halagüeñas,  
Mal parados van los suyos,  
Luego mal les viene cerca.  
Rey Alfonso, rey Alfonso,  
Esos cantos de sirena  
Te adormecen por matarte,  
¡ Ay de tí si no recuerdas!  
Tu Castilla me vedaste  
Por haber folgado en ella,  
Que soy espanto de ingratos  
Y conmigo non cupteran.  
¡ Plegue á Dios que non se calgan,  
Sin mi brazo, tus almenas!  
Tú que sientes me baldonas,  
Sin sentir me lloran ellas.  
Con todo, por mi lealtad  
Te prometo las tenencias  
Que en las fronteras ganaren  
Mis lanzas y mis ballestas,  
Que venganza de vasallo  
Contra el rey, traicion semeja,  
Y el sufrir los tuertos suyos  
Es señal de sangre buena. —  
Esta jura dijo el Cid,  
Y luego á doña Jimena  
Y á sus dos hijas abraza:  
Mudas y en llanto las deja.

## XVIII. — (Anónimo.) (1)

Estando cumpliendo el Cid  
El destierro en que yacia,  
Aquel á quien don Alfonso  
Mandó salir de Castilla:  
Por siniestas relaciones  
Que envidiosos hecho habian  
Contra el Cid, cosa ordinaria  
Su propicia suerte vista,  
Porque siempre al semejante  
Cuyas hazañas se estiman  
Le nacen fieros contrarios  
Del efecto dellas mismas,  
Viendo que en él y no en ellos  
Con razon ponen la vista,  
Y que escorrece sus nombres  
El que ayer no le tenia,  
Como si de sus principios  
No se tuviese noticia  
De que fueron adquiridos  
Destas tres por una via,  
O por privanza con reyes,  
O por tetras, ó malicia,  
Y que al que hoy da su valor nombre  
Verle ensalzado se admiran  
Sin porqué, pues no es ventaja  
La antigüedad de algun dia,  
Y deben de presumir  
Que es de sangre ilustre y limpia,  
Porque la que no lo es  
Nobles acciones no cria.  
El sujeto valeroso  
Es parage de la invidia  
Do hacen presa las lenguas  
Por mil diferentes vias,  
Que como ven que á la fama  
Con sus hazañas obligan,  
Y las inútiles suyas  
Hacen el fin con sus vidas,  
Procuran que las ajenas  
No se celebren y digan,  
Que las ignoren los reyes  
Pretendiendo con malicia,  
Queriendo trazarlo todo  
Estas inmundas arpias.  
Digo pues, que como el Cid  
Con la paz no se entendia,  
Y en los peligros mayores  
Puesta llevase la mira,  
Cercó á Alcocer que de moros  
Era una fuerza escogida  
Y la de mas importancia  
En las partes fronterizas;

Pero no pudiendo entrarla  
Con ásperas baterías,  
Eché mano de la industria,  
Que no es de menos estima  
Que el valor y fortaleza  
Ni de menor gloria digna,  
Cosa loable en la guerra,  
Codicada y permitida.  
Hizo pues para cebarlos  
Que con su genio huía,  
Y que levantaba el cerco  
Por hambre, sed y fatigas,  
Dejándose muchas tiendas  
Con preseas varias, ricas,  
Porque el codicioso moro  
Salga y el alcance siga,  
Trayendo para robarlas  
Menos órden con mas prisa,  
Dejando la fuerza sola  
Sin quien la entrada resista:  
Y fué así, que como vieses  
La repentina huida,  
Desamparando el castillo  
En su seguimiento tiran.  
Pero á pequeña distancia  
Vuelve con suerte propicia  
El famoso de Vivar  
Que una gruesa lanza cimbra,  
Y en el bravo sarraceno  
Haciendo sangrienta riza,  
Sin aventurar soldado  
Entró la fuerza y la villa.

## XIX. — (Anónimo.)

Ya que acabó la vigilia  
Aquel noble Cid honrado  
Y dejó á doña Jimena  
Y á sus dos hijas llorando,  
A la vista de San Pedro  
En un espacioso llano  
Dijo con grande denuedo  
A los que le están mirando:  
— Quintientos fidalgos sois  
Los que me heis acompañado,  
A quien no diré lo mucho  
Que os obliga el ser fidalgos;  
Pero pues que me destierra  
El rey por injustos casos,  
Faced cuenta, mis amigos,  
Que todos vais desterrados,  
Y que han de guardar mi honra  
Vuestra valor y mi brazo,  
Que aunque él ha sido injusto  
No lo han de ser sus vasallos,  
Antes derramar la sangre  
Por vencer á los contrarios. —  
Todos respondien: — Buen Cid,

Vueso hablar es escusado,  
Pues basta que nos mandéis  
Para quedar obligados. —  
Por tierras de moros entran  
Muchas batallas ganando  
Rindiendo muchos castillos,  
Y reyes atributando.  
Tanto pudo el gran valor  
De aquel noble Cid honrado,  
Que en poco tiempo conquista  
Hasta Valencia llegando,  
Donde alcanzó gran tesoro,  
Y un grande presente ha enviado  
Al ingrato rey Alfonso  
De cien hermosos caballos,  
Todos con ricos jaeces  
De diferentes bordados,  
Y cien moros, que los llevan  
De las riendas, sus esclavos:  
Y cien llaves de las villas  
Y castillos que ha ganado,  
Y tambien al rey envia  
Cuatro reyes sus vasallos:  
Aqueste presente lleva  
Ordoño su gran privado.

## XX. — (Anónimo.)

Mentirosos adalides  
Que de las vidas ajenas  
Guisais plato para el gusto  
De muchas serdas orejas:  
Fidalgos de Villalon,  
Caballeros de Valduerna,  
Hombres buenos de Villalva  
Y cristianos de Sansueña:  
Escuchadme si fincáredes  
Con memoria, que mis quejas  
Son hijas de vueso agravio  
Y de vuesa culpa nietas:  
Yo soy el Cid Campeador  
Que lino sobre Consuegra,  
Tan humilde al rey Alfonso  
Cuanto á mi doña Jimena:  
Yo soy aquel que mis armas  
Toda la semana entera  
Non se quitan dos vegadas  
Del cuerpo que las sustenta,  
Y el que en las batallas crudas  
Con mi lanza y mi ballesta  
Soy el primero de todos,  
Y que non duermo en las tiendas:  
Non fago tuerto á los míos  
Magüer facerlo pudiera,  
Antes les entrego juntos  
Los haberes y tenencias:  
Pelco con la Fizona,  
Non ofendo con la lengua

(1) En los romances de Sepulveda hay uno al asunto que dice: « Por mando del rey Alfonso, »  
Uno y otro son detestables.

Por non con ella imitar  
 A las mal habladas fembras :  
 Como en el suelo por falta  
 De las levantadas mesas,  
 Y por postre tengo asaltos,  
 Que son frutas que me alegran :  
 Non desentierro las vidas  
 De hombre bueno o muger buca,  
 Nin digo si fué fidalgo,  
 Nin si ha pechado ó si pecha :  
 Non trato sobre comida  
 De hacer á nadie ofensa,  
 Simon de si han apretado  
 Bien las cinchas á Babieca :  
 Non me acuesto imaginando  
 Con mentiras quitar tierras,  
 Si acaso puedo las gano,  
 Y si non, fisco sin ellas,  
 Y conquistando el castillo  
 Fago pintar en sus piedras  
 Las armas del rey Alfonso,  
 Y yo humillado á par dellas :  
 Llora, quando estoy á solas,  
 La mi consorte Jimena,  
 Que finca cual tortolilla  
 Sola y triste en tierra agena,  
 Que maguer es tierra suya  
 Tiene enemigos muy cerca,  
 Que pues lo son de su esposo,  
 ¿Quién duda lo serán della?  
 Pido justicia, y mis voces  
 Cuido fasta el cie o llegan,  
 Que como son voces justas  
 Non dudo que llegar puedan :  
 Aquesto escribe Rodrigo  
 A los condes de Consuegra,  
 A los fidalgos y ricos,  
 Sin honor y sin hacienda.

## XXI. — (Anónimo.)

Ese buen Cid Campeador  
 De Zaragoza parba,  
 Sus gentes lleva consigo  
 Y la su seña tendida  
 Para correr á Monzon :  
 A Huesca tambien corria,  
 A Onda con Almenar  
 Estragado los habia.  
 El rey Pedro de Aragon  
 Muy gran pesar recibia  
 Quando supo que el buen Cid  
 Tan cerca de si yacia.  
 Apellidara sus gentes,  
 Muchas son en demasia ;  
 Llegado han á Piedra Alta,  
 Sus tiendas fincar facia,  
 A ojos esta del Cid,

Mas para él no venia.  
 El Cid salió de Monzon  
 Con doce en su compañía  
 A helgarse por el campo  
 Armados de buena guisa.  
 Los de ese rey de Aragon  
 Le tuvieron puesta espia,  
 Caballeros eran ciento  
 Y cincuenta que á él salian.  
 El Cid lidiara con todos,  
 Como bueno los vencia :  
 Siete son los caballeros  
 Y caballos que prendia,  
 Los otros huyen del campo  
 Que aguardarle no querian :  
 Los presos piden merced,  
 Que los suelte le pedian,  
 El Cid como es muy honrado  
 Lo que piden concedia.

## XXII. — (Sepúlveda.)

Adofir de Mudafar  
 A Rueda en guarda tenia  
 Por el buen rey don Alfonso  
 Que conqnerido la habia.  
 Almofalas, ese moro,  
 Con sobrada maestria  
 Metióse dentro el castillo,  
 Con él alzado se habia :  
 Adofir quando lo supo  
 Al rey su mensage envia,  
 Pidiéndole su socorro  
 Para recobrar la villa.  
 El rey envió á Ramiro  
 Y á ese conde don Garcia,  
 Con muchas gentes armadas  
 Que van en su compañía.  
 El moro quando lo supo  
 Dijo el castillo daría  
 A ese buen rey don Alfonso,  
 Y que á otro no queria.  
 Convidóle á comer  
 Por hacelle alexosia  
 Allí dentro del castillo :  
 El rey temido se habia.  
 El infante don Ramiro  
 Con el conde en compañía  
 Entraron para comer,  
 Que ir el rey no queria ;  
 Mas luego que entraron dentro  
 A entrambos quitan la vida  
 Con otros que van con ellos,  
 Y al rey mucho le dolia.  
 Túvose por deshorrado,  
 Y al Cid sus cartas envia,  
 Que estaba cerca de allí  
 Desterrado de Castilla.

Rodrigo que vió el mensage  
 Para el rey luego venia :  
 Caballeros fijosdalgo  
 Acompañado lo habian :  
 Quando lo vido el buen rey  
 Su perdon le concedia :  
 Contólo lo acontecido,  
 Que le vengue le pedia,  
 Y que con el se viniese  
 A su reino y señoría.  
 El Cid le besó las manos  
 Por el perdon que le hacia,  
 Mas no lo quiso aceptar  
 Si el rey no le prometia  
 De dar á los fijosdalgo  
 Un plazo de treinta dias  
 Para alir de la tierra,  
 Si algun crimen cometian,  
 Y que fasta ser oidos  
 Jamas los desterraria.  
 Nin querantaria los fueros  
 Que sus vasallos tenían,  
 Nin menos que los pechase  
 Mas de lo que convenia,  
 Y que si lo tal ficiese  
 Contra él alzarse podian.  
 Todo lo promete el rey  
 Que nada contradecia,  
 Y á Castilla caminado  
 Rodrigo el cerco ponía.  
 Al moro que tal mal fizo  
 Por gran fambre lo prendia,  
 Y á todos los mas traidores  
 Al rey luego los envia.  
 El rey los ha recibido,  
 Dellos fizo gran justicia,  
 Y mucho agradece al Cid  
 El presente que le hacia.

## XXIII. — (Anónimo.) (1)

Ceñid las membrados brazos  
 Al cuello que bien os quiere,  
 Por ser asaz de tal dueño  
 Que mundo otro par no tiene :  
 Non rehuyais de abrazarme,  
 Que brazos de home tan fuerte  
 Desentollescen mis tierras  
 Y las de moros tollescen ;  
 Facedlo, que bien podeis,  
 E cuidá non me manchedes,  
 Que aun finca en las vuestas armas  
 La sangre mora reciente.  
 Non atendais tuertos que os fice.

Pues tan buen precio merecen,  
 Que non quise en mi servicio  
 Homes á quien sirven reyes.  
 Si vos desterre, Rodrigo,  
 Fué porque á moros que crecen  
 Desterreis sus fechorias,  
 Y las vuestas alto vuelen.  
 Non vos eche de mi reino  
 Por falsos que vos mal quieren,  
 Si porque en tierras agenas  
 Por vos mi poder se muestre.  
 De Alvar Fañez vuestro primo  
 Recebí vuestro presente,  
 No en feudo vuestro, Rodrigo,  
 Simon como de parientes.  
 Las banderas que gana-teis  
 A sarracenos de atende,  
 Por vuesa mandadería  
 En San Pedro las veredes,  
 La vuesa Jimena Gomez,  
 Que tanto vos quiso siempre,  
 Porque la desmaridé  
 Mil pleitos contra mi tiene.  
 Non escuchéis sus querellas,  
 Quando á mi las enderece,  
 Que á las fembras mas astutas  
 Cualquier enojo las vence.  
 Acudid en su presencia,  
 Que cudo que vos atiende  
 Mas ganosa de vos ver  
 Que vos venides de verme,  
 Que si ma os consejeros  
 Facen oficios que suelen,  
 En cambio de saludarme  
 Atenderedes mi muerte :  
 Non la atendais, home bueno,  
 Ansi os valga san Llorente,  
 Y riñas de por san Juan  
 Sean paz que dure siempre.  
 Prended al cuello los brazos,  
 Que vuestros brazos bien pueden  
 Prender en paz vuestro rey,  
 Pues en guerra cinco prenden. —  
 El rey don Alfonso el Sesto  
 Le dice esto al Cid valiente,  
 Que de lidiar con los moros  
 Victorioso á su rey vuelve.

## XXIV. — (Anónimo.)

Fablando estaba en celada  
 El Cid con la su Jimena  
 Poco antes que se fuese  
 A las lides de Valencia :

(1) A pesar de esta reconciliacion el Cid no volvió á la corte, y el rey retuvo á Jimena y sus hijas en rehenes, como se verá mas adelante.

Por non con ella imitar  
A las mal habladas fembras :  
Como en el suelo por falta  
De las levantadas mesas,  
Y por postre tengo asaltos,  
Que son frutas que me alegran :  
Non desentierro las vidas  
De hombre bueno o muger buca,  
Nin digo si fué fidalgo,  
Nin si ha pechado ó si pecha :  
Non trato sobre comida  
De hacer á nadie ofensa,  
Sinon de si han apretado  
Bien las cinchas á Babieca :  
Non me acuesto imaginando  
Con mentiras quitar tierras,  
Si acaso puedo las gano,  
Y si non, fisco sin ellas,  
Y conquistando el castillo  
Fago pintar en sus piedras  
Las armas del rey Alfonso,  
Y yo humillado á par dellas :  
Lloro, quando estoy á solas,  
La mi consorte Jimena,  
Que finca cual tortolilla  
Sola y triste en tierra agena,  
Que maguer es tierra suya  
Tiene enemigos muy cerca,  
Que pues lo son de su esposo,  
¿ Quién duda lo serán della ?  
Pido justicia, y mis voces  
Cuido fasta el cie o llegan,  
Que como son voces justas  
Non dudo que llegar puedan :  
Aquesto escribe Rodrigo  
A los condes de Consuegra,  
A los fidalgos y ricos,  
Sin honor y sin hacienda.

## XXI. — (Anónimo.)

Ese buen Cid Campeador  
De Zaragoza parba,  
Sus gentes lleva consigo  
Y la su seña tendida  
Para correr á Monzon :  
A Huesca tambien corria,  
A Onda con Almenar  
Estragado los habia.  
El rey Pedro de Aragon  
Muy gran pesar recibia  
Quando supo que el buen Cid  
Tan cerca de si yacia.  
Apellidara sus gentes,  
Muchas son en demasia ;  
Llegado han á Piedra Alta,  
Sus tiendas fincar facia,  
A ojos esta del Cid,

Mas para él no venia.  
El Cid salió de Monzon  
Con doce en su compañía  
A helgarse por el campo  
Armados de buena guisa.  
Los de ese rey de Aragon  
Le tuvieron puesta espia,  
Caballeros eran ciento  
Y cincuenta que á él salian.  
El Cid lidiara con todos,  
Como bueno los vencia :  
Siete son los caballeros  
Y caballos que prendia,  
Los otros huyen del campo  
Que aguardarle no querian :  
Los presos piden merced,  
Que los suelte le pedian,  
El Cid como es muy honrado  
Lo que piden concedia.

## XXII. — (Sepúlveda.)

Adofir de Mudafar  
A Rueda en guarda tenia  
Por el buen rey don Alfonso  
Que conqnerido la habia.  
Almofalas, ese moro,  
Con sobrada maestria  
Metiése dentro el castillo,  
Con él alzado se habia :  
Adofir quando lo supo  
Al rey su mensage envia,  
Pidiéndole su socorro  
Para recobrar la villa.  
El rey envió á Ramiro  
Y á ese conde don Garcia,  
Con muchas gentes armadas  
Que van en su compañía.  
El moro quando lo supo  
Dijo el castillo daría  
A ese buen rey don Alfonso,  
Y que á otro no queria.  
Convidóle á comer  
Por hacelle alexosia  
Allá dentro del castillo :  
El rey temido se habia.  
El infante don Ramiro  
Con el conde en compañía  
Entraron para comer,  
Que ir el rey no queria ;  
Mas luego que entraron dentro  
A entrambos quitan la vida  
Con otros que van con ellos,  
Y al rey mucho le dolia.  
Túvose por deshonrado,  
Y al Cid sus cartas envia,  
Que estaba cerca de allí  
Desterrado de Castilla.

Rodrigo que vió el mensage  
Para el rey luego venia :  
Caballeros fijosdalgo  
Acompañado lo habian :  
Quando lo vido el buen rey  
Su perdon le concedia :  
Contólo lo acontecido,  
Que le vengue le pedia,  
Y que con él se viniese  
A su reino y señoría.  
El Cid le besó las manos  
Por el perdon que le hacia,  
Mas no lo quiso aceptar  
Si el rey no le prometia  
De dar á los fijosdalgo  
Un plazo de treinta dias  
Para alir de la tierra,  
Si algun crimen cometian,  
Y que fasta ser oidos  
Jamás los desterraria.  
Nin querantaria los fueros  
Que sus vasallos tenían,  
Nin menos que los pechase  
Mas de lo que convenia,  
Y que si lo tal ficiese  
Contra él alzarse podian.  
Todo lo promete el rey  
Que nada contradecia,  
Y á Castilla caminado  
Rodrigo el cerco ponía.  
Al moro que tal mal fizo  
Por gran fambre lo prendia,  
Y á todos los mas traidores  
Al rey luego los envia.  
El rey los ha recibido,  
Dellos fizo gran justicia,  
Y mucho agradece al Cid  
El presente que le hacia.

## XXIII. — (Anónimo.) (1)

Ceñid las membrados brazos  
Al cuello que bien os quiere,  
Por ser asaz de tal dueño  
Que mundo otro par no tiene :  
Non rehuyais de abrazarme,  
Que brazos de home tan fuerte  
Desentollescen mis tierras  
Y las de moros tollescen ;  
Facedlo, que bien podeis,  
E cuidá non me manchedes,  
Que aun finca en las vuestas armas  
La sangre mora reciente.  
Non atendais tuertos que os fice.

Pues tan buen precio merecen,  
Que non quise en mi servicio  
Homes á quien sirven reyes.  
Si vos desterre, Rodrigo,  
Fué porque á moros que crecen  
Desterreis sus fechorias,  
Y las vuestas alto vuelen.  
Non vos eche de mi reino  
Por falsos que vos mal quieren,  
Si porque en tierras agenas  
Por vos mi poder se muestre.  
De Alvar Fañez vuestro primo  
Recebi vuestro presente,  
No en feudo vuestro, Rodrigo,  
Sinon como de parientes.  
Las banderas que gana-teis  
A sarracenos de atende,  
Por vuesa mandadería  
En San Pedro las veredes,  
La vuesa Jimena Gomez,  
Que tanto vos quiso siempre,  
Porque la desmaridé  
Mil pleitos contra mi tiene.  
Non escuchéis sus querellas,  
Quando á mi las enderece,  
Que á las fembras mas astutas  
Cualquier enojo las vence.  
Acudid en su presencia,  
Que cudo que vos atiende  
Mas ganosa de vos ver  
Que vos venides de verme,  
Que si ma os consejeros  
Facen oficios que suelen,  
En cambio de saludarme  
Atenderedes mi muerte :  
Non la atendais, home bueno,  
Ansi os valga san Llorente,  
Y riñas de por san Juan  
Sean paz que dure siempre.  
Prended al cuello los brazos,  
Que vuestros brazos bien pueden  
Prender en paz vuestro rey,  
Pues en guerra cinco prenden :  
El rey don Alfonso el Sesto  
Le dice esto al Cid valiente,  
Que de lidiar con los moros  
Victorioso á su rey vuelve.

## XXIV. — (Anónimo.)

Fablando estaba en celada  
El Cid con la su Jimena  
Poco antes que se fuese  
A las lides de Valencia :

(1) A pesar de esta reconciliacion el Cid no volvió á la corte, y el rey retuvo á Jimena y sus hijas en rehenes, como se verá mas adelante.

— Bien sabeis, dice, señora,  
Como las nuevas querencias  
En fe de su voluntad  
Muy mal admiten ausencia;  
Pero piérdese el derecho  
Adonde interviene fuerza,  
Que el servir al rey lo es  
Quien noble sangre semeja.  
Faced en la mi mudanza  
Como tan sesuda fembra,  
Y en vos no se vea ninguna,  
Pues venis de honrada cepa.  
Ocupad las pocas horas  
En catar vuestras haciendas,  
Un punto no esteis ociosa,  
Pues es lo mismo que muerta.  
Guardad vuestros ricos paños  
Para cuando yo dé vuelta,  
Que la fembra sin marido  
Debe andar con gran llaneza.  
Mirad por las vuestras hijas,  
Celadlas; pero no entiendan  
Que algun vicio presumis,  
Porque fareis que lo entiendan:  
No las apartéis un punto  
De junto á vuesa cabeza,  
Que las hijas sin su madre  
Muy cerca están de perderla.  
Sed grave con los criados,  
Agradable con las dueñas,  
Con los extraños sagaz,  
Y con los propios severa.  
Non enseñéis las mis cartas  
A la mas cercana dueña,  
Porque no sepa el mas sabio  
Cómo paso yo las vuestras:  
Mostradlas á vuestras hijas,  
Si non tuvierdes prudencia  
Para encubrir vuestro gozo,  
Que suele ser propio en fembras.  
Si vos consejaren bien,  
Faced lo que vos consejan,  
Y si mal vos consejaren,  
Faced lo que mas convenga.  
Veinte y dos maravedis  
Para cada día os quedan,  
Tratadvos como quien sois,  
Non endureis la despensa:  
Si dineros vos faltaren,  
Faced como no se entienda,  
Enviádmelos á pedir,  
Non empañéis vuestras prendas:  
Buscad sobre mi palabra,  
Que bien fallareis sobre ella  
Quien á vuestra cuita corra,  
Pues yo acudo á las agenas:  
Con tanto, señora, á Dios,  
Que el ruido de armas resuena. —

Y tras un estrecho abrazo  
Ligero subió en Babieca.

XXV. — (Anónimo.)

Apretada está Valencia,  
Puedese mal defender,  
Porque los Almoravides  
No la quieren ayudar.  
Viendo aquesto un moro viejo,  
Que solia adivinar,  
Subiérase á una alta torre  
Para bien la contemplar.  
Cuanto mas la mira hermosa,  
Mas la crece su pesar,  
Sospirando con gran pena,  
Aquesto fue á razonar:  
— ¡ O Valencia! ¡ O Valencia,  
Digna de siempre reinar!  
Si Dios de ti no se duele,  
Tu honra se va apocar,  
Y con ella las holgazanas  
Que nos suelen deleitar:  
Las cuatro piedras caudales  
Do fuiste el muro á sentar,  
Para llorar si pudie- en  
Se querrian ayuntar:  
Tus muros tan preminentes,  
Que fuertes sobre ella están,  
De mucho ser combatidos  
Todos los veo temblar:  
Las torres que las tus gentes  
De lejos suelen mirar,  
Que su alteza ilustre y clara  
Los solia consolar,  
Poco á poco se derriban  
Sin podellas reparar;  
Y las tus blancas almenas,  
Que lucen como el cristal,  
Su lealtad han perdido  
Y todo su bel mirar:  
Tu río tan caudaloso,  
Tu río Guadalquivir,  
Con las otras aguas tuyas  
De madre salido ha:  
Tus arroyos cristalinos  
Turbios ya siempre vendrán,  
Tus fuentes y manantiales  
Todos secado se han:  
Tus verdes huertas victosas  
A ninguno gozo dan,  
Que la raíz de sus yerbas  
Bestias roido las han:  
Tus prados de cien mil flores  
Olores de sí no dan,  
Mustios andan y marchitos,  
Sin calor ni oír están:  
Aquel honrado provecho

De tu playa y de tu mar,  
En deshonra y daño torna,  
¡ Mal te pueda aprovechar!  
Los montes, campos y tierras  
Que tú solias mandar,  
El humo de los sus fuegos  
Tus ojos cegado han:  
Es tan grave tu dolencia  
Y tanta tu enfermedad  
Que los hombres desesperan  
De salud poderte dar.  
¡ O Valencia! ¡ O Valencia!  
Dios te quiera remediar,  
Que muchas veces predije  
Lo que agora veo llorar.

XXVI. — (Sepúlveda.)

Cercada tiene á Valencia  
Ese buen Cid castellano.  
Con los moros que están dentro  
Cada día peleando:  
Muchos ha muerto y prendido  
Y á otros ha cautivado.  
Al real del buen Rodrigo  
Un caballero ha llegado,  
Martin Pelaez ha por nombre,  
Martin Pelaez asturiano;  
Muy ercico es en el cuerpo,  
En los miembros arceciado.  
Aqueste es de buen donaire,  
Pero muy acobardado,  
Halo mostrado en las lides  
Y batallas do se ha hallado.  
Mucho le pesó al buen Cid  
Quando lo vido á su lado,  
No es para vivir con él  
Hombre tan afeminado.  
Un día entrara el buen Cid  
Y con él los sus vasallos  
En batalla con los moros,  
Pelean como esforzados.  
Allá va Martin Pelaez  
Bien armado y á caballo.  
Antes de dar el torneo  
Al real habia tornado,  
Fuése para su posada  
Cubierto y disimulado.  
En ella anduvo escondido  
Hasta que el Cid ha tornado;  
Dejó muertos muchos moros,  
A ellos ganara el campo.  
El Cid se sentó á comer  
Como tiene acostumbrado,  
Solo en su cabo á una mesa  
Y en el su escaño asentado,  
Y en otra sus caballeros,  
Los que tiene por preciados.

Con aquestos nadie come  
Sino los mas afamados,  
Asi lo ordenó el buen Cid  
Por facerlos esforzados,  
Y que cada uno procure  
Facer fechos estimados  
Para comer á la mesa  
De Alvar Fañez y su hermano.  
Bien cuidó Martin Pelaez  
Que non vió el Cid lo pasado,  
Y así las manos se lava,  
A la mesa se ha sentado  
Donde está don Alvar Fañez  
Con la compañía de hourrados.  
El Cid se fué para él  
Y del brazo le ha trabado,  
Diciendo: — Non sois vos tal  
Para en tal mesa sentarvos  
Con estos parientes míos  
A quien vos podais llegarvos:  
Mas valen que yo ni vos,  
Que son buenos y aprobados,  
Sentadvos á la mi mesa,  
Comed comingo á mi plato. —  
Con mengua de entendimiento  
No creyó que es baldonado,  
Asentóse con el Cid  
A su mesa y á su lado,  
Y el Cid con grande cordura  
Esta reprehension le ha dado.

XXVII. — (Anónimo.)

A solas le reprehende  
A Martin Pelaez el Cid,  
Que las faltas de los buenos  
A solas se han de refirir.  
Dícele con rostro airado:  
— ¿ Es posible que fuir  
Pueda un home, siendo noble,  
Por temores de una lid,  
Y mas vos siendo quien sois,  
Viniedo de do venis,  
Que cuando sincárais muerto  
Os fuera honroso el morir?  
Levantéme de la mesa  
Do bocado no comí,  
¡ Qué buena pro me tuviera  
Cuitando en el que vos vi!  
Atended lo que vos digo  
Y non cuideis en fuir,  
Porque fuyendo afrontades  
A vuesa honra y á mí.  
Si me dades por disculpa  
Decir que visteis venir  
Mucha multitud de moros,  
Non la quiero recibir.  
Entraos en la religion

Adonde podreis vivir  
 Sirviendo á Dios, que en las guerras  
 Non sois para lo servir.  
 Pusieraisos á mi lado,  
 Que pudiera ser que allí  
 Se vos quitára el pavor  
 A vuestras menguas cubrir.  
 Salid esta tarde al campo,  
 Que quiero ver si sufris  
 Mas que os afrenten mil homes  
 Que quedar muerto en la lid.  
 Y podrá ser que deis vivo  
 Que yo tengo de ir allí,  
 Y veré lo que facedes  
 Y si de honra sentis.  
 Con esto, Martin, á Dios,  
 Que habeis de yanlar sin mi  
 Hasta que traigais cobrado  
 El honor que yo vos di.

XXVIII. — (Anónimo.)

Corrido Martin Pelaez  
 De lo que el Cid ha sabido,  
 Dello cobró gran vergüenza,  
 Dello está muy ocupado.  
 Fuése para su posada,  
 Triste estaba y muy cuitado  
 Viendo como el Cid ha visto  
 Su cobardia tan claro,  
 Por lo cual no consintió  
 Que coma con los honrados;  
 Propónese ser valiente  
 O de morir en el campo.  
 Otro día salió el Cid,  
 Junto á Valencia ha llegado,  
 Salieron luego los moros  
 A ferir en los cristianos,  
 Llegan denodadamente  
 Con los esfuerzos sobrados.  
 Martin Pelaez fué el primero  
 Que la lid habia entrado,  
 Y firió tan recio en ellos  
 Que á muchos ha derribado;  
 Allí perdió todo el miedo,  
 Muy gran esfuerzo ha cobrado.  
 Peleó valientemente  
 Mientras la lid ha durado,  
 Unos mata y otros hiere,  
 Hizo en ellos grande estrago:  
 Los moros dicen á gritos:  
 — ¿De dó ha venido este diablo?  
 Hasta aquí no le hemos visto  
 Tan valiente y esforzado,  
 A todos nos hiere y mata,  
 Del campo nos ha lanzado.—  
 Por las puertas de Valencia  
 A los moros ha encerrado,

Los brazos hasta los codos  
 En sangre lleva bañados,  
 Ninguno hay tal como el  
 Si no es el Cid afamado.  
 Los moros fueron vencidos,  
 Pelaez se habia tornado,  
 Esperándole es á el Cid  
 Hasta que fuera llegado,  
 Con muy crecido placer  
 Rodrigo lo habia abrazado,  
 Díjole: — Martin Pelaez,  
 Vos sois bueno y esforzado,  
 Non sois tal que mereçais  
 De hoy mas conmigo sentaros,  
 Asentaos con Alvar Fañez  
 Que era mi primo hermano,  
 Y con estos caballeros  
 Que son buenos y estimados,  
 Que los vuestros buenos fechos  
 Siempre serán bien mentados,  
 Screis dellos compañero,  
 Sentaros heis á su lado. —  
 De aquel día en adelante  
 Fizo fechos muy granados  
 De esforzado caballero,  
 Bueno como el maspreciado.  
 Aquí se cumplió el proverbio  
 Entre todos divulgado,  
 Que el que á buen árbol se arrima  
 De buena sombra es tapado.

XXIX. — (Anónimo.)

Partios ende los moros,  
 Non pongais mientes en al,  
 Cuidá de los doloridos  
 Y los muertos sotetrad:  
 Decidles á los cuitados  
 Y á las cuitadas contad,  
 Que el saber nuso en la guerra  
 Es humildoso en la paz;  
 Poned la furia en facer  
 Que me vengan á hablar,  
 Porque les diga mi boca  
 Toda la mi voluntad,  
 Que non quiero sus faciencias  
 Nin se las he de tirar,  
 Nin para mis barraganas  
 Sus fijas he de tomar,  
 Que yo non uso mugeres  
 Sinon la mia natural,  
 Que en San Pedro de Cardeña  
 Yacé agora al mi mandar,  
 Y mándoyos yo, Alvar Fañez,  
 Si he poder de vos mandar,  
 Vais por ella y por mis fijas,  
 Mis fijas otro que tal.  
 Llevad treinta marcos de oro

Con que se puedan guiar  
 Para venir á Valencia  
 A la ver y á la gozar:  
 Llevá otros tantos de plata  
 Para San Pedro y su altar,  
 Y entregadlos á don Sancho,  
 Que ende yace por abad;  
 Y al noble rey don Alfonso,  
 Mi buen señor natural,  
 Llevá doscientos caballos  
 Bien guarnidos al mi usar;  
 Y á los honrados judíos  
 Raquel y Vidas llevá  
 Doscientos marcos de oro.  
 Tantos de plata, y non mas,  
 Que me endonaron prestados  
 Cuando me parti á lidiar  
 Sobre dos cofres de arena  
 Debajo de mi verdad:  
 Rogarles heis de mi parte  
 Que me quieran perdonar,  
 Que con acuita le fice  
 De mi gran necesidad,  
 Que aunque cuidan que es arena  
 Lo que en los cofres está,  
 Quedó soterrado en ella  
 El oro de mi verdad.  
 Pagáles la logrería  
 Que soy tenuto á les dar  
 Del tiempo que su dinero  
 He tenido á mi mandar.  
 Y vos, Martin Antolinez,  
 Le íredes á acompañar,  
 Y las mis buenas venturas  
 A mi Jimena contad.  
 Direis al rey don Alfonso  
 Que me empreste en su lugar,  
 Porque á mi Jimena agrada  
 Mucho el tañer y cantar.—  
 Aquesto dijera el Cid  
 Despues que ya entrado ha  
 En Valencia vitorioso,  
 Pues conquerido la ha.

XXX. — (Anónimo.) (1)

Desterrado estaba el Cid  
 De la corte y de su aldea  
 De Castilla por su rey,  
 Cansado de vencer guerras,  
 Y en las venturosas armas  
 Apenas las manchas secas  
 De la sangre de los moros  
 Que ha vencido en sus fronteras,  
 Y aun estaban los pendones

Tremolando en las almenas  
 De las soberbias murallas  
 Humilladas de Valencia,  
 Cuando para el rey Alfonso  
 Un rico presente ordena  
 De cautivos y caballos,  
 De despojos y riquezas.  
 Todo lo despacha á Búrgos,  
 Y á Alvar Fañez que lo lleva,  
 Para que lo diga al rey  
 Le dice desta manera:  
 — Dile, amigo, al rey Alfonso,  
 Que reciba su grandeza  
 De un fidalgo desterrado  
 La voluntad y la ofrenda,  
 Y que en este don pequeño  
 Solamente tome en cuenta  
 Que es comprado de los moros  
 A precio de sangre buena:  
 Que con mi espada en dos años  
 Le he ganado yo mas tierras  
 Que le dejó el rey Fernando  
 Su padre, que en gloria sea:  
 Que en fendo dello le tome,  
 Y que no juzgue á soberbia  
 Que con parias de otros reyes  
 Pague yo á mi rey mis deudas;  
 Que pues él como señor  
 Me pudo quitar mi hacienda,  
 Bien puedo yo como pobre  
 Pegar con hacienda agena:  
 Y que juzgue que en su dicha  
 Son delante mis enseñás  
 Millaradas de enemigos  
 Como ante el sol las tinieblas:  
 Y espero en Dios que mi brazo  
 Ha de hacello rico, mientras  
 La mano aprieta á Tizona  
 Y el talon fiere á Babieca:  
 Y en tanto mis envidiosos  
 Descansen, mientras les sea  
 Firme muralla mi pecho  
 De su vida y de sus tierras,  
 Y entreténgante en palacio,  
 Y guardense no me vendan,  
 Que del tropel de los moros  
 Soltaré una vez la presa  
 Y llegarán su avenida  
 A ver entre sus almenas;  
 Y defiendan bien sus honras  
 Como manchan las agenas;  
 Y si les diere en los ojos  
 Lo que les dió en las orejas,  
 Verán que el Cid no es tan malo  
 Como son sus obras buenas,

(1) Es al mismo asunto que el de los romances de Sepúlveda: « Ganada tiene á Valencia. »

Y si sirven á su rey  
En la paz como en la guerra  
Mentirosos lisonjeros,  
Con la espada ó con la lengua,  
Y verá el buen rey Alfonso  
Si son de Búrgos las fuerzas  
Los caminos de ladrillo  
O los ánimos de piedra :  
Que le suplico permita  
Se pongan esas banderas  
A los ojos del glorioso  
Mi príncipe de la Iglesia,  
En señal que con su ayuda  
Apenas enhiestas quedan  
En toda España otras tantas,  
Y ya me parto por ellas :  
Y le suplico me envíe  
Mis hijas y mi Jimena,  
Esta alma sola afligida  
Regalada y dulce prenda :  
Que si non mi soledad,  
La suya al menos le duela,  
Porque de mi gloria goce  
Ganada en tan larga ausencia.  
Mirad, Alvaro, no erreis,  
Que en cada razon de aquestas  
Llevais delante del rey  
Mi descargo y mi limpieza.  
Decidlo con libertad,  
Que bien sé que habrá en la rueda  
Quien mis pensamientos mida  
Y vuevas palabras mesmas.  
Procurad que aunque les pese  
A los que mi bien les pesa,  
No lleven mas que la envidia  
De mí, de vos, ni de ellas :  
Y si en mi Valencia amada  
No me halláreis á la vuelta,  
Peleando me hallaredes  
Con los moros de Consuegra.

XXXI. — (Anónimo.)

Llegó Alvar Fañez á Búrgos  
A llevar al rey la empresa  
De cautivos y caballos,  
De despojos y riquezas.  
Entró á besarle la mano,  
Después de darle licencia,  
Y puesto ante él de rodillas  
Este recaudo comienza :  
— Poderoso rey Alfonso,  
Reciba vuesa grandeza  
De un fidalgo desterrado  
La voluntad y la ofrenda.  
Don Rodrigo de Vivar,  
Fuerte muro en tu defensa,  
Por envidia desterrado

De su casa y de su tierra,  
Píde que con libertad  
Hable puesto en su defensa,  
Y así quiero por no errar  
Decir sus palabras mesmas.  
Dice : que este don pequeño  
Tomeis solamente en cuenta,  
Que es ganado de los moros  
A precio de sangre buena :  
Que con su espada en dos años  
Te ha ganado el Cid mas tierras  
Que te dejó el rey Fernando,  
Tu padre, que en gloria sea :  
Que en feudo desto lo tomes,  
Y no juzgues á soberbia  
Que con parias de otros reyes  
El pague á su rey sus deudas ;  
Y pues tú como señor  
Le quitaste su hacienda,  
Que bien puede como pobre  
Pagar con hacienda agena.  
Que fies en Dios y en él  
Que te ha de hacer rico, mientras  
La mano aprieta á Tizona  
Y el talon hiere á Babieca.  
Y que gustes que en San Pedro  
Se pongan estas banderas  
A los ojos del glorioso  
Gran príncipe de la Iglesia  
En señal que con su ayuda  
Apenas enhiestas quedan  
En toda España otras tantas,  
Y ya se parte por ellas.  
Que te suplica le envíes  
Sus hijas y su Jimena,  
Del alma triste afligida  
Regaladas dulces prendas :  
Y si non su soledad,  
La suya al menos te duela,  
Para que su alma goce  
Ganada en tan larga ausencia.  
No quisiera haber errado,  
Que en cada palabra destas  
Te traigo, rey, de Rodrigo  
Su descargo y su limpieza. —  
Apenas dió la embajada  
Cuando la envidia revienta  
De envidiosos lisonjeros  
Y corredores de orejas.  
Movióse un conde agraviado,  
Y dijole al rey : — Tu alteza  
No dé crédito á estas cosas,  
Que son engaños que ceban.  
Querrá ahora el Cid Rodrigo  
Con esto que te presenta  
Venirse á Búrgos mañana  
A confirmar tus ofensas. —  
Caló Alvar Fañez la gorra

Y empuñando en la derecha,  
Tartamudo de corage  
Le dió al conde esta respuesta :  
— Nadie se mude ni hable,  
Y el que se moviere atienda  
Que le fabla el Cid presente,  
Pues yo lo soy en su ausencia :  
Y cuando en mi pobre esfuerzo  
Cupiere alguna flaqueza,  
La gran firmeza del Cid  
Me ayuda desde Valencia :  
No le venda ningun falso  
Ni sus lisonjas le vendan,  
Que dél y de mi, en su nombre,  
No aseguro la cabeza.  
Y tú, rey, que las lisonjas  
Acomodas y aprovechas,  
Haz de lisonjas murallas,  
Y verás como pelean.  
Perdona que con enojo  
Pierdo el respeto á tu alteza,  
Y dame si me has de dar  
Del Cid las queridas prendas :  
A doña Jimena digo,  
Y á sus dos hijas con ella,  
Pues te ofrezco su rescate  
Como si estuvieran presas. —  
Levantóse el rey Alfonso,  
Y á Alvar Fañez pide y ruega  
Que se sosiegue y los dos  
Vayan á ver á Jimena.

XXXII. — (Anónimo.) (1)

« El vasallo dosleale,  
« El desterrado, el traidor,  
« El que non capo en Castilla,  
« Magüer que en ella nació,  
« El aviltado de todos,  
« Y mas que dellos de vos,  
« El que de si non se miembra  
« Por tratar de vuestro pro,  
« El que de vuestros denuedos  
« Ya non se le acuerda, non,  
« Desde Valencia os envia  
« Salud, otórgueosla Dios.  
« Non satisface los tuertos  
« Que le feisteis, señor,  
« Pues dellos ha resultado  
« Vuestro provecho y su honor.  
« Sus maldicientes perdona,  
« Aunque indignos de perdon,  
« Que los divinos secretos  
« Tienen asaz gran fondon,  
« Que por donde el home cuida

« Que amaga su perdicion  
« Viene su pro á las vegadas,  
« ¡ Mirad pues cuán altos son !  
« Yo hablaré de experiencia  
« Que he recibido el favor,  
« Y vos sois en grave parte  
« El instrumento de Dios.  
« En ese arqueton de plata  
« Vos endono un rico don,  
« Estimadlo, Alfonso, en mucho,  
« Que merece estimacion.  
« Cinco coronas van ende  
« Cada con su real pendon,  
« Cinco cetros de oro puro  
« Que de cinco reyes son,  
« Cinco llaves van tambien,  
« Que como á rey y señor  
« Vos entriega el vuestro siervo,  
« Non lo ficiera un traidor.  
« Chantaldas en vuestro escudo,  
« Que non menguareis de honor,  
« Farta sangre asaz me cuesta  
« Su prolija aquisiacion.  
« Non deis nada al mandadero  
« Que ya le he pagado yo,  
« Que es Alvar Fañez Minaya,  
« Un mi sirviente de pro :  
« Conoceide, señor rey,  
« Y fabialde con amor,  
« Ya que yo no he alcanzado  
« Este agasajo de vos,  
« Que el buen fablar en los reyes  
« Cuesta muy poco, señor,  
« Y face vasallos leales,  
« Lo que non face el temor,  
« Que non el temor y amores  
« Comen en un plato, non,  
« Y el temido, pocas veces  
« Fué amado de corazon.  
« Direis que aqueste Rodrigo  
« Siempre fué aconsejador,  
« Y aina os dirán los tiempos  
« Si teneis otro mejor,  
« Que non soy tan mal vasallo  
« Que con muchos como yo  
« Non restaurara de presto  
« Lo que el rey godo perdió,  
« Goceis lo que os doy mil años,  
« Que hoy vos pongo en posesion ;  
« Non quiero para mi nada,  
« Solo escucho vuestro amor,  
« Y que por la mi Jimena,  
« Que es dueña de gran valor,  
« Miredes y por mis hijas :  
« Solo vos pido este don

(1) Es la carta que el Cid remitió á Alfor so con Alvar Fañez acompañando el regalo que tehizo.

- En pago de mis servicios,
- Si merecen galardón,
- Que non vos será afanoso
- Cumplir vuestra obligacion. »

## XXXIII. — (Anónimo.)

Victorioso vuelve el Cid  
A San Pedro de Cardeña  
De las guerras que ha tenido  
Con los moros de Valencia.  
Las trompetas van sonando  
Por dar aviso que llega,  
Y entre todos se señalan  
Los relinchos de Babieca.  
El abad y monjes salen  
A recibirlo á la puerta,  
Dando alabanzas á Dios  
Y al Cid mil enhorabuena.  
Apeöse del caballo,  
Y antes de entrar en la iglesia  
Tomó el pendón en sus manos  
Y dice de esta manera :  
— Sali de ti, templo santo,  
Desterrado de mi tierra,  
Mas ya vuelvo á visitarte  
Acogido en las agenas.  
Desterróme el rey Alfonso  
Porque allá en Santa Gadea  
Le tomé el su juramento  
Con mas rigor que el quisiera.  
Las leyes eran del pueblo,  
Que no escedi un punto dellas,  
Pues como leal vasallo  
Saqué á mi rey de sospecha.  
¡ O envidiosos castellanos,  
Cuan mal pagais la defensa  
Que tuvistes en mi espada  
Eusanchando vuestra cerca !  
Veis aquí os traigo ganado  
Otro reino y mil fronteras,  
Que os quiero dar tierras mias  
Aunque me echéis de las vuestras.  
Pudiera dárselo á estraños,  
Mas pará cosas tan feas  
Soy Rodrigo de Vivar,  
Castellano á las derechas.

## XXXIV. — (Sepúlveda.)

Aquese famoso Cid  
Con gran razón es loado ;  
Ganada tiene á Valencia,  
De moros la ha conquistado :  
En ella esta su muger,  
Fija del conde Lozano,  
Doña Sol y doña Elvira  
Poco ha que habian llegado

De San Pedro de Cardeña  
Do el Cid las habia dejado.  
Estando el Cid á placer  
Nuevas le habian llegado  
Que el gran Miramamolín,  
Rey de Túnez coronado,  
Venía á se la quitar  
Con gran gente de á caballo :  
Cincuenta mil eran estos,  
Los de á pié no tienen cabo.  
El Cid como era valiente  
Y en armas tan aprobado,  
Basteció bien los castillos  
Y en todo puso recaudo ;  
Esforzó sus caballeros  
Como lo habia acostumbrado.  
Subiera á doña Jimena  
Y á sus hijas en su cabo  
En una torre mas alta  
Que en el alcázar se ha hallado.  
Miraron contra la mar,  
Los moros están mirando  
Viendo como armaban tiendas  
A gran priesa y gran cuidado.  
Al rededor de Valencia  
Grandes alaridos dando,  
Tañendo sus atambores  
Los aires van penetrando.  
Doña Jimena y sus hijas  
Gran pavor habian cobrado,  
Porque jamas habian visto  
Tantas gentes en un campo ;  
Esforzábalas el Cid  
De aquesta suerte hablando :  
— No temais, doña Jimena,  
Y hijas que tanto amo,  
Mientras que yo fuere vivo  
De nada tengais cuidado,  
Que los moros que aquí vedes  
Vencidos habrán quedado,  
Y con el su gran haber,  
Hijas, os habré casado :  
Que cuantos mas son los moros  
Mas ganancia habrán dejado ;  
Y las bocinas que traen  
Y ante vos se habian tocado,  
Servirán para la iglesia  
Deste pueblo valenciano. —  
Viendo entonces que los moros  
Por las huertas han entrado  
Berramados y esparcidos  
Sin orden y á mal recaudo,  
A don Alvar Salvadores  
Le oíjo : — Sed luego armado,  
Tomareis doscientos homes  
De á caballo aderezados,  
Y haced una espolonada  
Contra los perros paganos,

Porque Jimena y sus hijas  
Vean que sois esforzado. —  
Salvadores lo cumpliera  
Como el Cid lo habia mandado.  
Dió de tropel en los moros,  
De las huertas los ha echado :  
Firiendo iban en ellos,  
Firiendo van y matando  
Hasta dentro de las tiendas  
Que los moros han armado.  
De allí se tornaron todos  
Doscientos moros matando :  
Preso queda Salvadores,  
Que por ser aventajado  
Se metió tanto en los moros  
Que lo habian cautivado ;  
Sacóle el Cid otro día  
Los moros desbaratando.

## XXXV. — (Sepúlveda.)

Ya se salen de Valencia  
Con el buen Cid castellano  
Sus gentes bien ordenadas,  
Las de á pié y las de á caballo.  
Su seña lleva tendida  
Bermudez el esforzado,  
Por la puerta la Cu'ebra  
Salían todos al campo.  
Don Gerónimo arzobispo  
Delante va bien armado  
Para contra el moro rey  
Miramamolín llamado,  
Que venia contra el Cid  
A le quitar lo ganado.  
Cincuenta mil caballeros  
Trae el moro á su mandado,  
Las haces muy ordenadas  
Ambas se habian juntado ;  
Como los moros son muchos  
Y tan pocos los cristianos  
Tiénelos en grande aprieto,  
Mas el buen Cid ha llegado  
A grandes voces diciendo,  
En Babieca cabalgado :  
« Dios ayuda y Santiago. »  
Firiendo van en los moros,  
Firiendo van y matando.  
Grande favor habia el Cid  
En verse bien cabalgado  
En su caballo Babieca,  
Y el brazo lleva bañado  
En la sangre de los moros  
Fasta el codo ensangrentado ;

No hiere mas de una vez  
Al moro que osa aguardallo.  
Fuido han en fin los moros  
Y el campo les han dejado ;  
Mas yendo en su seguimiento  
Con el rey moro habia dado.  
Tres veces ya lo ha herido,  
Mas el moro es bien armado  
Y el caballo del buen Cid  
Mucho adelante ha pasado,  
Y cuando tornára al moro  
Mucha tierra le ha cobrado,  
No lo pudiera alcanzar,  
En un castillo se ha entrado :  
De las gentes que traía  
Solamente habian quedado  
No mas de mil y quinientos,  
Los mas muerto y cautivado.  
Gran haber hubiera el Cid  
De oro y plata y de caballos,  
Y una tienda la mas rica  
Que se viera entre cristianos.  
A don Alvar Salvadores  
En la tienda lo ha hallado,  
De lo cual se alegró el Cid,  
Y á Valencia se ha tornado,  
Y Jimena con sus hijas  
Gran placer habian tomado.

## XXXVI. — (Anónimo.) (1)

Considerando los condes  
Lo que el de Vivar vale  
Y que su fama se aumenta  
Por las fazañas que face,  
Al rey don Alfonso piden  
Que con sus hijas les case,  
Porque ser yernos del Cid  
Es bien que puede estimarse.  
El rey por facelles bien  
Luego le envió un mensaje  
Que se viniese á Requena  
Para que con él lo trate.  
Rodrigo, vista la nueva,  
Dió dello á Jimena parte,  
Que en tal caso las mugeres  
Suelen ser muy importantes.  
Sabido, no gustó dello  
Y dijo al Cid : — Non me place  
De emparentar con los condes,  
Magüer sean de linage,  
Mas fágase ende, Rodrigo,  
Lo que á vos mas os agrade,  
Que non hay mengua de consejo

(1) Aquí empiezan los romances de los condes de Carrion, con sus bodas y la afrenta hecha á las hijas del Cid, hasta que este los retó por ello ante el rey Alfonso y las córtes.



Do está el rey y vos estades. —  
 Rodrigo partió á Requena,  
 Y tambien el rey se parte  
 Juntamente con los condes,  
 Porque el Cid los vea y fable.  
 Despues de dicha una misa  
 Delante el rey y los grandes  
 Por don Gerónimo obispo  
 Con muchas solemnidades,  
 El rey al Cid apartó  
 De todos los circunstantes,  
 Y estas palabras propuso  
 Con gravadoso semblante :  
 — Bien sabedes, don Rodrigo,  
 Que os tengo amor asaz grande,  
 Y por vuestras cosas cuído  
 Con solicitud bastante :  
 Por ende habeis de saber  
 Que fice aqueste viaje  
 Por hablaros de un negocio  
 Que importa con vos se fable.  
 Los condes de Carrion  
 Me han rogado que vos trate  
 En que les deis vuestras fijas  
 Y que con ellas los case,  
 Que estarán agradecidos  
 Si esta merced se les face,  
 Porque es gran razon se estimen  
 Fijas que son de tal padre.  
 Codician vuesa amistad,  
 Atienden al trato afable,  
 Aman mucho vuestras cosas,  
 Y estiman á vuesa sangre. —  
 Agradeció el Cid entonces  
 Al rey la merced tan grande,  
 Y dijole se sirviese  
 De todo lo que á él tocase,  
 Que dél, de fijas, de haberes  
 Ficiese lo que mandase,  
 Que él no casaba á sus fijas,  
 Mas las da que se las case.  
 Dióle el rey gracias por ello  
 Y mandó les entregasen  
 Ocho mil marcos de plata  
 Para el día en que se casen,  
 Y al tío de las doncellas,  
 Que era el buen don Alvar Fañez,  
 Mandó el rey que las tuviese  
 Hasta que se desposasen.  
 Luego el rey llamó á los condes  
 Y mandó que le besasen  
 Las manos al Cid Ruy Diaz  
 Y le fagan homenaje.  
 Ficiéronlo así los condes  
 Delante el rey y los grandes,  
 Y convidó el Cid á todos  
 Porque en sus bodas se hallen.  
 Partióse el rey á Castilla

Y el de Vivar con él parte  
 Y á dos leguas mandó el rey  
 Que no pasen adelante.  
 Fuése Rodrigo á Valencia  
 Donde quiso se juntasen  
 Los condes y caballeros  
 Porque las bodas se acaben.  
 Cuando el Cid los vido juntos  
 Dijole á don Alvar Fañez  
 Que lo que el rey le mandó  
 Luego al punto efectuase,  
 Que trajese á sus sobrinas,  
 Y que á los condes ó infantes  
 Que llaman de Carrion  
 Al punto las entregase.  
 Diéronselas, y los condes  
 Con amorosas señales  
 Dieron muestras del contento  
 Que deste suceso nace,  
 Porque es tan fuerte el amor  
 Y son sus efectos tales,  
 Que lo publican los ojos,  
 Aunque la lengua lo calle.  
 Fizo el obispo su oficio,  
 Dió bendiciones y paces,  
 Hubo fiestas ocho dias  
 De cañas, toros y halles.  
 Dió grandes dones el Cid  
 A los condes y magnates,  
 Que aquel que es grande en sus fechos  
 Suele ser en todo grande.

## XXXVII. — (Anónimo.)

Acabado de yantar,  
 La faz en somo la mano,  
 Durmiendo está el señor Cid  
 En el su precioso escaño.  
 Guardándole están el sueño  
 Sus yernos Diego y Fernando  
 Y el tartajoso Bermudo,  
 En lides determinado :  
 Fablando están juglerías,  
 Cada cual para hablar paso  
 Y por soportar la risa  
 Puesta la mano en los labios,  
 Cuando unas voces oyeron  
 Que atronaban el palacio  
 Diciendo : — Guarda el leon,  
 Mal muera quien lo ha soltado. —  
 No se turbó don Bermudo,  
 Empero los dos hermanos  
 Con la cuita del pavor  
 De la risa se olvidaron,  
 Y esforzándose las voces  
 En puridad se hablaron,  
 Y aconsejéronse aprisa  
 Que no fuyesen despacio.

## XXXVIII. — (Anónimo.)

El menor, Fernan Gonzalez,  
 Dió principio al fecho malo,  
 En zaga el Cid se escondió  
 Bajo su escaño agachado.  
 Diego, el mayor de los dos,  
 Se escondió á trecho mas largo  
 En un lugar tan lijoso  
 Que no puede ser contado.  
 Entró gritando el gentío  
 Y el leon entró bramando,  
 A quien Bermudo atendió  
 Con el estoque en la mano.  
 Aquí dió una voz el Cid,  
 A quien como por millagro  
 Se humilló la bestia fiera,  
 Humildosa y coleando.  
 Agradecióselo el Cid,  
 Y al cuello le echó los brazos  
 Y llevólo á la leonera  
 Faciéndole mil falagos.  
 Aturdido está el gentío  
 Viendo lo tal, no acatando  
 Que ambos eran leones,  
 Mas el Cid era mas bravo.  
 Vuelto pues á la su sala,  
 Alegre y no demudado,  
 Preguntó por sus dos yernos  
 Su maldad adivinando.  
 Bermudo le respondió :  
 — Del uno os daré recaudo,  
 Que aquí se agachó por ver  
 Si el leon es fembra ó macho. —  
 Allí entró Martin Pelaez,  
 Aquel temido asturiano,  
 Diciendo á voces : — Señor,  
 Albricias, ya lo han sacado. —  
 El Cid replicó : — ¿ A quién ? —  
 Él respondió : — Al otro hermano,  
 Que se sumió de pavor  
 Do no se sumiera el diablo.  
 Miradle, señor, do viene,  
 Empero faceos á un lado  
 Que habeis para estar par dél  
 Menester un incensario. —  
 Desenjaularon al uno,  
 Metieron otro del brazo,  
 Manchados de cosas malas  
 De boda los ricos paños.  
 Movido de saña el Cid  
 A uno y á otro mirando  
 Reventando por hablar  
 Y por callar reventando,  
 Al cabo soltó la voz  
 El soberbio castellano,  
 Y los denuestos les dijo  
 Que vos contaré despacio.

Non quisiera, yernos míos,  
 Haber visto tal guisado  
 Cual el deste mal suceso,  
 Magüer cuidó algun gran daño.  
 ¿ Son estas ropas de bodas ?  
 ¿ Haya mal grado el diablo !  
 ¿ Qué pavor ha sido el vueso  
 Que habeis fecho tal recaudo ?  
 Teniendo las vuestas armas  
 ¿ Porqué fugisteis entrambos ?  
 ¿ Non estábades conmigo  
 Para siquiera mirallo ?  
 Pedisteis al rey mis fijas  
 Cuidando de valer algo,  
 Non fice mi voluntad,  
 Mas fice en el su mandado.  
 ¿ Vosotros sodes los novios  
 Para mi vejez guardados ?  
 ¿ Buena vejez me daredes  
 Siendo tan afeminados !  
 No quiero pasar de aquí,  
 Que si miro lo pasado  
 Reviento de pesadumbre  
 Considerando este caso. —  
 Estas palabras el Cid  
 Les dijo muy enojado  
 Por haber así fuido  
 Del leon los dos hermanos :  
 Agraviáronse los condes,  
 Y con él quedan odiados.

## XXXIX. — (Anónimo.)

Si de mortales heridas  
 Fincare muerto en la guerra,  
 Llevadme, Jimena mia,  
 A San Pedro de Cardaña :  
 Y así buena andanza hayades  
 Que me fagades la huesa  
 Junto al altar de Santiago,  
 Amparo de lides nuevas.  
 Non me curedes plañir,  
 Porque la mi gente buena  
 Viendo que falta mi brazo  
 Non fuya y deje mi tierra.  
 Non vos conozcan los moros  
 En vuestro pecho flaqueza,  
 Sino que aquí griten armas,  
 Y allí me fagan obsequias :  
 Y la Tizona que adorna  
 Esta mi mano derecha  
 Non pierda de su derecho,  
 Ni venga á manos de fembra.  
 Y si permittiere Dios  
 Que el mi caballo Babieca  
 Fincare sin su señor

Y llamare á vuesa puerta,  
Abridle y acaríñadle  
Y dadle racion entera,  
Que quien sirve á buen señor  
Buen galardón dél espera.  
Ponedme de vuesa mano  
El peto, espaldar y grebas,  
Brazal, celada y manoplas,  
Escudo, lanza y espuelas;  
Y puesto que rompe el día  
Y me dan los moros priesa,  
Dadme vuesa bendición  
Y fíncad enhorabuena.—  
Con esto salió Rodrigo  
De los muros de Valencia  
A dar la batalla á Búcar,  
¡Plegue á Dios que con bien vuelva!

## XL. — (Anónimo.)

La venida del rey Búcar  
A la ciudad de Valencia  
Está consultando el Cid  
Con muchos homes de cuenta.  
Estando en aquesta tabla  
Han entrado por la puerta  
Sus yernos disimulando  
La traición que asaz le ordenan.  
Asiento les diera el Cid  
A la su mano derecha,  
Él temblando de atrevido  
Y ellos tiemblan de flaqueza,  
Que los ánimos cobardes  
Carecen de fortaleza.  
En estas fablas estando,  
Toda la gente trae nuevas  
Con cajas, pífanos, trompas,  
De como los moros llegan.  
Subióse el Cid con los suyos  
A una torre tan soberbia  
Como son sus pensamientos  
Que igualan á las estrellas.  
Puesto de pechos el Cid  
En las soberbias almenas,  
Miraba al rey que ha llegado  
Con el ejército y tiendas,  
De que sus cobardes yernos  
Ya se temen y recelan.  
El Cid ha sido avisado  
Que un recaudo del rey llega,  
Bajóse por recibillo  
Sin bajar su fortaleza.  
A las razones del moro  
Atiende el Cid con prudencia  
Y turbado de su aspecto  
Le dice desta manera:  
— El rey Búcar, mi señor,  
Ha venido de su tierra

A deshacer el gran tuerto  
Con que tú le tienes esta.  
Enviatela á pedir,  
Y en viendo que no la dejas  
Te apercibe á la batalla  
Y procura defendella.—  
Oídas estas razones  
No haciendo dellas cuenta,  
Alegre responde el Cid,  
Mostrando mucha clemencia:  
— Dile al rey que se aperciba,  
Que yo pondré mi defensa;  
Valencia me cuesta mucho  
Y no pienso salir della,  
Porque he pasado en ganalla  
Muy grandes cultas y penas.  
Gracias infinitas doy  
A la infinita grandeza  
Que me otorgó la vitoria  
En tan peligrosa guerra;  
A solo Dios lo agradezco,  
Y á la sangre y gente buena  
De mis parientes y amigos,  
Que también mucho les cuesta.  
El moro se despidió  
Cobarde en ver su presencia,  
Y temeroso de oírle  
Al rey le lleva la nueva.  
El Cid se queda ordenando  
Cosas sobre esta hacienda,  
Y conoció de sus yernos  
La cobardía que encierran.  
Mandóles que se quedasen  
Porque no prueben sus fuerzas:  
Ellos temerosos desto,  
Corridos de tal afrenta,  
Le dicen que han de ir con él  
A tan peligrosa empresa.  
Juntas las gentes del Cid  
Sus haces trazan y ordenan,  
Todos salen al real  
Y el Cid con tanta braveza,  
Que los moros temerosos  
Sus haces juntan apriesa.  
Al son de pífano y cajas  
La batalla se comienza,  
Animándolos Rodrigo  
Que lleva la delantera;  
Con su gente puesta en orden  
La batalla le presenta.  
Embistense ambas las partes,  
Y en la batalla sangrienta  
Diez y ocho reyes prende,  
Y á todos ellos prendiera,  
Mas poniendo á los pies alas  
Desembarazan la tierra,  
Y aunque costó mucha sangre  
Durando tan grande pieza,

La vitoria llevó el Cid  
Y con ella entró en Valencia.  
Recibiólo la ciudad  
Con aplauso y buena estrena,  
Deséanle mil saludes  
Para su amparo y defensa,  
Y él contento y muy alegre  
Se va á ver á su Jimena.

## XLI. — (Sepúlveda.)

En batalla temerosa  
Andaba el Cid castellano  
Con Búcar, ese rey moro,  
Que contra el Cid ha llegado  
A le ganar á Valencia  
Que el buen Cid ha conquistado.  
Los condes de Carrion  
En ella se hablan hallado,  
Y contra un infante de ellos,  
Fernán González llamado,  
Un moro viene corriendo  
Con fuerte lanza en su mano;  
Fuerte muestra el moro ser,  
Segun viene denodado.  
El conde que vido al moro  
Huyendo va por el campo:  
No lo había visto ninguno  
Para que sea publicado,  
Si no fuera don Ordoño,  
Escudero es muy honrado,  
Que del buen Cid es sobrino,  
De Pedro Bermudo hermano.  
Ordoño fué contra el moro,  
Con su lanza lo ha encontrado,  
Y firiéndolo en los pechos  
Pasólo de lado á lado,  
El pendón que va en la lanza  
Todo sale ensangrentado:  
El moro cayera muerto,  
Don Ordoño se ha apeado  
Y el caballo que traía  
Con las armas le ha tomado.  
Llamó á su cuñado el conde,  
Esto le estaba hablando:  
— Cuñado Fernán González,  
Tomad vos este caballo,  
Decid que al moro matasteis  
Que en él venia cabalgando,  
Que en días que yo viviere  
Non diré yo lo contrario,  
Non haciendo vos porqué,  
Siempre se estará encelado.—  
Estando en estas razones  
El buen Cid había llegado,

A un moro venia signiendo  
Y muerto lo ha derribado.  
Don Ordoño dijo al Cid:  
— Señor, este yerno honrado,  
Que por bien os ayudar  
Un moro mató en el campo  
De un golpe que le dió,  
Suyo fizo este caballo.—  
Mucho le plugo al buen Cid  
De lo que le había contado,  
Cuidando decir verdad  
Mucho á su yerno ha loado.  
Juntos van por la batalla,  
Firiendo van y matando,  
Y en moros que los aguardan  
Haciendo van grande estrago.

## XLII. — (Lope de Vega.) (1)

Tirad, fidalgos, tirad  
A vuestro troton el freno,  
Que en fuir de aquese modo  
Mostrais el pavor del pecho.  
De un home solo fuis,  
Mirad que no es de homes buenos  
Fuir en tal lid de un moro  
Donde hay tantos que lo vieron.  
Si non queredes morir  
Como buen fidalgo á fierro,  
Non vivais entre fidalgos  
Que fíncan continuo muertos.  
Tornadvos luego á Valencia,  
Que si non faceis mas qu'eso  
También saldrán á lidiar  
Las damas que quedan dentro.  
Mal andanza vos dé Dios,  
Pues con aspecto tan feo  
Así en público fuis,  
¿Qué vos dirán en secreto?  
Mala doctrina tomastes  
De mi tío vuestro suegro,  
Pues non mancháis la Tizona  
Deshonrando el honor viejo.  
Decides que sois fidalgos,  
Pues yo vos juro á San Pedro  
Que tales desaguisados  
Non facen fidalgos buenos.  
Las armas traeis doradas,  
Non las regaleis, mancebos,  
Porque son fierros dorados  
Que publican vuestros yerros.  
Tomad aquese caballo  
Del moro que yace muerto,  
Y decid que le vencistes,  
Que de callar os prometo.

(1) Al mismo asunto del anterior.

Y llamare á vuesa puerta,  
Abridle y acariñadle  
Y dadle racion entera,  
Que quien sirve á buen señor  
Buen galardón dél espera.  
Ponedme de vuesa mano  
El peto, espaldar y grebas,  
Brazal, celada y manoplas,  
Escudo, lanza y espuelas;  
Y puesto que rompe el día  
Y me dan los moros priesa,  
Dadme vuesa bendición  
Y fíncad enhorabuena.—  
Con esto salió Rodrigo  
De los muros de Valencia  
A dar la batalla á Búcar,  
¡Plegue á Dios que con bien vuelva!

## XL. — (Anónimo.)

La venida del rey Búcar  
A la ciudad de Valencia  
Está consultando el Cid  
Con muchos homes de cuenta.  
Estando en aquesta tabla  
Han entrado por la puerta  
Sus yernos disimulando  
La traición que asaz le ordenan.  
Asiento les diera el Cid  
A la su mano derecha,  
Él temblando de atrevido  
Y ellos tiemblan de flaqueza,  
Que los ánimos cobardes  
Carecen de fortaleza.  
En estas fablas estando,  
Toda la gente trae nuevas  
Con cajas, pífanos, trompas,  
De como los moros llegan.  
Subióse el Cid con los suyos  
A una torre tan soberbia  
Como son sus pensamientos  
Que igualan á las estrellas.  
Puesto de pechos el Cid  
En las soberbias almenas,  
Miraba al rey que ha llegado  
Con el ejército y tiendas,  
De que sus cobardes yernos  
Ya se temen y recelan.  
El Cid ha sido avisado  
Que un recaudo del rey llega,  
Bájose por recibillo  
Sin bajar su fortaleza.  
A las razones del moro  
Atiende el Cid con prudencia  
Y turbado de su aspecto  
Le dice desta manera:  
— El rey Búcar, mi señor,  
Ha venido de su tierra

A deshacer el gran tuerto  
Con que tú le tienes esta.  
Enviatela á pedir,  
Y en viendo que no la dejas  
Te apercibe á la batalla  
Y procura defendella.—  
Oídas estas razones  
No haciendo dellas cuenta,  
Alegre responde el Cid,  
Mostrando mucha clemencia:  
— Dile al rey que se aperciba,  
Que yo pondré mi defensa;  
Valencia me cuesta mucho  
Y no pienso salir della,  
Porque he pasado en ganalla  
Muy grandes cultas y penas.  
Gracias infinitas doy  
A la infinita grandeza  
Que me otorgó la vitoria  
En tan peligrosa guerra;  
A solo Dios lo agradezco,  
Y á la sangre y gente buena  
De mis parientes y amigos,  
Que también mucho les cuesta.  
El moro se despidió  
Cobarde en ver su presencia,  
Y temeroso de oírle  
Al rey le lleva la nueva.  
El Cid se queda ordenando  
Cosas sobre esta hacienda,  
Y conoció de sus yernos  
La cobardía que encierran.  
Mandóles que se quedasen  
Porque no prueben sus fuerzas:  
Ellos temerosos desto,  
Corridos de tal afrenta,  
Le dicen que han de ir con él  
A tan peligrosa empresa.  
Juntas las gentes del Cid  
Sus haces trazan y ordenan,  
Todos salen al real  
Y el Cid con tanta braveza,  
Que los moros temerosos  
Sus haces juntan apriesa.  
Al son de pífano y cajas  
La batalla se comienza,  
Animándolos Rodrigo  
Que lleva la delantera;  
Con su gente puesta en orden  
La batalla le presenta.  
Embistense ambas las partes,  
Y en la batalla sangrienta  
Diez y ocho reyes prende,  
Y á todos ellos prendiera,  
Mas poniendo á los pies alas  
Desembarazan la tierra,  
Y aunque costó mucha sangre  
Durando tan grande pieza,

La vitoria llevó el Cid  
Y con ella entró en Valencia.  
Recibiólo la ciudad  
Con aplauso y buena estrena,  
Deséanle mil saludes  
Para su amparo y defensa,  
Y él contento y muy alegre  
Se va á ver á su Jimena.

## XLI. — (Sepúlveda.)

En batalla temerosa  
Andaba el Cid castellano  
Con Búcar, ese rey moro,  
Que contra el Cid ha llegado  
A le ganar á Valencia  
Que el buen Cid ha conquistado.  
Los condes de Carrion  
En ella se hablan hallado,  
Y contra un infante de ellos,  
Fernán González llamado,  
Un moro viene corriendo  
Con fuerte lanza en su mano;  
Fuerte muestra el moro ser,  
Segun viene denodado.  
El conde que vido al moro  
Huyendo va por el campo:  
No lo había visto ninguno  
Para que sea publicado,  
Si no fuera don Ordoño,  
Escudero es muy honrado,  
Que del buen Cid es sobrino,  
De Pedro Bermudo hermano.  
Ordoño fué contra el moro,  
Con su lanza lo ha encontrado,  
Y firiéndolo en los pechos  
Pasólo de lado á lado,  
El pendón que va en la lanza  
Todo sale ensangrentado:  
El moro cayera muerto,  
Don Ordoño se ha apeado  
Y el caballo que traía  
Con las armas le ha tomado.  
Llamó á su cuñado el conde,  
Esto le estaba hablando:  
— Cuñado Fernán González,  
Tomad vos este caballo,  
Decid que al moro matasteis  
Que en él venia cabalgando,  
Que en días que yo viviere  
Non diré yo lo contrario,  
Non haciendo vos porqué,  
Siempre se estará encelado.—  
Estando en estas razones  
El buen Cid había llegado,

A un moro venia signiendo  
Y muerto lo ha derribado.  
Don Ordoño dijo al Cid:  
— Señor, este yerno honrado,  
Que por bien os ayudar  
Un moro mató en el campo  
De un golpe que le dió,  
Suyo fizo este caballo.—  
Mucho le plugo al buen Cid  
De lo que le había contado,  
Cuidando decir verdad  
Mucho á su yerno ha loado.  
Juntos van por la batalla,  
Firiendo van y matando,  
Y en moros que los aguardan  
Haciendo van grande estrago.

## XLII. — (Lope de Vega.) (1)

Tirad, fidalgos, tirad  
A vuestro troton el freno,  
Que en fuir de aquese modo  
Mostrais el pavor del pecho.  
De un home solo fuis,  
Mirad que no es de homes buenos  
Fuir en tal lid de un moro  
Donde hay tantos que lo vieron.  
Si non queredes morir  
Como buen fidalgo á fierro,  
Non vivais entre fidalgos  
Que fíncan continuo muertos.  
Tornadvos luego á Valencia,  
Que si non faceis mas qu'eso  
También saldrán á lidiar  
Las damas que quedan dentro.  
Mal andanza vos dé Dios,  
Pues con aspecto tan feo  
Así en público fuis,  
¿Qué vos dirán en secreto?  
Mala doctrina tomastes  
De mi tío vuestro suegro,  
Pues non mancháis la Tizona  
Deshonrando el honor viejo.  
Decides que sois fidalgos,  
Pues yo vos juro á San Pedro  
Que tales desaguisados  
Non facen fidalgos buenos.  
Las armas traeis doradas,  
Non las regaleis, mancebos,  
Porque son fierros dorados  
Que publican vuestros yerros.  
Tomad aquese caballo  
Del moro que yace muerto,  
Y decid que le vencistes,  
Que de callar os prometo.

(1) Al mismo asunto del anterior.

Galanes sois entre damas,  
Sed valientes entre perros,  
Porque non digan de vos  
A los que os han parentesco :  
Y á Dios, que quiero partirme,  
Porque el Cid mi tío es viejo,  
Y le quiero ir á ayudar,  
Pues no le ayudan sus yernos. —  
Esto dijo el buen Bermudez  
Porque el infante don Diego  
En la vega de Valencia  
Fuyó de un moro gran trecho.

## XLIII. — (Anónimo.) (1)

Helo, helo por do viene  
El moro por la calzada,  
Caballero á la gineta  
Encima una yegua baya,  
Borceguies marroquies  
Y espuela de oro calzada,  
Una adarga ante los pechos  
Y en su mano una azagaya,  
Mira y dice á esa Valencia :  
— De mal fuego seas quemada,  
Primero fuiste de moros  
Que de cristianos ganada.  
Si la lanza no me miente,  
A moros serás tornada,  
Y á aquel perro de aquel Cid  
Prenderé por la barba,  
Su muger doña Jimena  
Será de mi captivada,  
Y su hija Urraca Hernandez  
Será la mi enamorada,  
Después de yo harto della  
La entregaré á mis compañas. —  
El buen Cid no está tan lejos  
Que todo no lo escuchara.  
— Venid vos acá, mi fija,  
Mi fija doña Urraca,  
Dejad las ropas continas  
Y vestid ropas de Paseua,  
A aquel moro hi de perro  
Detiénemelo en palabras,  
Mientras yo ensillo á Babieca  
Y me ciño la mi espada.  
La doncella muy fermosa  
Se paró á una ventana,  
El moro desde la vido  
Esta suerte le hablara :  
— Alá te guarde, señora,  
Mi señora doña Urraca.

(1) Es por antigüedad y popularidad uno de los más interesantes que se hallan en la colección.

— Así faga á vos, señor,  
Buena sea vuestra llegada.  
Siete años ha, rey, siete,  
Que soy vuestra enamorada.  
— Otros tantos ha, señora,  
Que os tengo dentro en mi alma. —  
Ellos estando en aquesto  
El buen Cid ya se asomaba.  
— A Dios, á Dios mi señora,  
La mi linda enamorada,  
Que del caballo Babieca  
Yo bien oigo la patada. —  
Do la yegua pone el pié  
Babieca pone la pata.  
El Cid hablara al caballo,  
Bien oíreis lo que hablaba :  
— Reventar debía la madre  
Que á su hijo no esperaba. —  
Siete vueltas la rodea  
Al derredor de una jara,  
La yegua que era ligera  
Muy adelante pasaba  
Fasta llegar cabe un río  
Adonde una barca estaba ;  
El moro desde la vido  
Con ella bien se folgaba,  
Grandes gritos da al barquero  
Que le allegase la barca :  
El barquero es diligente,  
Túvosela aparejada,  
Embarcóse presto en ella,  
Que no se detuvo nada.  
Estando el moro embarcado  
El buen Cid se llegó al agua,  
Y por ver al moro en salvo  
De tristeza reventaba,  
Mas con la furia que tiene  
Una lanza le arrojaba,  
Y dijo : Coged, mi yerno,  
Arrecogedme esa lanza,  
Que quizá tiempo verná  
Que os será bien demandada.

## XLIV. — (Anónimo.) (2)

De concierto están los condes  
Hermanos Diego y Fernando,  
Afrentar quieren al Cid,  
Y han muy gran traicion armado.  
Quieren volverse á sus tierras,  
Sus mugeres demandando,  
Y luego les dice el Cid,  
Cuando las hubo entregado :  
— Mirad, yernos, que tratades

(2) Con pocas variantes es el mismo que más modernizado se halla en el *Romancero del Cid*.

El Cid al rey se ha quejado.  
El rey como aquesto vido,  
Tres córtés había armado.

## XLV. — (Anónimo.)

En las malezas de un monte  
Desnudas por gran traicion,  
Dos soles contempla el mundo  
Doña Elvira y doña Sol,  
Hijas de Jimena Gomez  
Y del buen Cid Campeador,  
Regalo del alma suya  
Y prendas del corazón.  
Allí en la blanca azucena  
Muestra el lirio su color,  
Y en dos albas claras bellas  
La grana por arrebol :  
Dos cielos que llueven perlas  
Y estrellas dan al licor,  
Y entre aljófar y corales  
Esta vez forma el dolor :  
¡Ay duro roble!  
¡Ay soledad! ¡ay breña!  
¡Ay quien del mundo fia! cómo sueña?  
— ¡Ay, alevos condes, dicen,  
Cuán ciegos en vuestro error  
Dejais presas nuestras manos,  
Sueltas las del vengador!  
¡Ay famoso Cid! tus obras  
Ganadas con tu valor,  
Hoy en duros robles mueren  
A manos del desamor.  
Mil baluartes y muros  
Ha derribado el temor  
De tu brazo, á quien ultrajan  
Las chozas de Carrion.  
¡Espanto de mil traiciones!  
Ya dirá el mundo traidor  
Que se le atreven los condes  
Al que es de reyes señor :  
¡Ay duro roble, etc.  
¡Ay honor, prenda del alma!  
Decidle al Cid que os ganó  
Entre lanzas de dos hierros  
Que en uno solo os perdió.  
Id luego, no vais agora,  
Pero no lo hareis vos, no,  
Que aborreceis á desnudos  
Y á deshonrados mejor.  
Id, pues que sois tan altivo,  
Decid al rey en Leon  
Que se duela cuando os mire  
O que os vuelva cual os vió :  
Y en tanto destas montañas  
Con tierna lamentacion  
Volveremos de las fieras  
En piedad dulce el rigor.

*Ay duro roble!*  
*¡Ay soledad! ¡Ay breña!*  
*¡Ay! quien del mundo fia ¡cómo sueña!*

XLVI. — (Anónimo.)

Al cielo piden justicia  
 De los condes de Carrion  
 Ambas las hijas del Cid  
 Doña Elvira y doña Sol.  
 A sendos robles atadas  
 Dan gritos que es compasión,  
 Y no las responde nadie  
 Sino el eco de su voz.  
 El menosprecio y afrenta  
 Sienten, que las llagas non,  
 Que es dolor á par de muerte  
 En la muger un baldon.  
 Tal fuerza tiene consigo  
 La verdad y la razon,  
 Que hallan en los montes gentes  
 Y en las fieras compasion.  
 A los lamentos que hacen,  
 Por allí pasó un pastor,  
 Por donde no puso pié  
 Cosa humana, si ahora non.  
 Danle voces que se acerque,  
 Y él non osa de pavor,  
 Que son hijos de ignorancia  
 El empacho y el temor.  
 — Por Dios te rogamos, home,  
 Que hayas de nos compasion,  
 Asi tus ganados vayan  
 Siempre de bien en mejor,  
 Nunca les falten las aguas  
 En el estío y calor,  
 Las yerbas no se les sequen  
 Con la helada y con el sol,  
 Tus ternos fijuelos veas  
 Criados en bendicion,  
 Y peines tus blancas canas  
 Sin dolencia y sin lesion;  
 Que desates nuestras manos,  
 Pues que las tuyas non son  
 Como las que nos ataron  
 De malicia y de traicion. —  
 Estando en estas palabras,  
 El buen Ordoño llegó  
 En hábito de romero.  
 De orden del Cid su señor:  
 Prestamente las desata  
 Disimulando el dolor.  
 Ellas que no conocieron  
 Juntas lo abrazan las dos;  
 Llorando les dice: — Primas,

Secretos del cielo son,  
 Cuya voz y cuya causa  
 Está reservada á Dios.  
 No tuvo la culpa el Cid  
 Que el rey se lo aconsejó;  
 Mas buen padre teneis, dueñas,  
 Que vuelva por vuestro honor.

XLVII. — (Anónimo.)

Atended á la mi fabla,  
 Alevs yernos del Cid,  
 Cobardes como traidores,  
 Que siempre es cobarde un vil.  
 ¿Homes buenos sois vosotros?  
 Non sois, si canalla ruin,  
 Que el Cid en sus fechorias  
 Da demonstracion de sí.  
 Non fuyais, alevs condes,  
 Que non vos valdrá el fuir,  
 Que es águila la venganza  
 Cuando el agravio es neblí.  
 Un home solo os va en zaga,  
 Non fuyais, facelde huir,  
 Mas es la razon gigante  
 Que se acompaña con mil.  
 Volved, que non me desmayan  
 Las espadas que ceñis,  
 Que el Cid las cubrió de sangre,  
 Pero vosotros de orin.  
 Sus dos fijas le azotasteis;  
 Pero fué tuerto, que al fin  
 Al Cid ofendeis y á Dios,  
 Al rey Alfonso y á mí:  
 Todos cuatro son leones,  
 Y mas bravos, si advertis,  
 Que tomarán la venganza  
 Sin pasta ni menjui. —  
 Desta suerte á los infantes,  
 Dando rienda á su rocín,  
 Los sigue el valiente Ordoño,  
 El buen sobrino del Cid.

XLVIII. — (Anónimo.)

No con poco sentimiento  
 Mira á los condes infames  
 Entre unas ramas oculto  
 El cuidadoso Alvar Fañez (1).  
 Al mandato de su tío  
 Obedece, porque sabe  
 Que las sospechas dudosas  
 Suelen engendrar verdades.  
 Viendo desnudas sus primas  
 A la inclemencia del aire

Amarradas á dos robles  
 Así empezó á lamentarse:  
 — ¡Cómo es que así se trate  
 La honra de mi tío y vuestro padre! —

No quiso llegar á ellas  
 Mientras los dos miserables  
 Al peregrino sucesos  
 Dieron fin para ausentarse.  
 Bien se atreviera á los dos  
 Y á ciento de su linage,  
 Si no fuera en guarda suya  
 Una gran cuadrilla infame;  
 Y viendo que estaban solas,  
 Triste ante sus ojos parte,  
 Que es propio en un pecho noble  
 Cuando no puede vengarse.  
 Al cielo vuelve los ojos  
 Reventando de corage,  
 Y dice, mirando atento  
 De sus primas las señales:

— ¡Cómo es que así se trate, etc.

Si vuestra honra es la mia,  
 No es bien honrado me llame  
 Si no gano como fuerte  
 Lo que boy pierdo por cobarde.  
 Entended, alevs condes,  
 Que á mi tío no afrentastes,  
 Ni que se mancha tal paño  
 Con cuatro gotas de sangre.  
 No puede, aunque fué en dos primas,  
 Afrenta aquesta llamarse,  
 Si el Cid que el baldon recibe  
 No lo escucha ni lo sabe;  
 Mas desátentov mis manos,  
 Que del recibido ultrage  
 Venganza nos dará el cielo,  
 Si yo no fuere bastante:

¡Cómo es que así se trate, etc.

Con su capa las cubria  
 Que están desnudas al aire,  
 Mientras la noche vecina  
 Su manto piadoso esparce.  
 A la choza de un pastor  
 Vinieron á repararse,  
 Que á veces pueden humildes  
 Hacer merced á los grandes.  
 En esto amaneció el dia,  
 Y el pastor corriendo parte  
 A dar las nuevas al Cid,  
 Y así replica Alvar Fañez:  
 — ¡Cómo es que así se trate  
 La honra de mi tío y vuestro padre!

XLIX. — (Anónimo.)

Elvira, soítá el puñal,  
 Doña Sol, tiradvos fuera,  
 Non me tengades el brazo,

Dejadme, doña Jimena.  
 Non me tollais el rencor,  
 Que me empacha la vergüenza  
 Que todas mis fechorias  
 Manchen mis suertes siniestras.  
 ¿A mis fijas, falsos condes,  
 Y á mis acatadas dueñas,  
 Canes, faceis tales tuertos,  
 Tenudas en lueñas tierras?  
 ¿A mi, que vos di humildoso  
 Mis fijas cuando os las diera  
 De mil pulidas garnachas  
 Guarnidas y ricas prendas?  
 Endonévos mis espadas,  
 Lo mejor de mi hacienda,  
 Y en dos mil maravedía  
 Me empeñára yo en Valencia;  
 Cadenas de oro de Arabia  
 Con buenos ingenios fechas,  
 Que en la su mandadería  
 Me enviára el rey de Persia;  
 Caballos os di ruanos,  
 Y para en plaza seis yeguas,  
 Sendas capas de conray  
 Con los aforros de felpa;  
 ¿Y en pago de mis fiducias,  
 Y en pago de mis recuestas  
 Me las enviades, condes,  
 Azotadas sin vergüenza,  
 Sus albos cuerpos desnudos,  
 Ligadas sus manos bellas,  
 Sus crenchas desmelenadas,  
 Sus tristes carnes abiertas?  
 Voto hago al Pescador  
 Que gobierna nuestra Iglesia,  
 Y mal grado haya con él  
 Cuando le fable en Cardeña,  
 Si en Fromesta y Carrion,  
 Torquemada y Valenzuela,  
 Villas de vuestros condados,  
 Queda piedra sobre piedra.  
 Antolinez testimonio,  
 Pelaez vino con ellas;  
 Yo vos pondré la caluña  
 Tal que atemorice en vella:  
 Que con ella y mi razon,  
 Ellos y sus parentelas  
 Han de fincar á mis manos,  
 A mis agravios desfechas.  
 Camperos tiene el buen rey  
 Que vos apañen y prendan;  
 Fágame justicia en todo  
 Y tendré mi espada queda. —  
 Esto fabió y dijo el Cid,  
 Y cabalgando en Babieca  
 Partió de Valencia á Burgos  
 A dar al rey su querella.

(1) En este romance se pone á Alvar Fañez en lugar de Ordoño que se halla en otros.

## L. — (Anónimo.)

Lloraba doña Jimena  
A sus solas con el Cid  
La afrenta de sus dos hijas,  
Y así comenzó á decir:  
— ¿Cómo es posible, señor,  
Siendo temido en la lid,  
Que os afrontasen dos homes,  
No siendo bastantes mil?  
Y si aquesto no vos duele,  
Ved que á mi padre perdi  
Por ser vos tan vengativo  
En las cosas que sentís.  
Considerad vuestras hijas,  
Aquesas que yo parí,  
Que non son hijas prestadas,  
Sinon de vos y de mí.  
Es bien que aquesto miredes,  
Y que esa gente ruin  
Non se atreva á hacer tal  
Sabiendo que sois el Cid,  
Pues no faltarán salida  
Para poderse eximir.  
Si es bien que aquesto sintades  
Farto os he dicho, sentid.

## LI. — (Anónimo.)

Despues que una fiesta fizo  
Al santo y divino Pedro  
Aquel que africanos moros  
Pagaron tributo y pecho,  
Hizo una junta en su casa  
De parientes y homes buenos,  
Y como juntos los vido  
El buen Cid les dijo aquesto:  
— Bien sabeis, amigos míos,  
La fazaña de mis yernos:  
¡Bien me pagaron las obras  
Que en Valencia hice por ellos!  
Con riendas me las pagaron,  
No teniendo rienda en ellos  
De ponellas en mis hijas  
Azotadas en desiertos:  
Y agora el rey de Leon  
Dice por su mandadero  
Que dentro de treinta dias  
Tengo de estar en Toledo.  
Así vos suplico y pido,  
Aunque no es menester ruegos  
Para amigos tan leales  
Teniendo fidalgos pechos,  
Non se fable allá en las córtes,  
Nio perdamos el respeto  
Al rey, que non es razon,  
Juzgando bien y derecho.  
Non se descomida nadie

Non hablando en nuestros fechos,  
Que yo pondré la demanda  
De lo que les di primero,  
La hacienda, plata y oro,  
Las espadas amen d'eso,  
Y pedire el desacato  
Que á mis hijas les ficeron.

## LII. — (Anónimo.)

Asida está del estribo  
La noble Jimena Gomez,  
Y en tanto que al Cid le habla,  
El Cid su gaban compone.  
— Mirad, le dice, señor,  
Que la sangre de aquel conde  
Que matasteis bueno á bueno  
Que la vengueis como noble.  
A las córtes vais, buen Cid,  
Y á lo que os lleva á la corte  
Ha de dar corte la espada,  
Porque no tiene otro corte.  
Al rey habrán prevenido  
Y á sus amigos, los condes,  
Que es de cobardes muy propio  
Socorrerse de invenciones.  
No aceteis del rey Alfonso  
Escusas, ruegos ni dones,  
Que mal se cubre una injuria  
Con afeite de razones.  
Considerad vuestras hijas  
Amarradas á dos robles,  
De quien hoy tiemblan las hojas  
Condolidas de sus voces;  
Y mirad que aquella ofensa  
Contra mí fecha en el monte,  
Descubre en vos las señales,  
Y en mis hijas los azotes.  
Dios os guarde donde vades,  
Que son los competidores  
Cruelles como cobardes,  
Como cobardes traidores.  
Yo sé bien que vais seguro,  
Si no fuere de traiciones,  
Que atrevidos con mugeres  
Nunca lo son con los hombres.  
No entreis, señor, en batalla,  
Que menguáis vuestros blasones  
Honrando con vuesa espada  
Una sangre tan enorme.  
El que venció á tantos reyes  
No se iguale á aquestos homes,  
Que relinchos de Babieca  
Han vencido otros mejores.  
Cobrad vuestras dos espadas  
Para Bermudo y Ordoñez,  
Que ellos pondrán en sus filos  
El uso de vuestros golpes.

Sacaré del fuego mio  
La Tizona los tizonos,  
Y la famosa Colada  
La mancha de mis pasiones.  
Por mi aviso y vuesa mano  
Que á mi venganza se ponen,  
Desde luego la esperanza  
Me promete alegres dones.  
— Así suceda, Jimena, —  
El famoso Cid responde,  
Y abajando la cabeza  
Picó á Babieca y partióse.

## LIII. — (Anónimo.) (1)

Recibiendo el alborada  
Que viene á alegrar la tierra  
Tocaban á recoger  
Seis clarines por Valencia.  
Don Rodrigo de Vivar,  
El buen Cid, su gente apresta  
Para partir á Toledo,  
Que á córtes el rey le espera.  
Ya la plaza del palacio  
Está de gente cubierta,  
De escuderos y fidalgos  
Esperando que el Cid venga.  
El sale ya de la sala,  
Ya está en medio la escalera,  
Y salenle á acompañar  
Sus dos hijas y Jimena.  
Abrazalas cortesmente  
Y ruégales que se vuelvan,  
Que en ver presentes sus hijas  
Tiene presente su afrenta.  
Descendió fasta el zaguan  
Donde estaba su Babieca,  
Que de ver triste á su amo  
Casi siente su tristeza,  
Salió en cuerpo hasta la plaza  
Armado con armas negras,  
Sembradas de cruces de oro  
Desde la gola á las grebas.  
Vió su gente tan lucida  
Y en la ventana á Jimena,  
Y por hacer lozania  
Puso al caballo las piernas.  
Llevó los ojos de todos,  
Y al cabo de la carrera  
Quitó á Jimena la gorra  
Y tocaron las trompetas.  
Todos siguieron tras él,  
¡Cuán lucida gente lleva!  
Pues alegre el sol de vellos

En las armas reverbera.  
Caminan por sus jornadas,  
Y á la vista de Requena  
Detuvo la rienda el Cid,  
Que no quiso entrar en ella.  
Acordóse en aquel punto  
Que allí fué la vez primera  
Que le llamó el sexto Alfonso  
Estando él quieto en ella.  
Con grave y severa voz,  
Levantando la visera  
Y afirmado en los estribos,  
La dice desta manera:  
— Teatro de mi deshonra  
Do se hizo la tragedia  
En que mis alevos yernos  
Fueron los autores della;  
Principio de mi desdicha,  
Do sin ser jueves de cena  
Comieron con faz doblada  
Ambos Judas á mi mesa:  
Al rey vó á pedir justicia,  
Ruego á Dios que no la tuerza,  
Que á postre de mi venganza  
No estareis en mi frontera. —  
Y llevado de furor  
Puso al caballo las piernas  
Contra la flaca muralla,  
Que de verle airado tiembla.

## LIV. — (Anónimo.)

Tres córtes armara el rey  
Todas tres á una sazón,  
Las unas armara en Búrgos,  
Las otras armó en Leon,  
Las otras armó en Toledo  
Donde los hidalgos son,  
Para cumplir de justicia  
Al chico con el mayor.  
Treinta dias da de plazo,  
Treinta dias, que mas non,  
Y el que á la postre viniere  
Que lo diesen por traidor.  
Veinte nueve son pasados  
Los condes llegados son.  
Treinta dias son pasados  
Y el buen Cid non viene, non.  
Allí hablarán los condes:  
— Señor, dadlo por traidor. —  
Respondiérale el rey:  
— Eso non faria, non,  
Que el buen Cid es caballero  
De batallas vencedor,

(1) Romances desde la partida del Cid para vengar la afrenta que recibió de sus yernos los condes de Carrion.

Pues que en todas las mis cortes  
Non lo habia otro mejor. —  
Ellos en aquesto estando,  
El buen Cid alli asomó.  
Con trecientos caballeros,  
Todos fijosdalgo son,  
Todos vestidos de un paño,  
De un paño y de una color,  
Si no fuera el buen Cid  
Que traia un albornoz;  
El albornoz era blanco;  
Parecia emperador,  
Capacete en la cabeza  
Que relumbra como el sol.  
— Dios vos mantenga, buen rey,  
Y á vosotros salvos Dios.  
Que non fablo yo á los condes,  
Que mis enemigos son. —  
Allí dijeron los condes,  
Fablaron esta razon:  
— Nos somos fijos de reyes,  
Sobrinos de emperador,  
¿ Merescimos ser casados  
Con fijas de un labrador? —  
Allí hablára el Cid,  
Bien oiréis lo que habló:  
— Convidáraos yo á comer,  
Buen rey, tomástelo vos,  
Y al alzar de los manteles  
Dijistes esta razon:  
Que casase yo mis fijas  
Con los condes de Carrion.  
Diérais yo en respuesta  
Con respeto y con amor:  
Preguntarélo á su madre,  
Su madre que las parió,  
Preguntarlo he yo á su ayo,  
Al ayo que las crió.  
Dijérame á mi el ayo:  
« Buen Cid, non lo fagais, non,  
Que los condes son muy pobres  
Y tienen gran presunción: »  
Mas por non contradeciros,  
Buen rey, ficiéralo yo.  
Treinta dias duraron las bodas,  
Que non quisieron mas, non,  
Cien cabezas yo matára  
De mi ganado mayor:  
De gallinas y capones,  
Buen rey, non lo cuento, non.

LV. — (Anónimo.)

Idos vos, Martin Pelaez,  
A mi Valencia y guardalla  
Mientras que me quejo al rey  
De aquesta traicion tamaña.  
Rogaréle que se lembre

Cuando á mis fijas casára  
Contra la mi voluntad,  
De mi Jimena y mi casa;  
Y que por facer la suya  
Y cumplir la su palabra,  
Yo folgué que se ficiesen  
Aquestas bodas amargas.  
Diréle yo cómo Ordoño  
Las falló tan mal paradas  
Y desnudas de las ropas  
Que les diera para honrallas;  
Y si los ojos me dejan  
Contar tan malas fazañas,  
Diré cómo las toparon  
En el monte aprisionadas,  
Y pediré que en sus córtes  
Desagravie aquestas canas,  
Que el deshonor de mis fijas  
Las tienen avergonzadas.  
Y de tan grande traicion  
Faré un reto, una demanda  
A los condes, si tuvieran  
La faz para sustentalla.  
Cobraré allí mis dos joyas,  
Pues están mal empleadas  
En poder de dos traidores  
Mi Tizona y mi Colada:  
Y vos, amigo Martin,  
Quedareis desta vegada  
Como señor de mis tierras,  
Por mi falta gobernallas.  
Actúdreis á Jimena  
A servilla y regalalla,  
Tendreis mucha cuenta en esto.  
Catad que os dejo en mi casa.

LVI. — (Anónimo.)

Años hace, el rey Alfonso,  
Que solo en vuestro servicio  
El arambre de Tizona  
Apenas lo he visto limpio,  
Y que mi pobre Jimena,  
Nacida en contrario signo,  
Fué por mi sola de padre  
Como por vos de marido.  
Ella mi ausencia ha llorado  
El medio lecho vacío,  
Mientras que yo derribaba  
Mil estandartes moriscos.  
Testigos tengo presentes,  
Y vos, rey, sois buen testigo  
Que he atropellado mas lunas  
Que el sol ha durado siglos.  
Fuí en juveniles años  
Rayo en vuestros enemigos,  
Como agora son mis canas  
Terrero de mal nacidos.

Todo lo gobierna el ciclo  
Con su nivel y destino,  
Desde la tierra á su altura  
Y desde el ciclo á su abismo.  
Al pavon le dió los pies,  
Al águila el corvo pico,  
Y al leon la calentura,  
Porque esten menos altivos.  
Dos fijas tengo, señor,  
Y porque le hurté al serviros  
El tiempo del engendrallas,  
Las engendré con delito.  
Agraviáronlas traidores,  
Y por haberse atrevido,  
Aunque mi brazo pudiera,  
Solo al vuestro lo remito.  
Dos cobardes las ofenden  
Cuyos corazones tibios  
Al temor hacen altares  
Y le ofrecen sacrificios.  
Carrion les da tributo  
Como la fama al olvido,  
Y por tal yo me querello,  
De tal injuria ofendido.  
Levante vuesa justicia  
El peso con el cuchillo,  
Que aunque suyo sea el peso  
El pesar ha de ser mio.  
Si la justicia en las armas  
Falló el natural abrigo,  
Ya sirvo yo con las unas,  
Faced justicia y castigo.  
Si Dios es justo y el home  
Tan obligado á servillo,  
En cuanto mas le imitare  
Será mas justo y mas digno.

LVII. — (Anónimo.)

A Toledo habia llegado  
Ruy Diaz, que el Cid decian,  
A córtes del rey Alfonso,  
Que por su amor las hacia  
Para le dar gran derecho  
De la gran alevosia  
Que sus yernos los infantes  
De Carrion fecho habian.  
En palacios de Galiana  
El rey mandado tenia  
Que se juntasen á las córtes  
Todos los que allí vendrian.  
La silla del rey Alfonso,  
Que era muy hermosa y rica,  
Púsose al mejor lugar  
Que en toda la sala habia,  
Al rededor de la cual  
Esaños grandes ponian,  
Donde se sentasen todos

Los de la caballeria.  
El Cid llamó á un escudero,  
Muy fidalgo en demasia,  
Fernan Alfonso ha por nombre,  
El Cid criado le habia.  
Mandóle tome un esaño  
Que de Valencia traia,  
Que se lo ganó al rey moro  
Cuando en ella lo venia.  
Mandóle que le pusiese  
Donde el rey tenia su silla,  
Escuderos fijosdalgo  
Mandó leve en compania  
Y que guarden el esaño  
Hasta que sea otro dia.  
Todos llevan el esaño,  
Que es hermoso á maravilla,  
Sus espadas á los cuellos,  
¡ Oh qué bien que parecian!  
Pusieron el rico esaño  
Donde el Cid mandado habia,  
Cubierto de ricos paños  
De oro, seda y pedreria.  
Otro dia de mañana,  
Despues que el rey oyó misa,  
Fuése para los palacios  
Con muy gran caballeria,  
Solo el Cid no va con él,  
Que en su posada yacia.  
Garcí Ordoñez, ese conde  
Que al buen Cid muy mal queria,  
Cuando viera aquel esaño,  
Al rey dijo desta guisa:  
— Por merced os pido, rey,  
Oigais lo que yo decia:  
Aquel tálamo que armaron  
Junto de la vuesa silla  
¿ Para cuál novia se armó?  
Pregúntoos, ¿ verná vestida  
De almejas ó alquiceles,  
O cómo verán guarnida?  
Mandadle quitar de allí,  
Porque á vos pertenece. —  
Fernan Alfonso lo oyó,  
Al conde le respondia:  
— Conde, muy mal razonades,  
Mucho mal dello os vernia,  
Que decidis mal de aquel  
Que muy mas que vos valia.  
No novia, como decis,  
Y si decis que mentia,  
Las manos yo vos podre  
Y conocervos faria,  
Ante el rey que está presente,  
De qué lugar descendia,  
Que no me podreis negar  
No tener vos mejoría. —  
Mucho le pesó al buen rey

Y á los que con él venian  
De lo que habia pasado,  
Mas el conde don Garcia,  
Como era hombre saüudo,  
El manto al brazo ponía,  
Dijo: — Dejadme ferir  
Al rapaz que tal decía. —  
Alfonso cuando lo vido  
Su espada sacado habia,  
Viniéndose contra el conde  
Diciendo: — Castigaría  
Las locuras que habeis dicho,  
Mas por el rey no osaría. —  
El rey los ha despartido  
Y á los presentes decía:  
— Ninguno debe hablar  
Deste escaño que aquí habia,  
Que el Cid lo ganó muy bien  
Y como home de valia,  
Y es caballero esforzado  
Y de muy gran valentia,  
Y non hay otro en el mundo  
Que tan bien lo merçia  
Como el buen Cid mi vasallo  
De tan alta nombradía:  
Y quanto el Cid es mejor  
Mas honra á mi me venia,  
Que cuando ganó el escaño  
A muchos moros vencía.  
Envióme su presente,  
Por señor me obedecia,  
Como vasallo leal  
Cumpliendo lo que debía:  
Muchos caballos me dió,  
Con moros que los traian,  
Y enviárame mi quinto  
Como á mi pertenecia.  
Nadie non fable del Cid,  
Que segundo no tenia.

LVIII. — (Anónimo.)

Digádesme, alevos condes,  
¿Qué fallasteis en mis hijas,  
Y cuándo tener cuidasteis  
Dueñas de tan alta guisa?  
¿Por aventura con ellas  
Los fidalgos de Castilla  
Que baldones vos han dado?  
¿En qué vuestro honor vos quitar?  
Por madre han á mi Jimena  
La mi doña Sol y Elvira:  
De tal madre, ¿qué enseñanza?  
¿Nin qué fembras de tal vida?  
En dote vos di con ellas

Los haleres que tenia,  
Y las mis ricas espadas  
Que menos falla mi cinta:  
Mas fambrientas las tenedes,  
Non yantan como solian,  
Que siempre fechos cobardes  
Dan escasas las heridas.  
Yo vos las demando, condes,  
Ante el rey que ende nos mira,  
Porque á Colada y Tizona  
No es bien que alevos las ciñan.  
Non son heredadas, non,  
Sino en batallas tenidas  
De entre lanzas y con sangre  
Mis armas todas tenidas.  
En los robledos de Tórmes  
Me la dejades vertida;  
Mas la de dueñas atales  
Ved qué varones no estiman.  
Non por ende me afrentades  
Por ser mis fijas queridas,  
Que aunque son mi sangre estaba  
En vuestas mugeres mismas.  
Con todo vos reto, condes,  
Por facer la sangre limpia,  
Porque el golpe del agravio  
No hay miembro que no lastima.  
Tenudo soy á facello  
Por vuesa honra y la mia,  
Que la mancha del honor  
Solo con sangre se quita. —  
Estas palabras el Cid  
A sus dos yernos decía,  
Levantado del escaño,  
La mano á la barba asida.

LIX. — (Anónimo.) (1)

El temido de los moros,  
Aqueña gloria de España,  
El que nunca fué vencido,  
El rayo de las batallas,  
Ese buen Cid Campador,  
Defensor de nuestra patria,  
Espejo de capitanes  
Y de traidores venganza,  
En las córtes de Toledo  
Do le fueron entregadas  
Ante el sexto rey Alfonso  
Por los condes las espadas,  
Así fablaba con ellas  
Sin hartarse de mirallas:  
— ¿Dó estais, mis queridas prendas?  
¿A dó estais, mis prendas caras?  
No caras porque os compré

Por dinero, oro ni plata,  
Mas caras porque os gané  
Con el sudor de mi cara.  
Al rey moro de Marruecos  
Siendo Valencia cercada  
A vos gané, mi Tizona,  
Que vos traia en su guarda;  
Y al conde de Barcelona  
A vos os gané, Colada,  
Quando les tomé á los moros  
Los castillos de Brianda.  
Yo nunca os fice cobardes,  
Antes por la fe cristiana  
En la sarracena gente  
Os traje siempre cebadas.  
A los condes mis dos yernos,  
Por ser joyas tan preciadas,  
Vos di, y ellos (¡mal pecado!)  
Os tienen de orin manchadas.  
Non érades para ellos,  
Que vos traian afrentadas,  
Por de dentro muy fambrientas,  
Por de fuera pavonadas.  
Libres estais de las manos  
Que os traian cautivadas,  
El Cid os mira en las suyas  
Donde seréis mas honradas. —  
Dijo, y á Pedro Bermudez  
Y á don Alvar Fañez llama,  
Y manda que se las guarden  
Mientras las córtes duraban.

LX. — (Anónimo.)

A vosotros, fementidos,  
Condes de villano pecho,  
Como traidores al rey  
A entrambos juntos vos reto.  
Mis fijas os di, traidores,  
Pero non, que en ello miento,  
Al rey las di que las diese  
A quien él fuese contento.  
A él se fizo esta injuria,  
A él se fizo este avieso,  
Y él las recibió por fijas,  
Yo á vosotros por mis yernos.  
Por ser fecha á mi señor  
Esta injuria, por él vuelvo,  
Que el que ha vasallos honrados  
Ellos le enmiendan sus tuertos.  
Con mugeres teneis manos,  
¡Por Dios, bravos caballeros,  
Si al veros con el rey Búcar  
No fuérais de piés tan prestos!  
Pero bien dice el refran  
Que hay tan valientes guerreros  
Por los piés como por manos,  
Y vosotros sois de aquestos.

¡Oh cuánto diérais agora  
Por fallar otros dispuestos  
Tales como los fallasteis  
Quando los leones sueltos!  
Faced cuenta son leones  
Los que en este pecho siento,  
Que es un leon cada agravio  
Fecho en un honrado pecho.  
Agradecédselo al rey  
Que le veo y le respeto;  
Pero pagarlo heis, villanos,  
Si no es que os subois al cielo.  
Mas non subireis, cobardes,  
Que es Dios grande justiciero  
Y no consiente traidores  
Sin castigo de sus yerros:  
Cuanto mas que la Colada  
Y la Tizona yo entiendo  
Vos serán tal purgatorio  
Que vais desta culpa absueltos.

LXI. — (Sepúlveda.)

En las córtes de Toledo  
Que el buen rey Alfonso hacía  
Para dar derecho al Cid  
Que querellado se habia  
De los condes de Carrion  
Sus yernos que ser solian,  
Porque á sus buenas mugeres  
Deshonrado las habian,  
Vuelto le han sus dos espadas,  
El haber tambien volvian.  
El Cid por grandes traidores  
A ambos retado habia;  
Los infantes non responden  
A lo que el buen Cid decía.  
El rey dijo á los infantes  
Qué era lo que respondian,  
Diego Gonzalez el uno  
Al rey así le decía:  
— Ya, señor, sabeis que somos  
De los buenos de Castilla,  
Dejamos nuosas mugeres  
Porque non nos merecian;  
Casar con fijas del Cid  
Gran deshonra nos traia. —  
Los del Cid non respondieron,  
Que el Cid mandado tenia  
Que si él no lo mandase  
Ninguno hablar debía.  
Ordoño, sobrino suyo,  
Era el que respondía:  
— Calla tú, Diego Gonzalez,  
Que eres de gran cobardia,  
Muy valiente eres de lengua,  
Mas esfuerzo non tenias,  
Y en esa tu falsa boca

(1) Al mismo asunto del romance de Sepúlveda que dice: « En Toledo estaba Alfonso.



Ninguna verdad habia.  
Lembrate cuando en Valencia  
En la lid que el Cid facia  
Echaste á fuir de un moro,  
Y el moro bien te seguia,  
Y yo le salí al encuentro,  
Muerto en tierra lo ponía,  
Díte su caballo y armas  
Y al Cid entender facia  
Que tú mataste aquel moro  
Que aquel caballo traía.  
Yo lo fice por le honrar  
Por casar con la mi prima:  
Alabásete tú desto,  
Yo lo otorgaba á tu guisa,  
Nunca salió de mi boca  
Fasta hoy que lo decia,  
Y si agora lo publico  
Es por tu gran villanía:  
Y sepan cuando en Valencia  
Cuando el leon que ende habia  
Se soltó de donde estaba,  
Tú, porque á esconderte ibas,  
Rompiste el manto y el sayo  
Que cobijado tenias,  
Por entrar bajo un escaño  
Que en el aposento habia.  
No digo cómo tu hermano,  
Que es aquel que me veía,  
Cayó con notable miedo  
En parte do no debía.  
Así, señor rey Alfonso,  
A tu alteza yo decia  
Que este día fuera bien  
Demostrar su valentía,  
No en los robledos de Tórmes  
Do ferido habian mis primas,  
Mugeres de tal linage  
Que muy mas que ellos valian,  
Que si yo ende estuviera  
Cometerlo no osarian;  
Ficieron como cobardes,  
Yo se lo combatiría,  
No ficieron como buenos  
Como manda la hidalguía.  
Muy feble es facer tal cosa  
Ningun home de valia,  
Y poner mano en mugeres  
Non es de caballería.

LXII. — (Anónimo.)

Despues que el Cid Campeador  
Pidió derecho del tuerto  
Por que fueron emplazados  
Los condes para Toledo,  
El rey don Alfonso el Bravo,  
Aquel que con gran denuedo

Al foradar de la mano  
Tuvo siempre el brazo quedo,  
Mandó que dentro en tres meses  
Pareciesen en Toledo,  
O fincasen por traidores  
Ellos y el conde don Suero.  
Mandó que se fagan córtes  
Y se junten á ellas cedo  
Sus grandes y ricos homes,  
Que quiere tomar su acuerdo;  
Que si los condes son nobles,  
Alfonso es rey de derecho,  
Magüer que el Cid en honor  
Es honrado caballero.  
Antes de cumplir el plazo  
Todos á córtes vinieron,  
Y el Cid trujo en su compañía  
Novecientos caballeros.  
Saltó el rey á recibirlo  
A dos leguas de Toledo;  
Unos de envidiosos callan,  
Otros dicen que es escoso.  
Palacios de Galiana  
Mandó el rey esten compuestos,  
Las paredes de brocado  
Y el suelo de terciopelo.  
Junto á la silla del rey  
Su escaño del Cid pusieron,  
Do que mofaban los condes  
Profanando y zaheriendo,  
Sentados en córtes todos  
Fabió el rey á sus porteros:  
— Mándovos que callen todos,  
Infanzones y homes buenos:  
Vos, el Cid, decid su culpa  
Y ellos defendan su pleito,  
Librásevos ha justicia  
Con que quedéis satisfecho.  
Seis alcaldes vos señalo  
De mi casa y mi consejo,  
Y que todos ellos juntos  
Juren por los evangelios  
Que cuidarán de ambas partes  
Asaz entender el pleito,  
Y entendido juzgarán  
Sin pasion, amor, ni miedo.—  
Levantóse luego el Cid,  
Y sin mas alongamientos  
Pide le den sus espadas  
Tizona y Colada luego.  
El rey miraba á los condes  
Qué responden atendiendo,  
Pero ninguna razon  
En su defensa dijeron.  
Los jucces mandan las den  
Sin ningun detenimiento;  
Magüer hubieron pavor,  
Entregarlas no quisieron

El rey dijo: — Descorteses,  
Volvedselas á su dueño,  
Que supo mejor ganallas  
De los moros de Marruecos.—  
Ya cebradas las espadas,  
Dos mil marcos de dinero  
Les pide y todas las joyas  
Que les dió en los casamientos.  
Unánimes los jueces,  
De comun consentimiento,  
Los condenan á que paguen  
De contado todo el precio.  
Comenzó de nuevo el Cid,  
Los ojos como de fuego  
Y el rostro como una gualda,  
A demandalles el tuerto.

LXIII. — (Anónimo.)

En las córtes de Toledo  
A do yace Alfonso el Sesto,  
El Cid le fabla á Bermudo  
Con muy grande sentimiento:  
— ¿ Non fablais vos, Pedro mudo?  
Fablád, que non estais muerto:  
¿ Non sabedes que mis fijas  
Son vuesas primas en deudo?  
Ende mas que en su deshonra  
Mucha parte os cabe dello.—  
Mucho le pesó á Bermudo  
De lo que el Cid ha propuesto:  
Juntóse con Garci Ordoñez,  
Y desque fué cerca puesto  
Le diera tan gran puñada  
Que dió con él en el suelo.  
Alborótanse las córtes,  
No queda nadie en su asiento,  
Aquí sacan las espadas,  
Allí dicen mil denuestos.  
Unos apellidan Cabra,  
Otros Valencia, otros reino,  
El rey está ardiendo en ira,  
Diciendo: — Afuera, teneos.—  
Otra vez replicó: — Afuera,  
Sin mas audiencia condeno,  
Con acuerdo de mi corte  
Y de mi real consejo,  
Por los méritos que fallo  
Que resultan deste pleito,  
A los condes de Carrion  
Que lidien conforme al reto,  
Y que el Cid haya cumplido  
Con dalles tres escuderos,  
Y los que mejor lidiaren  
Ellos salven su derecho.—  
Pidieron plazo los condes  
Para guisar en el fecho,  
Y al cabo de ruegos muchos

La noche se puso en medio.  
Volvióse el rey á su casa,  
La corte á su alojamiento,  
Y al salir de los palacios  
Donde las córtes se han fecho  
De Navarra y de Aragon  
Al rey vienen mensageros.  
Cartas le traen de sus reyes  
Pidiendole otorgamiento  
De las dos fijas del Cid  
Para dos fijos mancebos.  
Don Ramiro el de Navarra  
La pide, si bien me acuerdo,  
A la mayor doña Elvira,  
Dueña de virtud y arreo:  
A la menor doña Sol  
Ha pedido el rey don Pedro  
Para su hijo don Sancho  
De Aragon propio heredero.  
Partióse á Valencia el Cid  
Ufano, alegre y contento,  
Desagraviadas sus fijas  
A guisar los casamientos.

LXIV. — (Sepúlveda.)

Ya se parte de Toledo  
Ese buen Cid afamado,  
Y acabáronse las córtes  
Que allí se habian celebrado.  
Aguese buen rey Alfonso  
Muy gran derecho le ha dado  
De los infantes, los condes  
De Carrion el condado.  
Don Rodrigo va á Valencia  
Que á los moros la ha ganado:  
Novecientos caballeros  
Lleva todos fijosdalgo,  
Que de la rienda le llevan  
A Babieca el buen caballo.  
Despidióse el rey del Cid,  
Que le habia acompañado,  
Lejos van uno de otro,  
El Cid envió un recaudo,  
Pidiendo merced al rey  
Le aguarde para hablallo.  
El rey aguardára al Cid  
Como á bueno y leal vasallo,  
Y el Cid le dijo: — Buen rey,  
Yo he sido muy mal mirado  
En llevarme yo á Babieca,  
Caballo tan afamado,  
Que á vos, señor, pertenece  
Como mas avantajado.  
Non le mercede ninguno,  
Vos si solo á vuestro cabo,  
Y porque veais cual es,  
Y si es bien el estimallo,

Ninguna verdad habia.  
Lembrate cuando en Valencia  
En la lid que el Cid facia  
Echaste á fuir de un moro,  
Y el moro bien te seguia,  
Y yo le sali al encuentro,  
Muerto en tierra lo ponía,  
Dite su caballo y armas  
Y al Cid entender facia  
Que tú mataste aquel moro  
Que aquel caballo traía.  
Yo lo fice por le honrar  
Por casar con la mi prima:  
Alabásete tú desto,  
Yo lo otorgaba á tu guisa,  
Nunca salió de mi boca  
Fasta hoy que lo decia,  
Y si agora lo publico  
Es por tu gran villanía:  
Y sepan cuando en Valencia  
Cuando el leon que ende habia  
Se soltó de donde estaba,  
Tú, porque á esconderte ibas,  
Rompiste el manto y el sayo  
Que cobijado tenias,  
Por entrar bajo un escaño  
Que en el aposento habia.  
No digo cómo tu hermano,  
Que es aquel que me veía,  
Cayó con notable miedo  
En parte do no debía.  
Así, señor rey Alfonso,  
A tu alteza yo decia  
Que este día fuera bien  
Demostrar su valentía,  
No en los robledos de Tórmes  
Do ferido habian mis primas,  
Mugeres de tal linage  
Que muy mas que ellos valian,  
Que si yo ende estuviera  
Cometerlo no osarian;  
Ficieron como cobardes,  
Yo se lo combatiría,  
No ficieron como buenos  
Como manda la hidalguía.  
Muy feble es facer tal cosa  
Ningun home de valía,  
Y poner mano en mugeres  
Non es de caballería.

LXII. — (Anónimo.)

Despues que el Cid Campeador  
Pidió derecho del tuerto  
Por que fueron emplazados  
Los condes para Toledo,  
El rey don Alfonso el Bravo,  
Aquel que con gran denuedo

Al foradar de la mano  
Tuvo siempre el brazo quedo,  
Mandó que dentro en tres meses  
Pareciesen en Toledo,  
O fincasen por traidores  
Ellos y el conde don Suero.  
Mandó que se fagan córtes  
Y se junten á ellas cedo  
Sus grandes y ricos homes,  
Que quiere tomar su acuerdo;  
Que si los condes son nobles,  
Alfonso es rey de derecho,  
Magüer que el Cid en honor  
Es honrado caballero.  
Antes de cumplir el plazo  
Todos á córtes vinieron,  
Y el Cid trujo en su compañía  
Novecientos caballeros.  
Saltó el rey á recibirlo  
A dos leguas de Toledo;  
Unos de envidiosos callan,  
Otros dicen que es escoso.  
Palacios de Galiana  
Mandó el rey esten compuestos,  
Las paredes de brocado  
Y el suelo de terciopelo.  
Junto á la silla del rey  
Su escaño del Cid pusieron,  
Do que mofaban los condes  
Profanando y zaheriendo,  
Sentados en córtes todos  
Fabió el rey á sus porteros:  
— Mándovos que callen todos,  
Infanzones y homes buenos:  
Vos, el Cid, decid su culpa  
Y ellos defendan su pleito,  
Librásevos ha justicia  
Con que quedéis satisfecho.  
Seis alcaldes vos señalo  
De mi casa y mi consejo,  
Y que todos ellos juntos  
Juren por los evangelios  
Que cuidarán de ambas partes  
Asaz entender el pleito,  
Y entendido juzgarán  
Sin pasion, amor, ni miedo.—  
Levantóse luego el Cid,  
Y sin mas alongamientos  
Pide le den sus espadas  
Tizona y Colada luego.  
El rey miraba á los condes  
Qué responden atendiendo,  
Pero ninguna razon  
En su defensa dijeron.  
Los jucces mandan las den  
Sin ningun detenimiento;  
Magüer hubieron pavor,  
Entregarlas no quisieron

El rey dijo: — Descorteses,  
Volvedselas á su dueño,  
Que supo mejor ganallas  
De los moros de Marruecos.—  
Ya cebradas las espadas,  
Dos mil marcos de dinero  
Les pide y todas las joyas  
Que les dió en los casamientos.  
Unánimes los jueces,  
De comun consentimiento,  
Los condenan á que paguen  
De contado todo el precio.  
Comenzó de nuevo el Cid,  
Los ojos como de fuego  
Y el rostro como una gualda,  
A demandalles el tuerto.

LXIII. — (Anónimo.)

En las córtes de Toledo  
A do yace Alfonso el Sesto,  
El Cid le fabla á Bermudo  
Con muy grande sentimiento:  
— ¿ Non fablais vos, Pedro mudo?  
Fablád, que non estais muerto:  
¿ Non sabedes que mis fijas  
Son vuesas primas en deudo?  
Ende mas que en su deshonra  
Mucha parte os cabe dello.—  
Mucho le pesó á Bermudo  
De lo que el Cid ha propuesto:  
Juntóse con Garci Ordoñez,  
Y desque fué cerca puesto  
Le diera tan gran puñada  
Que dió con él en el suelo.  
Alborótanse las córtes,  
No queda nadie en su asiento,  
Aquí sacan las espadas,  
Allí dicen mil denuestos.  
Unos apellidan Cabra,  
Otros Valencia, otros reino,  
El rey está ardiendo en ira,  
Diciendo: — Afuera, teneos.—  
Otra vez replicó: — Afuera,  
Sin mas audiencia condeno,  
Con acuerdo de mi corte  
Y de mi real consejo,  
Por los méritos que fallo  
Que resultan deste pleito,  
A los condes de Carrion  
Que lidien conforme al reto,  
Y que el Cid haya cumplido  
Con dalles tres escuderos,  
Y los que mejor lidiaren  
Ellos salven su derecho.—  
Pidieron plazo los condes  
Para guisar en el fecho,  
Y al cabo de ruegos muchos

La noche se puso en medio.  
Volvióse el rey á su casa,  
La corte á su alojamiento,  
Y al salir de los palacios  
Donde las córtes se han fecho  
De Navarra y de Aragon  
Al rey vienen mensageros.  
Cartas le traen de sus reyes  
Pidiendole otorgamiento  
De las dos fijas del Cid  
Para dos fijos mancebos.  
Don Ramiro el de Navarra  
La pide, si bieu me acuerdo,  
A la mayor doña Elvira,  
Dueña de virtud y arreo:  
A la menor doña Sol  
Ha pedido el rey don Pedro  
Para su hijo don Sancho  
De Aragon propio heredero.  
Partióse á Valencia el Cid  
Ufano, alegre y contento,  
Desagraviadas sus fijas  
A guisar los casamientos.

LXIV. — (Sepúlveda.)

Ya se parte de Toledo  
Ese buen Cid afamado,  
Y acabáronse las córtes  
Que allí se habian celebrado.  
Aquese buen rey Alfonso  
Muy gran derecho le ha dado  
De los infantes, los condes  
De Carrion el condado.  
Don Rodrigo va á Valencia  
Que á los moros la ha ganado:  
Novecientos caballeros  
Lleva todos fijosdalgo,  
Que de la rienda le llevan  
A Babieca el buen caballo.  
Despidióse el rey del Cid,  
Que le habia acompañado,  
Lejos van uno de otro,  
El Cid envió un recaudo,  
Pidiendo merced al rey  
Le aguarde para hablallo.  
El rey aguardára al Cid  
Como á bueno y leal vasallo,  
Y el Cid le dijo: — Buen rey,  
Yo he sido muy mal mirado  
En llevarme yo á Babieca,  
Caballo tan afamado,  
Que á vos, señor, pertenece  
Como mas avantajado.  
Non le mercede ninguno,  
Vos si solo á vuestro cabo,  
Y porque veais cual es,  
Y si es bien el estimallo,

Quiero hacer ante vos  
Lo que no he acostumbrado  
Si non es cuando hube lides  
Con enemigos en campo. —  
Cabalgó el buen Cid en él  
De piel de armiño arreado,  
Firióle de las espuelas,  
El rey se quedó espantado  
En mirar cuan bien lo face,  
A ambos está alabando;  
Alababa á quien lo rige  
De valiente y esforzado,  
Y al caballo por mejor,  
Que otro no es visto ni hallado.  
Con la furia de Babieca  
Una rienda se ha quebrado,  
Paróse con una soia  
Como si estuviera en prado.  
El rey y sus ricoshomes  
De verlo se han espantado,  
Diciendo que nunca oyeron  
Fablar de tan buen caballo.  
El Cid le dijo: — Buen rey,  
Suplicoo querais tomallo.  
— Non lo tomaré yo, el Cid,  
El rey por respuesta ha dado,  
Si fuera, buen Cid, el mio  
Yo vos lo dicra de grado,  
Que en vos mejor que en ninguno  
El caballo está empleato,  
Con él honrades á vos  
Y á nos en extremo grado,  
Y á todos los de mis tierras  
Por vuestros fechos granados;  
Mas yo lo tomo por mio  
Con que vos querais llevarlo,  
Que cuando yo lo quisiere  
Por mí vos será tomado. —  
Despidióse el Cid del rey,  
Las manos le habia besado,  
Y fuése para Valencia  
Donde le están aguardando.

LXV. — (Sepúlveda.)

Ya se parte el rey Alfonso,  
De Toledo se partia  
Para ir á Carrion,  
Que los condes no venian  
A lidiar con los del Cid  
Que retados los tenia  
Por la deshonra que hicieron,  
Ave y gran villanía,  
A las dos hijas del Cid  
Doña Sol y doña Elvira.  
Consigo llevó los seis  
Jueces de la tal porfia,  
Don Ramon, yerno del rey,

Llevaba en su compañía,  
Y los que habian de lidiar  
Con los que el aleva hacian.  
A Carrion es llegado  
A la vega que ende habia,  
Sus tiendas mandára armar,  
Los condes á él venian  
Con su tío Suer Gonzalez,  
Que la gran traicion urdia.  
Traen consigo sus parientes,  
Muchos son en demasia,  
Armados venian todos  
De ricas fuertes lorigas,  
Que entre sí han acordado  
Que si tiempo se ofrecia  
De matar á los del Cid  
De cualquier guisa, lo harian  
Antes de entrar en la lid,  
Porque así les convenia.  
Los del Cid lo habian sentido,  
Y al rey — Señor, le decian,  
En vuesa mano y metced  
El de Vivar nos ponía,  
Por eso, señor, pedimos  
Non consintais que hoy día  
Nos fagan desaguisados,  
Nin tuerto, ni alevosía,  
Que con la merced de Dios  
El Cid vengado seria:  
Derecho habremos de aquesto,  
Que Dios nos ayudaría. —  
El rey dijo: — Non temais,  
Magüer yo lo proveería. —  
Mandó dar luego un pregon  
Qu'estas palabras decia:  
« Quien tuerto ó desaguisado  
« A los del Cid les ficiere,  
« Que la cabeza y sus biencos  
« Allí todo lo perdiere. »  
Él los metiera en el campo  
Do la lid hacerse habia,  
Los infantes y su tío  
Tambien al campo acudian.  
Gran compañía traen consigo  
De gente que los seguía;  
El rey á muy grandes voces  
Estas palabras decia:  
— Infantes de Carrion,  
La lid que hacerse quería  
En Toledo la quisiera,  
Y non en aquesta villa.  
Dijisteis que guarnimientos  
A vos allí fallecian,  
Vine al vuestro natural  
Por faceros cortesia:  
Los caballeros del Cid  
Conmigo yo los traía,  
En mí fe y en mí verdad

Ellos sus vidas ponian.  
Condes, yo vos desengañó  
A vos y á vuesa valía  
Non fagades contra ellos  
Lo que hacer non se debía,  
Que aquel que lo tal ficiere  
Ya yo mandado tenia  
En campo le despedacen  
Sin que nadie se lo impida. —  
A los condes les pesó  
De lo que el rey les avisa.  
La Colada y la Tizona  
Al rey suplicado habian  
Que no entren en la lid,  
Que era mucha su valía.  
El rey les dijera: — Infantes,  
Facer eso no podia,  
Pidiéradeslo en Toledo,  
Que aquí lugar ya no habia:  
Meted vos muy buenas armas  
Que no se os contradiria,  
Que crecidos sois de cuerpo,  
Pelead con valentia. —  
En el campo son metidos  
Todos seis como cumplía,  
Arreada está la gente  
Y todos se apercebían:  
Embrazaron los escudos,  
Pónense las capellinas,  
Firiéronse de las lanzas  
Que so los brazos tenian. —  
A Pedro Bermudo luego  
Fernan Gonzalez heria,  
Pasóle todo el escudo,  
En la carne no le heria;  
El firió á Fernan Gonzalez  
De una muy grande ferida,  
Pasóle de lado á lado,  
Mucha sangre le salía,  
Y ya desmayado en tierra  
Fernan Gonzalez caía  
Por las ancas del caballo  
Asido á la misma silla;  
La lanza echára de sí,  
Mano á Tizona ponía,  
Dijole á Fernan Gonzalez:  
— Traidor, perderás la vida. —  
Y él conociendo la espada  
Que el buen Bermudez traía  
Temiérase de la muerte,  
Y antes que le diera herida  
Dijo: — Yo vencido soy  
Y por tal me conocía. —  
Martin Antolin de Búrgos  
Con el otro está en gran prisa:  
Quebrado habian las lanzas,  
Con las espadas reñian.  
Antolin le dicra un golpe

Con Colada, espada fina,  
Por cima de la cabeza  
Que mal ferido lo habia;  
Cortárale el guarnimiento  
Y el casco tambien hendia.  
Diego Gonzalez desmaya,  
Cuidó que no escaparía.  
Grandes voces da el infante  
Por golpes que recibía,  
Sacóle el caballo fuera  
Del cerco que el rey ponía,  
Vencido es como su hermano,  
Y por tal él se tenia.  
Nuño Busto y Suer Gonzalez  
Se fieren con valentia,  
Las lanzas traen muy fuertes,  
Reclas son á maravilla.  
Suer Gonzalez á Nuño Bustos  
El escudo le partía.  
Pasóle de parte á parte,  
Que el golpe muy recio iba;  
Pasóle los guarnimientos,  
A la carne no prendía.  
Firme estuvo Nuño Bustos,  
Que era de grande valía,  
Pasárale con la lanza  
El escudo que tenia,  
Y fuera de las espaldas  
El hierro se parecía.  
Suer Gonzalez cayó en tierra,  
Nuño Bustos le ponía  
La su lanza sobre el rostro,  
Herirlo otra vez quería.  
— Non lo frades, por Dios,  
Su padre á voces decía,  
Que mi hijo ya es vencido  
Y creo muerto estaria. —  
Nuño Bustos á los fieles  
Dijo si aquello valía:  
— No vale nada, responden,  
Si él propio no lo decía. —  
Suer Gonzalez volvió en sí:  
— Yo soy vencido, — publica.  
Por alevosos el rey  
Los tiene desde aquel día,  
Con su tío Suer Gonzalez  
Que el consejo dado habia.  
Fuyéronse de la tierra,  
Que jamas no parecían,  
Ni mas alzaron cabeza:  
Los del Cid con honra fincan,  
Dióles muy grandes haberes,  
A Valencia se volvian.  
Gran compañía les da el rey,  
Muy seguros los envía  
Para su señor el Cid  
Que por tal le conocian.

## LXVI. — (Anónimo.)

Cuando el rojo y claro Apolo  
 El hemisferio alumbraba  
 Y cuando su hermana bella  
 En el otro se mostraba,  
 Por una verde espesura  
 De arboleda bien cercada  
 Donde dulces ruiseñores  
 Muy claramente cantaban,  
 Y donde el céfiro manso  
 Sabrosamente sopaba,  
 Con esfuerzo y gallardía  
 Un caballero pasaba  
 En un caballo furioso  
 Bordado el jaez de plata,  
 Las armas de fino acero,  
 Todo de blanco se armaba,  
 Una lanza larga y gruesa  
 Y en ella veleta blanca;  
 Ha salido de Castilla  
 Y entra bravo en Lusitania.  
 Solo va á buscar un moro  
 Que el fuerte Audalla se llama,  
 Que la fama de sus hechos  
 Por toda España volaba.  
 En medio de su camino  
 El caballo se paraba.  
 Don Rodrigo es de Vivar  
 Que con la espuela le daba,  
 Mas el caballo por eso  
 Adelante no pasaba.  
 Como esto vido Rodrigo  
 En los estribos se alzaba;  
 Por ver qué cosa sería  
 A todas partes miraba.  
 Hincando la lanza en tierra  
 En ella el cuerpo afirmaba,  
 Y oyó una voz que decía,  
 Aunque no vió quien la daba:  
 — ¡O ingrata y cruel fortuna!  
 ¡Dí si estás de mi vengada,  
 Pues me has quitado la vida  
 Y con ella el bien del alma.  
 Metióse por la espesura  
 Por saber quien lamentaba,  
 Cuando no lejos de sí  
 Vió que un moro se quejaba  
 Tendido en la fresca yerba  
 Que en sangre leñida estaba  
 De las heridas que tiene,  
 Que todo el cuerpo le pasan.  
 Cuando lo vió don Rodrigo,  
 Movido de grande lástima,  
 Apeóse del caballo,  
 Mas aun bien no se apeaba  
 Vió estar cuatro caballeros  
 Y con ellos una dama

Que dellos se defendía,  
 Aunque ya cansada estaba,  
 Y como vió á don Rodrigo,  
 A grandes voces le llama:  
 — Ayudeisme, caballero,  
 Si cortesía en vos se halla;  
 Yo soy Aja, sin ventura,  
 Cautiva del fuerte Audalla.—  
 Arremetió don Rodrigo  
 Poniendo al ristre la lanza,  
 Los cuatro vienen á él  
 Y cada cual le encontraba.  
 No le mueven de la silla  
 Y él á uno derrotaba.  
 Vuelve furioso á los tres  
 Poniendo mano á la espada,  
 Dió al uno tan recio golpe  
 Que en tierra lo derribaba:  
 Los dos se vuelven huyendo,  
 Y él dellos no se curaba.  
 A la dama se volvía  
 Por saber lo que pasaba,  
 Mas la dama temerosa  
 No le responde palabra,  
 Antes por la espesura  
 Iba buscando á su Audalla.  
 No curó mas de seguirla,  
 Mas en Castilla se entraba,  
 Y así hizo buena obra  
 A quien la pensó hacer mala.

## LXVII. — (Anónimo.)

Acabada la batalla  
 Por el de Vivar pedida  
 Contra los alevos condes  
 Que le afrentaron sus fijas,  
 El noble rey don Alfonso,  
 Que el suceso honroso estima  
 Que haya sido por el Cid,  
 Como el que tenía justicia,  
 Con los tres fuertes guerreros  
 Que por él lidiado habían  
 Y alcanzado la victoria,  
 Así escribe al Cid Ruy Diaz:  
 « A vos, el Cid castellano,  
 « El de la espada temida,  
 « Pestilencia de los moros  
 « Y defensa de Castilla,  
 « A vos á quien guarde el cielo  
 « En próspera y larga vida  
 « Para que estemos seguros  
 « De la enemiga morisma,  
 « A vos el rey don Alfonso  
 « Salud por esta os envía,  
 « Como vuestro mas amigo  
 « Aunque enemigos resistan  
 « El suceso del combate

« Que se ha hecho en esa villa  
 « De Carrion por el órden  
 « Que se dió en las córtes mías,  
 « Os lo escribo por mi mano  
 « Y va con mi sello y firma  
 « Porque sea testimonio  
 « Verdadero y sin malicia,  
 « Y que en la edad venidera  
 « Como fue se entienda y diga,  
 « Sin que amistad ó respetos  
 « Hagan que acorten ó añidan.  
 « Luego que fueron las córtes  
 « En Toledo concluidas,  
 « A esta villa nos partimos  
 « Por los dos condes pedida.  
 « Su demanda dió sospecha  
 « Por ser en su tierra misma,  
 « Que tierra que cria alevos  
 « No sin recelo se pisa.  
 « Yo aseguré este recelo,  
 « Porque á los tres que venían  
 « Por vos á lidiar con ellos  
 « Guardé con la guarda mía.  
 « Siempre los tuve delante,  
 « Conociendo bien que había  
 « De la parte de los condes  
 « Mas traicion que valentía.  
 « Llegó el plazo y día asignado  
 « En que habian de ser vistas  
 « La justicia y la razon  
 « Lidiar con la alevosía.  
 « Hizose un fuerte palenque  
 « Cerrado, y puestos encima  
 « Asientos y seis jueces,  
 « Y enfrente mi real silla.  
 « A todo estuve presente  
 « Po que en mi ausencia no digan  
 « Que el rostro escondí al efecto  
 « En que el honor vuestro iba,  
 « Porque no fablen aquellos  
 « Que vuestro daño codician  
 « Que os falta el rey don Alfonso  
 « Como no os faltó en la vida,  
 « Aunque por malditos medios  
 « Traidores nos revolvián  
 « Vuesa lealtad condenando  
 « Con envidiosas mentiras:  
 « Advertido deste engaño,  
 « A maldades conocidas  
 « Les cerré el oído á aquellos  
 « Que os condenaban en vida.  
 « He querido que entendais  
 « Que su maldad entendida  
 « Hago el honor vuestro mio,  
 « Cual lo mostré en la conquista,  
 « Que yo propio y á mi lado  
 « Metí los tres que venían  
 « A defender vuesa causa,

« Que yo llamo propia mía.  
 « Puestos por mí en el palenque,  
 « Los dos condes á la mira  
 « Y Suer Gonzalez su tio  
 « Llegaron cual convenia  
 « De fuertes armas cubiertos,  
 « Con muy grande compañía  
 « De parientes y de amigos  
 « Y el pueblo que los seguia.  
 « Cuando yo vi tanta gente  
 « Que en torno á todos seguia,  
 « Temí el seguro no fuese  
 « El robo de las sabinas.  
 « Mandé sentar á los jueces,  
 « Y yo tomando mi silla,  
 « Sosegado el alboroto  
 « Fué de mi esta razon dicha:  
 « — Condes, las fijas del Cid,  
 « Por vos sin causa otendidas  
 « Con la traza mas soez  
 « Que se ha visto ni hay escrita,  
 « Demandaron la venganza  
 « De su afrentosa ignominia  
 « Al Cid su padre, que al punto  
 « Salíó á ella por sus fijas.  
 « Pidió campo á todos tres  
 « Para que en él fuese vista  
 « Como quedaba su ofensa  
 « Con la sangre vuesa limpia.  
 « Respondisteis que con él  
 « La batalla que os pedia  
 « No queriades hacer,  
 « Porque yo lo ayudaria,  
 « Que enviase á quien quisiese  
 « Que sobre la causa misma  
 « Con vos fuese batalla  
 « Segun fueros de Castilla.  
 « Estos tres nobles guerreros  
 « El Cid por su parte envia,  
 « Que ya en el campo os aguardan,  
 « Os retan y desafian.  
 « Haced vuestra obligacion,  
 « Que es lo que os fuerza y obliga,  
 « Que es tiempo que las razones  
 « A las armas se remitan. —  
 « Quisiéronme dar respuesta,  
 « Y de mí no siendo oida,  
 « A dar principio al combate  
 « Fueron, aunque lo temian.  
 « Partióse el campo luego  
 « Un rey de armas con insignias  
 « Del terrible ministerio  
 « Que administrándoos iba.  
 « De tres en tres en sus puestos  
 « Se pusieron, recogidas  
 « Las riendas á los caballos,  
 « Las lanzas apercebidas.  
 « Contra el conde don Fernando

« Que á la victoria se aplica  
 « Martin Antolínez fué  
 « Fuego echando por la vista.  
 « A don Diego, el otro hermano  
 « Que encendió la horrible cisma,  
 « Le cupo Pedro Bermudez  
 « Para la batalla esquivo :  
 « Nuño Bustos de Linzucla  
 « Ardiendo en honrosa ira  
 « Se opuso con Suer Gonzalez,  
 « Autor de la alevosía.  
 « Cuando vi tres contra tres  
 « En dos hileras distintas,  
 « La lid de los Carriacos  
 « Se me figura que via.  
 « A este punto el ronco son  
 « De la trompa les avisa  
 « Que den principio á la lid  
 « Para el fin que pretendian.  
 « Arremetieron á una  
 « Todos, la señal oída,  
 « Cada cual con el contrario  
 « Que enfrente de si tenia.  
 « Don Fernando y Antolínez  
 « Que igualmente se herian  
 « Quebraron juntos las lanzas,  
 « Firmes quedan en las sillas,  
 « Mas desnudando á Colada,  
 « Despues de muchas heridas  
 « Que Antolínez le dió al conde  
 « Con destreza y valentía,  
 « Le dió un golpe en lo mas alto  
 « Del yelmo, que las hebillas  
 « Faltaron y la cabeza  
 « Fué en dos partes dividida.  
 « Derríbóle del caballo,  
 « Y el suyo dejando, encima  
 « Del cuello se puso en pié,  
 « Y el acero al pecho afirma.  
 « A este punto un gran ruido  
 « Se alzó y una vulgar grita  
 « Pidiendo no le matase  
 « Cumpliendo con que se rinda.  
 « Fué poderoso el clamor  
 « De aplacar la ardiente ira  
 « Del vencedor animoso  
 « Para dejallo con vida,  
 « Mas puesto sobre él de piés  
 « A Pedro Bermudez mira  
 « Que traia al conde don Diego  
 « Sin valor con que resista.  
 « Dióle un golpe con Tizona  
 « Despues de tener rompidas  
 « Las lanzas, y fué tan fuerte  
 « Que hombre y caballo derriba.  
 « Pidióle misericordia  
 « Pidiendo en merced la vida,  
 « Confesando su maldad

« Diciendo que se rendia.  
 « No dió oído á sus plegarias,  
 « Mas la fiera espada hinca  
 « Por el alevoso pecho,  
 « Con que dió fin á su vida.  
 « El valiente Nuño Bustos  
 « Y Suer Gonzalez querian  
 « Cada uno de por si  
 « La victoria de aquel dia.  
 « Duró mucho este combate,  
 « Mas la justicia divina  
 « Dió victoria á Nuño Bustos  
 « Como á quien tenia justicia.  
 « Atravesó á su contrario  
 « De parte á parte, y fué grima  
 « Verle venir del caballo  
 « Cayendo la boca arriba.  
 « Con esto acabó el combate,  
 « Y los vencedores gritan  
 « Si habia que hacer mas  
 « O mas traidores que rindan.  
 « Respondieronles que no,  
 « Que la victoria tenian  
 « Ganada como valientes  
 « Sin haber quien se lo impida.  
 « Dos cajas y un pregonero,  
 « Puestos á este punto encima  
 « Del palenque, resonaron  
 « Y la victoria os aplican.  
 « El rey de armas con mi guarda  
 « A los vencedores guian  
 « Adonde los aguardaban  
 « Yo y toda mi compañía.  
 « Luego dieron los jueces  
 « Sentencia definitiva,  
 « Que por traidores infames  
 « De honor los inhabilitan.  
 « Esta sentencia fué al punto  
 « Confirmada y queda escrita  
 « Para que pueda dar fe,  
 « Sin la mia, con seis firmas.  
 « Buen Cid, esto es lo que pasa  
 « Sin que falte ni se añida,  
 « Sin que odio ni amistad  
 « Fagan que otra cosa escriba.  
 « Ved si no quedais contento  
 « Y quereis que se prosiga  
 « Contra todo su linage  
 « Sin dejar persona viva.  
 « Encomendadme á Jimena  
 « Y abrazadme á vuesas hijas,  
 « Y decidles que de nuevo  
 « Su causa tomo por mia. »

## LXVIII. — (Sepúlveda.)

De aque-se buen rey Alfonso  
 Los del Cid se despedian,

Para volverse á sus tierras,  
 Pues ya vencidos tenian  
 A los condes de Carrion  
 Por el aleve que hacian.  
 Llegados son á Valencia  
 A do el buen Cid residia :  
 Gran placer hubo con ellos,  
 Muy gran gozo y alegría,  
 Muy mayor cuando dijeron  
 Cómo el buen rey dado habia  
 Por alevosos los condes  
 Y á don Suer que los regia.  
 Hincado se habia de hinojos  
 Las manos puestas arriba,  
 Grandes gracias da á Dios  
 Por la venganza que habia  
 De los malos yernos suyos  
 Y el tio que los regia.  
 A doña Jimena Gomez  
 Muy alegre le decia :  
 — Jimena, ya sois vengada  
 De tan grande villanía  
 Como hicieron los condes  
 A nos y á las nuevas hijas. —  
 Cuando sus hijas oyeron  
 Lo que tanto oír querian,  
 Recibieron gran placer,  
 El mayor que ser podia.  
 Muy gran loor dan á Dios,  
 Gracias grandes le rendian  
 Porque vengó su deshonor,  
 Y con los brazos corrian  
 A abrazar al buen Bermudez  
 Y á toda su compañía;  
 Besarles quieren las manos  
 Del placer que ende habian.  
 Muy grandes fiestas hicieron  
 Que duraron ocho dias,  
 Porque Dios les dió venganza  
 De los que el mal cometian.

## LXIX. — (Anónimo.)

Erguios, no esteis postrado,  
 Que no es justo ni razon  
 Que esté ante mí de fnojos  
 Quien reyes afnojó.  
 Cubrid las canas honradas  
 De grande prez y valor,  
 Y del mas leal vasallo  
 Que tuvo rey ni señor.  
 Quedaos á yantar conmigo,  
 Que me fareis gran favor,  
 Y me tendrán las viandas  
 Deste yantar mejor pro.  
 Y desque hayamos yantado  
 Vos quiero hacer favor  
 De contaros de la enmienda

Del tuerto de Carrion;  
 Mas quiero hacerlo luego.  
 Sabed que le plugo á Dios  
 De guardarles sendos reyes  
 A Elvira y á doña Sol :  
 Seré en las bodas padrino,  
 Pues casamentero soy,  
 Porque para fijas vuesas  
 Los tales padrinos son.  
 Alvar Fañiz de Minaya  
 Vueso presente nos dió,  
 Yo y nusco le recibimos  
 Con gran talento y amor.  
 Y por primeras mercedes  
 Bien dignas de quien vos sois,  
 Mando que no haya cadera  
 En vuesa comparacion  
 Si no fuera cual yo rey  
 O dignidad superior. —  
 Esto dijo el rey Alfonso  
 A ese buen Cid Campeador.

## LXX. — (Anónimo.)

Llegó la fama del Cid  
 A los confines de Persia  
 Cuando andaba por el mundo  
 Dando razon de quien era,  
 Y como lo oyó el soldan  
 Y supo bien la certeza  
 De los hechos del buen Cid,  
 Un presente le apareja.  
 Cargó copia de camellos  
 De grana, púrpura y sedas,  
 Oro, plata, incienso y mirra,  
 Con otras muchas riquezas,  
 Y con un pariente suyo  
 De los de su casa y mesa  
 Le envia al Cid el presente  
 Diciendo desta manera :  
 — Dirás á Ruy Diaz el Cid  
 Que el soldan se le encomienda,  
 Que de sus nuevas oír  
 Le tengo grande querencia,  
 Y por vida de Mahoma  
 Y de mi real cabeza  
 Que le diera mi corona  
 Solo por verle en mi tierra :  
 Y que aque-se don pequeño  
 Reciba de mi grandeza,  
 En señal que soy su amigo  
 Y lo seré hasta que muera. —  
 El moro tomó el camino  
 Y en poco llegó á Valencia,  
 Pidiendo licencia al Cid  
 Para hablarle en su presencia.  
 El Cid salió á recibirlo  
 Antes de saltar en tierra,

Y cuando lo viera el moro  
De verle delante tiembla.  
Empezó á darle el recaudo,  
Y como á darlo no acierta  
De turbado, el Cid le toma  
La mano, y así dijera:  
— Bien venido seas, el moro,  
Bien venido á mi Valencia.  
Si tu rey fuera cristiano  
Fuera yo á verle á su tierra.—  
Con estas y otras razones  
A la ciudad ambos llegan,  
Adonde los ciudadanos  
Ficieron muy grande fiesta.  
El Cid le mostró su casa,  
A sus hijas y á Jimena,  
De que el moro está espantado  
Viendo tan grande riqueza.  
Estúvose algunos días  
El moro holgándose en ella  
Hasta que se quiso ir  
Y pidió para ir licencia.  
En retorno del presente  
Que del soldan recibiera,  
Otras cosas le envia el Cid,  
Las cuales allá no hubiera.  
Despedido que fué el moro,  
Rodrigo con su Jimena  
Se quedó y con sus dos hijas  
Dando á Dios gracias inmensas.

LXXI.— (Sepúlveda.)

Muy doliente estaba el Cid,  
De trabajos muy cansado,  
Cansado de tantas guerras  
Como por él han pasado.  
Nuevas le fueron venidas  
Que le ponen en cuidado  
Que el rey Búcar, fuerte moro,  
Sobre Valencia ha llegado.  
Treinta reyes trae consigo,  
Valientes son y esforzados,  
Con mucha gente de guerra,  
De á pié son y de á caballo.  
Echado estaba el buen Cid  
Sobre su cama acostado,  
Pensando estaba cuidado  
En fecho tan afamado,  
Suplicando á Dios del cielo  
Que siempre esté de su bando,  
Y de peligro tan grande  
Con honra le saque á salvo.  
Cuando el Cid no se cató  
Un hombre vido á su lado,  
El rostro resplandeciente  
Como crespo y relumbrando,  
Tan blanco como la nieve

Con olor muy sublimado,  
Dijole: — ¿Duermes, Rodrigo?  
Recuerda y está velando.—  
Dijole el Cid: ¿Quién sois vos  
Que así lo habeis preguntado?  
— San Pedro llaman á mí,  
Príncipe del apostolado:  
Vengo á decirte, Rodrigo,  
Otro que no estás cuidando,  
Y es que dejes este mundo,  
Dios al otro te ha llamado  
Y á la vida que no ha fin  
Do están los santos holgando.  
Moriras en treinta días  
Desde hoy que esto te fablo.  
Dios te quiere mucho, Cid,  
Y esta merced te ha otorgado,  
Y es que despues de tu muerte  
Venras á Búcar en campo.  
Tus gentes habrán batalla  
Con todos los de su bando,  
Y esto será con ayuda  
Del apóstol Santiago.  
Tú, Rodrigo Campeador,  
Faz enmienda á tu pecado,  
Porque muerto que tú seas  
A la gloria seas llevado,  
Que Dios por amor de mí  
Ha todo aquesto ordenado,  
Porque honraste la mi casa  
Do Cardena era nombrado.—  
Cuando lo oyera el buen Cid  
Gran placer habia tomado,  
Saltó luego de la cama,  
De rodillas se ha postrado  
Para besarle los piés  
Al buen apóstol sagrado.  
Dijo san Pedro: — Rodrigo,  
Aquesto es ya escusado,  
Que á mí no podrás llegar,  
No te trabajes en vano,  
Mas ten por cosa muy cierta  
Aquesto que te he contado.—  
Esto dicho, el santo apóstol  
A los cielos se ha tornado;  
Rodrigo quedó contento,  
Alegre y muy consolado,  
Dando á Dios crecidas gracias  
Por lo que le habia otorgado.

LXXII.— (Anónimo.)

En Valencia estaba el Cid  
Doliente del mal postrero,  
Que agravios en pechos nobles  
Pueden mucho mas que el tiempo.  
A su cabecera tiene  
Religiosos y hombres buenos,

Y en torno de su persona  
Sus amigos y sus deudos,  
Cuyos semblanzas mirando  
De dolor y cuita llenos,  
Con tan sesudas razones  
Así conhorta su duelo:  
— Bien sé, mis buenos amigos,  
Que en tan duro apartamiento  
No hay causa para alegraros  
Y hay mucha para doleros;  
Pero mostrad mi enseñanza  
Contra los adversos tiempos,  
Que vencer á la fortuna  
Es mas que vencer mil reinos.  
Mortal me parió mi madre,  
Y pues puede morir luego,  
Lo que el cielo dió de gracia  
Non lo pidais de derecho.  
No muero en tierras ajenas,  
En mis propias tierras muero,  
Cuanto mas que siendo tierra  
Es propia heredad del muerto.  
No siento el verme morir,  
Que si esta vida es destierro,  
Los que á la muerte guiamos  
A nuestra patria volvemos.  
Tan solo llevo en el alma  
Que en poder de un rey vos dejo,  
En quien vos podrá empecer  
Ser míos ó ser ya vuestos.  
Que trate bien mis soldados,  
Pues le defienden sus reinos,  
Y crea á piernas quebradas  
Mas que á sabios consejeros.  
Que traiga siempre en balanza  
El castigo con el premio,  
Que la lealtad de vasallos  
Virtud pone y pone miedo.  
Que estime un noble leal  
Mas que muchos falaguéños,  
Que de muchos homes malos  
Non puede hacer un bueno;  
Y á quien menester hubiere  
Nunca le haga denuestos,  
Ni pague servicios propios  
Por pareceres ajenos.  
Y non fablo de agraviado,  
Antes le quedo debiendo,  
Que las sinrazones tuyas  
Fueron mis merecimientos.—  
En esto entrara Jimena,  
Cuyo desamparo viendo,  
Ellos se enjugan los ojos  
Y el Cid dejó el parlamento.

LXXIII.— (Anónimo.)

La que á nadie no perdona,  
A reyes ni á ricos homes,

A mi fincado en Valencia  
Llegó á mi puerta y llamóme;  
Y fallándome dispuesto  
A su voluntad conforme  
Fago así mi testamento,  
Y mi voluntad al poestre.  
« Yo Rodrigo de Vivar,  
« Llamado por otro nombre  
« El bravo Cid Campeador  
« De las morismas naciones,  
« El alma encomiendo á Dios  
« Que en su reino la coloque,  
« Y el cuerpo fecho de tierra  
« Mando que á su centro torne:  
« Y despues que sea finado,  
« Con los untos de los botes  
« Que me endonó el rey de Persia  
« Unten, compongan y adoben;  
« Y puesto sobre Babieca  
« Tras mi seña y mis pendones,  
« Lo enseñedes al rey de Búcar  
« Y á todos sus valedores.  
« Y mando que á mi Babieca  
« Lo sotierren y lo afoden,  
« Non coman canes caballo  
« Que carnes de canes rompe.  
« Y para facerme obsequias  
« Se junten mis infanzones,  
« Los de mi pan y mi mesa  
« Los buenos conqueridores.  
« Y á la santa cofradia  
« Del rico Lázaro pobre  
« Mando el prado de Vivar  
« Ende, aqueñde, y su quifone.  
« Item, mando que no alquilen  
« Plañideras que me floren,  
« Bastan las de mi Jimena  
« Sin que otras lágrimas compre.  
« Y en San Pedro de Cardena  
« Junto al santo Pescadore  
« Me fabriquen un fosal  
« Con su título de bronce.  
« Item, mando que al judío,  
« Que engañé estando tan pobre,  
« Lo que pesare de arena  
« Le den de plata otro cofre.  
« Y á Gil Diaz tornadizo,  
« Que de moro á Dios volviéso,  
« Le mando mis femolarias,  
« Mis corazas y quijotes.  
« El noble rey don Alfonso  
« Y el buen obispo don Lope  
« Y mi sobrino Alvar Fañez  
« Sean mis cabezadores.  
« Y lo demas de mi haber  
« Se reparta entre los pobres,  
« Que son entre el hombre y Dios  
« Padrinos y valedores. »

## LXXIV. — (Anónimo.)

Las obsequias funerales  
Celebra doña Jimena  
De Rodrigo de Vivar  
En San Pedro de Cardena,  
Juntamente con sus hijas,  
A quien el cielo hizo reinas,  
Satisfaciendo el agravo  
No debido á su inocencia.  
Pone el cuerpo en una tumba  
Mas que su esperanza negra,  
Y así llorando le dice  
Como si vivo estuviera :  
— ¡O amparo de los cristianos!  
¡Rayo del cielo en la tierra!  
¡Azote de la morisma!  
¡De la fe de Dios defensa!  
¡No sois aquel que jamas  
Os vieron la espalda vuelta  
Los distraídos amigos  
Que causaron vuestra ausencia?  
¿No sois el que desterrado  
Por palabras lisonjeras  
Allanó para su rey  
Mil castillos y fronteras?  
¿No sois vos quien sujetó  
A la ciudad de Valencia,  
Y el que venció en seis batallas  
Sin alma mil almas fieras?  
¡Ay, amarga soledad,  
Cómo al sufrimiento enseñas  
A sufrir contra justicia  
Tan penosa y triste ausencia! —  
No pudo pasar de aquí  
La madre de la nobleza,  
Que sobre el cuerpo cayó  
Desmayada ó casi muerta.

## LXXV. — (Sepúlveda.)

Muerto yace ese buen Cid  
Que de Vivar se llamaba,  
Gil Diaz su buen criado  
Cumpliera lo que mandára.  
Embalsamára su cuerpo,  
Y muy yerto se paraba,  
Cara tiene de hermosura  
Muy hermosa y colorada,  
Los ojos igual abiertos,  
Muy apuesta la su barba,  
Non parece que está muerto,  
Antes vivo semejaba;  
Y para que esté derecho  
Este ardido Gil Diaz usaba :  
Puso el cuerpo en una silla,  
Una tabla en las espaldas  
Y otra delante del pecho

Y á los lados se juntaban,  
Llegaban bajo los brazos  
Y el colodrillo tapaban.  
Esta era la de atras  
Y otra llegaba á la barba,  
Teniendo el cuerpo derecho  
A ningun cabo inclinaba.  
Doce dias son pasados  
Despues que el Cid acabára;  
Aderezans las gentes  
Para salir á batalla  
Con Búcar ese rey moro  
Y contra la su canalla.  
Cuando fuera media noche  
El cuerpo así como estaba  
Le ponen sobre Babieca,  
Y al caballo lo ataban.  
Derecho está y muy igual,  
Estar vivo semejaba,  
Calzas tiene en las sus piernas  
De blanco y negro labradas,  
Parecian brasonetas  
De las que en vida calzaba;  
Vistiéronle vestidura  
Que el espunte se mostraba,  
Y su escudo puesto al cuello  
Con su divisa ondeada,  
Capellina en su cabeza  
De pergamino pintada,  
Parece que era de fierro  
Segun está bien labrada.  
En la su mano derecha  
La Tizona le fué atada  
Sutilmente, á maravilla  
Iba en la su mano alzada.  
De un cabo iba el obispo  
Don Gerónimo de fama,  
Del otro iba Gil Diaz,  
El que á Babieca guiaba.  
Salió don Pedro Bermudez  
Con seña del Cid alzada  
Con cuatrocientos fidalgos  
Que con él van en su guarda :  
Saliera luego el recuage,  
Otros tantos le guardaban,  
Saliera el cuerpo del Cid  
Con gente muy esforzada.  
Ciento son los guardadores  
Que el cuerpo honrado llevaban.  
Tras él va doña Jimena  
Con toda la su compañía,  
Con seisientos caballeros  
Que para guarda le daban :  
Callando van y tan paso  
Que veinte no semejaban.  
Ya están fuera de Valencia,  
Claro el dia se mostraba :  
Alvar Fañez fué el primero

## LXXVI. — (Anónimo.)

Que arremetió con gran saña  
Contra el gran poder de moros  
Que Búcar trae en su compañía.  
Halló delante de si  
Una mora muy gallarda,  
Gran maestra en el tirar  
Con saetas del aljaba  
De los arcos de Turquía,  
Estrella era nombrada  
Por la destreza que habia  
En el herir de la jara.  
Ella fuera la primera  
Que á caballo cabalgára  
Con otras cien compañeras  
Muy valientes y esforzadas.  
Los del Cid las fieren recio,  
Muertas en tierra quedáran.  
Visto los habia el rey Búcar  
Con los reyes de su banda,  
Y quedan maravillados  
En ver la gente cristiana.  
Setenta mil caballeros  
Les pareció que llegaban  
Todos blancos como nieve,  
Y uno que los asombraba,  
Mas crecido que ninguno,  
En blanco caballo andaba,  
Cruz colorada en el pecho,  
En su mano seña blanca,  
La espada semeja á fuego  
Con que á los moros llagaba;  
Gran mortandad face en ellos,  
Fuyendo van que no aguardan.  
El rey Búcar y sus reyes  
El campo desamparaban,  
Camino van de la mar  
Do los navios estaban.  
Los del Cid los van firiendo,  
Ninguno habia de escapa,  
En la mar se ahogan todos,  
Mas de diez mil se anegaban,  
Que con la prisa que traen  
Todos juntos no se embarcan.  
De los reyes mueren veinte,  
Búcar huyendo se escapa,  
Los del Cid ganan las tiendas  
Con mucho oro y mucha plata,  
El mas pobre queda rico  
De lo que ende ganára.  
Caminan para Castilla  
Como el buen Cid ordenaba;  
Llegados son á San Pedro,  
De Cardena se nombraba,  
Do quedó el cuerpo del Cid,  
El que á España tanto honraba.

Vencido queda el rey Búcar  
Con todos sus allegados  
De la campaña del Cid  
En el campo valenciano.  
Para Castilla caminan,  
El buen Cid era finado,  
Caballero va en Babieca  
Con los suyos á su lado.  
No llevaba armas ningunas  
Sino sobre si unos paños :  
Los que no saben su muerte  
Por vivo lo habian juzgado.  
Cada vez que hacen jornada  
Quitábanlo del caballo,  
Quedaba yerto y derecho  
En la silla cabalgado.  
La buena Jimena Gomez  
Su mensaje habia enviado  
A los parientes del Cid  
Para que vengan á honrallo,  
Y tambien á sus dos yernos,  
Que eran reyes coronados.  
En tanto que ellos venian,  
Alvar Fañez ha hablado  
Que pongan el cuerpo muerto  
En atahud y tapado,  
Y con púrpura le cubran,  
Con clavos de oro clavado.  
No quiso doña Jimena,  
Y así los ha razonado :  
— El Cid tiene el rostro hermoso,  
Los ojos muy aseados,  
Mientras está desta suerte  
No hay para que sea mudado,  
Que mis yernos folgarán  
Y mis hijas en su cabo  
De verlo como ahora está,  
Que non su cuerpo enterrado. —  
Todos hubieron por bien  
Lo que Jimena ha ordenado :  
Don Sancho y tambien Garcia  
Están al Cid aguardando,  
Y media legua de Olmedo  
Todos se habian juntado.  
Ese buen rey de Aragon  
Caballeros tiene armados,  
Al revés traen los escudos  
De los arzones colgados.  
Las capas traian negras  
Muy grande duelo mostrando,  
Las capillas traen tendidas  
Segun uso castellano.  
Doña Sol y las sus dueñas  
Estameña han cobijado :  
Gran duelo querian hacer,  
Mas su madre lo ha vedado,

Porque así lo mandó el Cid  
Y así ha de ser obrado.  
El rey y la su muger  
Para el Cid habían llegado,  
Ambos las manos le besan,  
De lo ver se han espantado,  
Que no semejaba muerto,  
Sino vivo y muy honrado;  
Muchos vienen á lo ver  
De Castilla ese reinado,  
También vino don García,  
Rey dese reino navarro,  
Consigno trae su muger,  
Fija del buen Cid loado.  
Las manos besan al Cid  
Muchas lágrimas llorando,  
Todos van para San Pedro  
Porque allí le han enterrado.  
Aguese buen rey Alfonso  
Que ha sabido lo pasado  
De Toledo se partiera  
Y á San Pedro había llegado  
Saliéronle á recibir  
Los al Cid emparentados.  
Mucha honra fizo el rey  
Al cuerpo del Cid honrado,  
Mandó que no se enterrase,  
Sino que el cuerpo arreado  
Se ponga junto al altar  
Y á Tizona en la su mano:  
Así estuvo mucho tiempo,  
Que fueron mas de diez años.

LXXVII. — (Anónimo.)

En Búrgos nació el valor  
Gloria y amparo de España,  
Que es costumbre en la cabeza  
Poner la insignia mas alta.  
Aquel que vitorias suyas  
De eterna memoria estampa  
En los dos polos su nombre  
Y el cielo da gloria al alma:  
De quien españoles reyes  
Tienen de su sangre tanta,  
Que si duermen los despierta  
A la guerra y las hazañas;  
El que á los hijos de Agar  
Destruyeron sus espadas,  
Y á siete reyes venció,  
Después de muerto, en batalla:  
El valeroso y leal  
A su señor y á su patria,  
Que hizo famosa á Hesperia

Y á las estrellas la ensalza:  
A quien prudentes varones  
Ponen solo entre las armas,  
Y por sus grandes proezas  
Príncipe dellas le llaman,  
Y moros sus enemigos  
Por excelencia llamaban  
El invencible Rodrigo  
Y señor de la campaña.  
Y siendo cuan bueno fué  
Tiró la envidia su lanza,  
Mas las armas de virtud  
El hierro ayo no pasan,  
Que como sucede siempre,  
Quien mal anda mal acaba,  
Y golpes de arma traidora  
A su mismo dueño matan.  
No puéleron las traiciones  
De muchos manchar su fama,  
Que con la infamia de aquellos  
El cielo se la limpiaba.  
En San Pedro de Cardeña  
Su cuerpo la tierra ensancha,  
Que como lo hizo en vida  
Allí tampoco le falta.

LXXVIII. — (Sepúlveda.) (1)

En Sant Pedro de Cardeña  
Está el Cid embalsamado,  
El vencedor no vencido  
De moros ni de cristianos,  
Por mando del rey Alfonso  
En su escaño está sentado,  
Su noble y fuerte persona  
De vestidos arreado:  
Descubierto tiene el rostro  
De gran gravezad dotado,  
Su blanca barba crecida  
Como de hombre estimado,  
La buena espada Tizona  
Puesta la tiene á su lado;  
No parece que está muerto,  
Sino vivo y muy honrado.  
Siete años estuvo así,  
Como está ya razonado;  
Por su alma que es en gloria  
Hacen fiesta cada año.  
A ver su cuerpo tan bueno  
Mucha gente se ha llegado.  
Fuera de donde está el Cid  
La fiesta se hizo un año,  
Su cuerpo quedaba solo,  
Ninguno le ha acompañado.

(1) Ni este romance ni el que sigue son de la vida del Cid, pero se colocan como serie de ella porque tratan de la memoria de este héroe.

Estando desta manera  
Un judío había llegado:  
Cuidando estaba entre sí  
Desta suerte razonando:  
— Este es el cuerpo del Cid  
Por todos tan alabado,  
Y dicen que en la su vida  
Nadie á su barba ha llegado,  
Quiero yo asirle della  
Y tomarla en la mi mano,  
Que pues aquí yace muerto  
Por él no será escusado:  
Yo quiero ver qué hará.  
Si me pondrá algun espanto. —  
Tendió la mano el judío  
Para hacer lo que ha pensado,  
Y antes que á la barba llegue,  
El buen Cid había empuñado  
A la su espada Tizona  
Y un palmo la había sacado.  
El judío que esto vido  
Muy gran pavor ha cobrado:  
Tendido cayó de espaldas  
Amortecido de espanto.  
Halláronle allí caido  
Los que en la iglesia han entrado,  
Agua le echan por el rostro  
Para hacerlo acordado,  
Y vuelto que fuera en sí  
Todos le han preguntado  
Qué cosa fuera la causa  
De verlo tan mal parado:  
El luego les declaró  
La causa de lo pasado.  
Todos dan gracias á Dios  
Por el milagro contado  
En se acordar que su siervo  
No quiso fuese ensuciado  
Por mano de aquel judío  
Que tan mal lo había pensado.  
Cristiano se volvió luego,  
Diego Gil era llamado:  
Fincó en servicio de Dios  
En San Pedro el ya nombrado,  
Y en él acabó sus dias  
Como cualquier buen cristiano.

LXXIX. — (Anónimo.)

De Castilla van marchando  
A Navarra con su gente  
Don Sancho á quien dieron nombre  
Por sus hechos de Valiente.  
Delante lleva el despojo  
Que ganó su brazo fuerte

En las tierras de Castilla  
Sin que nadie le impidiese.  
Triunfante, rico y contento  
Por sus jornadas se vuelve,  
Dejando á los castellanos  
Despojados de sus bienes.  
Por San Pedro de Cardeña  
Mandó que el curso enderecen  
La escolta y la cabalgada  
Para que por allí fuesen.  
Como llegase la fama  
Al abad que en guardia tiene  
El santo cuerpo del Cid,  
Aguardó que el rey se acerque.  
Aderezóse entre tanto  
Como en procesion solemne,  
Y con la insignia del Cid  
Sale para cuando llegue.  
Al son de las roncás cajas  
Marchando de siete en siete  
Al rey que llevan en medio  
Miran ufanos y alegres,  
Tremolando las banderas  
Junto al rey, que alegrement  
En ellas ponía los ojos  
Como en su mayor deleite.  
Yendo el valiente don Sancho  
Marchando con sus ginetes,  
Llegó donde el santo abad  
Le aguardaba alegrement.  
Puso en tierra las rodillas  
Diciendo: — Rey, no desprecies  
Mi razon, ni á la voz mia  
Tu justo oído le cierras.  
Bien sabes, valiente rey,  
Y cuantos estais presentes,  
Que esa presa es de cristianos  
Y no es justo que la lleves.  
Las guerras que traen contigo  
Son causa para ponerte  
Siempre la espada en la mano  
Por su daño y con sus muertes.  
Muy bien pudiera escusarse  
La sangre que dellos viertes  
Con que volvieras la espada  
A los moros que nos vencen.  
Mira, buen rey, esta insignia  
Que es del Cid de quien descienes.  
Y póngotela delante  
Para que esa presa dejes. —  
Conociendo el rey la insignia  
Del caballo se descende,  
Y en el suelo de rodillas  
La saluda desta suerte:  
— ¡ O estandarte poderoso

(1) A igual asunto del de Sepúlveda, que dice: « En Navarra es rey don Sancho. »



Porque así lo mandó el Cid  
Y así ha de ser obrado.  
El rey y la su muger  
Para el Cid habían llegado,  
Ambos las manos le besan,  
De lo ver se han espantado,  
Que no semejaba muerto,  
Sino vivo y muy honrado;  
Muchos vienen á lo ver  
De Castilla ese reinado,  
También vino don García,  
Rey dese reino navarro,  
Consigno trae su muger,  
Fija del buen Cid loado.  
Las manos besan al Cid  
Muchas lágrimas llorando,  
Todos van para San Pedro  
Porque allí le han enterrado.  
Aquese buen rey Alfonso  
Que ha sabido lo pasado  
De Toledo se partiera  
Y á San Pedro había llegado  
Saliéronle á recibir  
Los al Cid emparentados.  
Mucha honra fizo el rey  
Al cuerpo del Cid honrado,  
Mandó que no se enterrase,  
Sino que el cuerpo arreado  
Se ponga junto al altar  
Y á Tizona en la su mano:  
Así estuvo mucho tiempo,  
Que fueron mas de diez años.

LXXVII. — (Anónimo.)

En Bürgos nació el valor  
Gloria y amparo de España,  
Que es costumbre en la cabeza  
Poner la insignia mas alta.  
Aquel que vitorias suyas  
De eterna memoria estampa  
En los dos polos su nombre  
Y el cielo da gloria al alma:  
De quien españoles reyes  
Tienen de su sangre tanta,  
Que si duermen los despierta  
A la guerra y las hazañas;  
El que á los hijos de Agar  
Destruyeron sus espadas,  
Y á siete reyes venció,  
Después de muerto, en batalla:  
El valeroso y leal  
A su señor y á su patria,  
Que hizo famosa á Hesperia

Y á las estrellas la ensalza:  
A quien prudentes varones  
Ponen solo entre las armas,  
Y por sus grandes proezas  
Príncipe dellas le llaman,  
Y moros sus enemigos  
Por excelencia llamaban  
El invencible Rodrigo  
Y señor de la campaña.  
Y siendo cuan bueno fué  
Tiró la envidia su lanza,  
Mas las armas de virtud  
El hierro ayo no pasan,  
Que como sucede siempre,  
Quien mal anda mal acaba,  
Y golpes de arma traidora  
A su mismo dueño matan.  
No puéleron las traiciones  
De muchos manchar su fama,  
Que con la infamia de aquellos  
El cielo se la limpiaba.  
En San Pedro de Cardeña  
Su cuerpo la tierra ensancha,  
Que como lo hizo en vida  
Allí tampoco le falta.

LXXVIII. — (Sepúlveda.) (1)

En Sant Pedro de Cardeña  
Está el Cid embalsamado,  
El vencedor no vencido  
De moros ni de cristianos,  
Por mando del rey Alfonso  
En su escaño está sentado,  
Su noble y fuerte persona  
De vestidos arreado:  
Descubierto tiene el rostro  
De gran gravezad dotado,  
Su blanca barba crecida  
Como de hombre estimado,  
La buena espada Tizona  
Puesta la tiene á su lado;  
No parece que está muerto,  
Sino vivo y muy honrado.  
Siete años estuvo así,  
Como está ya razonado;  
Por su alma que es en gloria  
Hacen fiesta cada año.  
A ver su cuerpo tan bueno  
Mucha gente se ha llegado.  
Fuera de donde está el Cid  
La fiesta se hizo un año,  
Su cuerpo quedaba solo,  
Ninguno le ha acompañado.

(1) Ni este romance ni el que sigue son de la vida del Cid, pero se colocan como serie de ella porque tratan de la memoria de este héroe.

Estando desta manera  
Un judío había llegado:  
Cuidando estaba entre sí  
Desta suerte razonando:  
— Este es el cuerpo del Cid  
Por todos tan alabado,  
Y dicen que en la su vida  
Nadie á su barba ha llegado,  
Quiero yo asirle della  
Y tomarla en la mi mano,  
Que pues aquí yace muerto  
Por él no será escusado:  
Yo quiero ver qué hará.  
Si me pondrá algun espanto. —  
Tendió la mano el judío  
Para hacer lo que ha pensado,  
Y antes que á la barba llegue,  
El buen Cid había empuñado  
A la su espada Tizona  
Y un palmo la había sacado.  
El judío que esto vido  
Muy gran pavor ha cobrado:  
Tendido cayó de espaldas  
Amortecido de espanto.  
Halláronle allí caido  
Los que en la iglesia han entrado,  
Agua le echan por el rostro  
Para hacerlo acordado,  
Y vuelto que fuera en sí  
Todos le han preguntado  
Qué cosa fuera la causa  
De verlo tan mal parado:  
El luego les declaró  
La causa de lo pasado.  
Todos dan gracias á Dios  
Por el milagro contado  
En se acordar que su siervo  
No quiso fuese ensuciado  
Por mano de aquel judío  
Que tan mal lo había pensado.  
Cristiano se volvió luego,  
Diego Gil era llamado:  
Fincó en servicio de Dios  
En San Pedro el ya nombrado,  
Y en él acabó sus dias  
Como cualquier buen cristiano.

LXXIX. — (Anónimo.)

De Castilla van marchando  
A Navarra con su gente  
Don Sancho á quien dieron nombre  
Por sus hechos de Valiente.  
Delante lleva el despojo  
Que ganó su brazo fuerte

En las tierras de Castilla  
Sin que nadie le impidiese.  
Triunfante, rico y contento  
Por sus jornadas se vuelve,  
Dejando á los castellanos  
Despojados de sus bienes.  
Por San Pedro de Cardeña  
Mandó que el curso enderecen  
La escolta y la cabalgada  
Para que por allí fuesen.  
Como llegase la fama  
Al abad que en guardia tiene  
El santo cuerpo del Cid,  
Aguardó que el rey se acerque.  
Aderezóse entre tanto  
Como en procesion solemne,  
Y con la insignia del Cid  
Sale para cuando llegue.  
Al son de las roncax cajas  
Marchando de siete en siete  
Al rey que llevan en medio  
Miran ufanos y alegres,  
Tremolando las banderas  
Junto al rey, que alegrement  
En ellas ponía los ojos  
Como en su mayor deleite.  
Yendo el valiente don Sancho  
Marchando con sus ginetes,  
Llegó donde el santo abad  
Le aguardaba alegrement.  
Puso en tierra las rodillas  
Diciendo: — Rey, no desprecies  
Mi razon, ni á la voz mia  
Tu justo oido le cierras.  
Bien sabes, valiente rey,  
Y cuantos estais presentes,  
Que esa presa es de cristianos  
Y no es justo que la lleves.  
Las guerras que traen contigo  
Son causa para ponerte  
Siempre la espada en la mano  
Por su daño y con sus muertes.  
Muy bien pudiera escusarse  
La sangre que dellos viertes  
Con que volvieras la ospalda  
A los moros que nos vencen.  
Mira, buen rey, esta insignia  
Que es del Cid de quien descienes.  
Y póngotela delante  
Para que esa presa dejes. —  
Conociendo el rey la insignia  
Del caballo se descende,  
Y en el suelo de rodillas  
La saluda desta suerte:  
— ¡ O estandarte poderoso

(1) A igual asunto del de Sepúlveda, que dice: « En Navarra es rey don Sancho. »

De aquel varon excelente  
Que fué muro de Castilla  
Y cuchillo de la muerte;  
De quien tembló la morisma;  
Quien deshizo sus poderes;  
Quien venció muerto al rey Dúcar  
Y tuvo vasallos reyes;  
A quien hablaban los santos  
Y le acompañaban siempre,  
Y le alcanzaron de Dios  
Que vencido no se viese!  
A vos y ante vos consagro,  
Como á quien tan bien se deben,  
Estos despojos de guerra,  
Y en vuestro templo se cuelguen —  
Y en diciendo estas razones  
Mandó que los presos suelten,  
Y toda la presa junta  
Al bendito abad se entregue  
Por amor y reverencia  
Del Cid, á quien se la ofrece,  
Reconociéndole muerto,  
Que nunca su nombre muere.

LXXX. — (Anónimo.) (1)

Por el mes era de mayo  
Cuando hace la calor,  
Cuando canta la calandria  
Y responde el ruiseñor,  
Cuando los enamorados  
Van á servir al amor,  
Sino yo, triste cuitado,  
Que vivo en esta prisión,  
Que ni sé cuando es de día  
Ni cuando las noches son,  
Sino por una avejilla  
Que me cantaba el albor.  
Matóla un ballestero,  
¡ Déle Dios mal galardón!  
Cabellos de mi cabeza  
Lléganme al corvejon,  
Los cabellos de mi barba  
Por manteles tengo yo,  
Las uñas de las mis manos  
Por cuchillo tajador:  
Si lo hacia el buen rey,  
Hácelo como señor;  
Si lo hace el carcelero,  
Hácelo como traidor.  
¡ Mas quién agora me diese

Un pájaro hablador,  
Siquiera fuese calandria,  
O tordico ó ruiseñor,  
Crisdo fuese entre damas  
Y avezado á la razon,  
Que me lleve una embujada  
A mi esposa Leonor,  
Que me envíe una empanada  
No de truchas ni salmon,  
Sino de una lima sorda  
Y de un pico tajador,  
La lima para los bierros  
Y el pico para el torreón! —  
Oídolo habia el rey,  
Mandóle quitar la prisión.

LXXXI. — (Anónimo.) (2)

Ese buen rey don Alfonso  
El de la mano horadada,  
Después que ganó á Toledo  
En el puso su morada,  
De do ganó los lugares  
De moros que allí quedaban,  
Montalban y Talavera,  
Oropesa y Mejorada,  
Y la villa de Escalona,  
A Maqueda y Santa Olalla.  
Ganó á Canales y á Illescas,  
Madrid y Guadalajara,  
Alcalá y Tordelaguna,  
A Uceda y á Salamanca.  
Ganó á Buitrago y Atienza,  
A Sigüenza y á Berlanga,  
Y ganó á Medinaceli,  
Y ganó toda el Alcarria  
De la otra parte del río  
Que agora Tajo se llama,  
Sin otros muchos lugares  
Que allende el río ganára.  
Luego en ganando el lugar  
De cristianos le poblaba,  
Luego le hace su iglesia,  
Luego le pone campanas:  
Déjalos fortalecidos  
Y á Toledo se tornára.  
Elegido ha un arzobispo,  
Don Bernardo se llamaba,  
Hombre de muy santa vida,  
De letras y buena fama,  
Y de que lo hubo elegido

(1) Este romance verdaderamente popular no habla del Cid, pero pertenece á la serie de su historia, porque trata de la muerte de don Garcia despojado y aprisionado por don Sancho, y al cual don Alonso VI no quiso dar libertad para aprovecharse de la usurpacion empezada

por aquel. Este asunto le trata muy mal Sepúlveda en un romance que dice: «En el castillo de Luna.»

(2) Tampoco es del Cid, pero pertenece á la historia de su tiempo.

Por nombre le intitulaba  
Arzobispo de Toledo,  
Primado de las Españas:  
Todo cuanto el rey le diera  
Se lo confirmára el papa.  
Desque ya tuvo el buen rey  
Esta tierra sosegada,  
A la reina su muger  
En gobernacion la daba.  
Fuése á visitar su reino,  
Fué á Galicia y su comarca.  
Después de partido el rey,  
La reina doña Costanza  
Viendó su marido ausente  
Pensamientos le aquejaban,  
No de regalos de cuerpo,  
Mas de salvacion del alma.  
Estando así pensativa  
El arzobispo llegára,  
En llegando el arzobispo  
Desta manera le habla:  
— Don Bernardo, ¿qué faremos,  
Que la conciencia me agrava  
De ver mezquita de moros  
La que fué iglesia santa,  
Donde la reina del cielo  
Solia ser bien honrada?  
¿Qué modo, dice, ternemos  
Que torne á ser consagrada,  
Que el rey no quiebre la fe  
Que á los moros tiene dada? —  
Cuando esto oyó el arzobispo  
De rodillas se hincaba:  
Alzó los ojos al cielo,  
Las manos puestas hablaba:  
— Gracias doy á Jegeristo  
Y á su Madre Virgen santa,  
Que salis, reina, al camino  
De lo que yo deseaba.  
Quitémosela á los moros  
Antes hoy que no mañana,  
No dejéis el bien eterno  
Por la temporal palabra.  
Ya que el rey se ensañe tanto  
Que venga á tomar venganza,  
Perdamos, reina, los cuerpos,  
Pues que se ganan las almas. —  
Luego aquella misma noche

Dentro en la mezquita entraba;  
Limpiando los falsos ritos  
A Dios la redificaba,  
Diciendo misa este día  
El arzobispo cantada.  
Cuando los moros lo vieron  
Quejas al rey le enviaban;  
Mas el rey cuando lo supo  
Gravemente se ensañaba:  
A la reina y al perlado  
Malamente amenazaba;  
Sin esperar mas consejo  
A Toledo caminaba.  
Los moros que lo supieron  
Luego consejo tomaban;  
Sálenselo á recibir  
Hasta Olias y Cabañas,  
Llegados delante el rey  
De rodillas se hincaban:  
— Mercedes, buen rey, mercedes, —  
Dicen, las manos cruzadas;  
Mas el rey que así los vido  
Uno á uno levantaba:  
— Calledes, buenos amigos,  
Que este hecho me tocaba,  
Quien á vos ha hecho tuerto  
A mi quebró la palabra;  
Mas yo haré tal castigo  
Que aina habreis la venganza. —  
Los moros cuando esto oyeron  
En altas voces clamaban:  
— Merced, buen señor, merced,  
La vuestra merced nos valga:  
Si tomáis venganza desto  
A nos costará bien cara,  
Quien matare hoy á la reina  
Arrepentirse ha mañana.  
La mezquita ya es iglesia,  
No nos puede ser tornada,  
Perdonedes á la reina  
Y á los que nos la quitaran,  
Que nosotros desde agora  
Os alzamos la palabra. —  
El buen rey cuando esto oyera  
Gravemente se holgára,  
Dándole gracias por ello  
Perdido ha toda la saña.

